

Bruno Shalter

PRECINTO 18

BRUNO SHALTER

PRECINTO 18

1ª EDICIÓN
OCTUBRE 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

SEVEN SIRENS

Versión Castellana de:

A. MARTÍN

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona



I

A su lado, Ava Gardner hubiera parecido una fregona. Tenía el cabello negro, con reflejos metá-licos azules, el cutis de un tostado de oro y los ojos claros, gris verde. Su figura de diosa pagana se cim-breaba al bailar con la gracia indescriptible de la hierba al soplo del viento. Había en ella algo de naturaleza, algo tan vital que, al mirarla, le ponía a uno un burbujeo en las venas como el que produce la primera caricia de la brisa tibia de abril. Vestía de color verde manzana y la ropa parecía moldear su cuerpo con amor, casi con veneración.

Kerry Sears, desde la baranda que separaba el bar de la pista del «Flamengo Club», no le había quitado en media hora los ojos. Kerry visitaba el club con mucha frecuencia: le gustaban el calor y el color de su música, el ambiente chillón, libre y desgarrado, los rincones propicios de los palcos y la clase de muchachas que se solía encontrar; pero a ella, hasta entonces, no la vió nunca. Aquélla era la primera vez. Contemplándola, se preguntó sí a los demás les parecería tan hermosa. Se preguntó si le parecería hermosa al hombre que la acompañaba. Era un hombre muy grande, pesado, ancho, de cara aplastada, rubio, peinado a lo Kirk Douglas, vestido de azul con camisa negra y sin corbata. Probable-mente un luchador profesional o alguien que, de cualquier modo, vivía del vigor de sus músculos. Un tipo sin clase, de los que se adivina que usan colonia barata y eructan después de comer.

En el estrado actuaban cinco músicos, dos blan-cos y tres negros. Usaban blusas cubanas multico-lores, y golpeaban tambores de todos los tamaños. Kerry los conocía a los cinco. De los blancos, uno, el que arrancaba un sonsonete triste y sensual a su larga flauta, pasó, en cierta ocasión, por el «Precinto 18», complicado en un feo asunto de corrup-ción de menores, y luego el juez le absolvió por fal-ta de pruebas. El negro sentado al piano cumplió una condena por tráfico de estupefacientes, pero se había reformado y vivía conforme a la Ley. Los tres restantes eran buenos muchachos.

Kerry se volvió para tomar su cerveza del mos-trador. Al extremo de éste, muy bien vestido, con una corbata tropical, estaba Tony Novara. No debía llevar más de una semana en libertad, después de su tropiezo en el robo de los Almacenes Dodge, y a Kerry le sorprendió verle con aire tan próspero. El aire próspero, en un recién salido de la cárcel, equi-valía generalmente al comienzo del camino para volver a ella.

La muchacha y su hombre se habían sentado en una mesa al otro lado de la pista. Para Kerry, am-bos eran desconocidos. Se dijo que el hombre no hubiera debido serlo. Los pájaros como él tarde o temprano encontraban su jaula.

Desfilaban a doce-nas por el «Precinto», al cabo del mes. Lo común era que su tremenda y fachendosa estampa se des-moronase ante la primera evidencia. Les faltaba seso para salir con bien de apuros. En cambio, ha-bía otros hombres, pequeños, morenos, astutos, que se beneficiaban de su primitiva brutalidad. Estos no se pillaban los dedos con nada. Kerry tenía hecho un estudio de la mentalidad criminal de los hombre-cillos morenos frente a la de los gigantes rubios: una especie viviendo a caballo de la otra; los lis-tos a costa de los tontos. Se encontraban más ru-bios que morenos en las cárceles, pero más more-nos que rubios paseaban en «Cadillac». Ley de raza, no otra cosa.

Kerry sonrió. Él era rubio. Se miró en el espejo del fondo del bar. Conocía de memoria su propia cara. Una vez salió reproducida en los periódicos, cuando «Araña» Bluber no se dejó detener sin me-terle una bala en el muslo, y fué más por causa de «Araña» que de sí mismo, puesto que «Araña» se había hecho famoso degollando a tres mujeres, y él era un simple detective de plantilla en el «Pre-cinto 18». Su cara, de rasgos acusados, frente des-pejada, boca mordaz, ojos brillantes y agudos pó-mulos, mostraba una pequeña cicatriz blanca en el mentón. Siempre, al verla, Kerry pensaba en Nana O'Toole. Fué Nana quien se la hizo, por despecho. Nana, en el fondo, le quería, y juntos jugaron de chiquillos en la misma calle, pero se ofendió cua-ndo Kerry envió a presidio a su padre. Era una gran chica. Ahora ganaba el dinero a espuertas exhibién-dose en un escenario del barrio criollo de Nueva Or-leans. Tenía mucho que exhibir si se lo pagaban.

Con los ojos todavía fijos en el espejo y la cer-veza a medio camino de su boca, Kerry observó que Tony Novara descendía de su taburete y se le apro-ximaba paso a paso. Fingió ignorarlo. Tony mascaba goma, y le olía el aliento a menta. No era desagra-dable.

—Sears.

Kerry se volvió, sonriendo.

—¿Cómo va eso, Tony? Celebro verte en tan bue-na situación.

—No me va mal — contestó Novara. Parecía pre-ocupado por algo —. Tengo amigos, ya sabe. Los hay fieles.

—Sobre todo cuando uno ha pagado por ellos.

—¿Quiere echar un trago conmigo?

Kerry le examinaba interesado.

—¿No va a perjudicarle que le vean bebiendo con un patazas?

—Bebo con quien cuerno quiero.

—¿Independiente?

Tony hinchó su escuálido pecho.

—Sí.

Sears apuró su cerveza, hizo un signo al cama-rero y pidió otra. Seguía examinando al hombre. Tony Novara no parecía feliz. Ni su rostro, bien afeitado, ni su traje nuevo, ni su corbata tropical, impedían que sus ojos estuvieran llenos de som-bras.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa?

Tony titubeó.

—Sears, usted sabe que lo de los Almacenes Dod-ge fué mi primer paso en falso — dijo —. Yo no había resbalado nunca, usted me conocía. Cuando me pes-caron, hizo lo posible por sacarme de apuros. Es un favor que le debo. Se lo agradezco de verdad.

—Sueñas — replicó Sears, fríamente.

—Ya sé que no le gusta que le echen sus debili-dades en cara — Tony se restregó la boca con el dorso de la mano —. Quiere pasar por un duro de primera fila, y a veces lo consigue, pero tiene un co-razón de padrazo que es mantequilla pura. A mí no me la da.

Sears le miró escrutadoramente por encima de su vaso.
—Cuidado, Tony, no te equivoques. Yo admito que un hombre puede cometer un error y, si me parece que ha ocurrido así, no le niego mi ayuda para co-rregirse. Pero ve con tiento. Un primer paso en fa-lso, está bien: un segundo, lo pagarás caro. Enton-ces sabrás si tengo o no el corazón de mantequilla —. Sears bebió un sorbo de cerveza —. ¿Era eso lo que deseabas aclarar?
—No deseaba aclarar nada. He venido a preve-nirle.
Sears entornó los párpados.
—¿Qué ocurre?
Tony miró recelosamente en torno, y adoptó una actitud confidencial.
—¿Se acuerda de «Dosmanos» Brahm?
—Está en la cárcel.
—Estaba. Usted le envió. Por culpa de usted, los agentes del «Precinto» se cargaron a su hermano. Lo recuerda, ¿no? Hace tres años. Bueno, pues «Dosmanos» se la tiene jurada. He cumplido con él, estu-vimos una temporada en la misma celda. «Dosma-nos» le matará, Sears; lo hará en cuanto se le pre-sente ocasión. Abra bien los ojos.
Sears ni siquiera pestañeó.
—Tú no eres un delator, Tony. ¿Qué pretendes contándome eso?
—Le debía un favor. Ahora estamos en paz.
—Narices. ¿Cuál es el verdadero motivo?
—Por mi madre que le digo la verdad, Sears. Le tengo a usted ley. Pude tirarme quince años entre rejas, y he salido con dieciocho meses…
—¿Qué le ha hecho «Dosmanos»?
Tony desvió la vista.
—Nada, a mí nada. Le soltaron anteayer y, des-pués de lo que le oí decir contra usted, me ha pare-cido un caso de conciencia prevenirle. No me lo agra-dezca, si no quiere.
—No es que no quiera, es que espero a ver qué resulta. ¿Dónde está «Dosmanos»? ¿Ha asomado por aquí?
—No lo sé. Por el barrio no se le ha visto. A lo mejor no está ni en la ciudad.
—Le buscaré.
Tony asintió.
—Sí, búsquele. Pero no le dirá que yo le he so-plado al oído, ¿eh?
—¿En qué andas metido, Tony?
—No sé de qué me habla.
—¿Con qué dinero has comprado ese traje?
—Tengo un empleo.
—¿Dónde?
—Es honrado, no crea. Trabajo para Finnegan.
Sears rompió a reír.
—¡Honrado! — exclamó burlonamente —. Fin-negan es un jugador de ventaja, ha sido detenido cinco veces por apuestas ilícitas, y ahora dirige un garito que, el día que sea descubierto, le retirará de la circulación por una temporada larga. Estás tú bueno, Tony.
—¿Un garito? — preguntó Tony, con fingida ino-cencia.
—Y hay más. — El tono de Sears se hizo brus-camente amenazador —. Recuerdo perfectamente que Finnegan era carne y uña con «Dosmanos» Brahm antes de que a éste le enchiquerasen.
—Eso no tiene nada que ver.
—Me gustaría saberlo.
Tony comenzó a batirse en retirada.
—Bueno, siempre resulta que le hace uno un fa-vor a un «poli», y parece

como si en lugar de eso le pisaran un callo. Me servirá de lección. Procure no tener que arrepentirse de no haberme hecho caso, Sears.

Sears, sonriendo, le vió alejarse hacia el extre-mo del bar.

—Es que sí te hago caso — murmuró —. Mucho. Más del que supones.

Observó todavía cómo Tony se instalaba de nue-vo en su taburete, sacaba un pitillo y llamaba al bar-man para que le diera fuego, y se volvió de cara a la pista. Estaba deseando ver y admirar otra vez el rítmico balanceo de las caderas de la muchacha que bailaba con el gigantón peinado a lo Kirk Dou-glas.

Pero el gigantón había dejado de bailar. Kerry Sears se quedó atónito. El hombre estaba solo en la mesa donde se sentó con la chica un rato antes; solo, inmóvil, doblado hacia adelante, con la cabeza en-tre los antebrazos y éstos cruzados sobre el tablero. De su postura se desprendía una sugestión impre-cisa de anormalidad.

Rápidamente, Kerry dejó su cerveza en el mos-trador y echó a andar bordeando la pista, hacia el extremo de la baranda. Entró en el espacio lleno de mesas y las sorteó. Los cinco músicos del estrado batían premiosamente sus tambores, poniendo en el aire una vibración malsana, exótica, que a Kerry le produjo un extraordinario sentimiento de malestar. En una de las mesas, una pareja se besaba con los ojos cerrados. En otra, una muchacha sola le miró, e inició una media sonrisa. Kerry creyó reconocer-la; recordó que bailaron juntos una vez y que ella, cuando la ceñía, se lamentó del obstáculo del re-vólver reglamentario que él llevaba al cinto, bajo la americana. La saludó con un ademán.

Más allá estaba el hombretón vestido de azul y no se había movido. Kerry llegó a su lado, se inclinó y le levantó la cabeza.

El hombre tenía la mirada vidriosa propia de los muertos. Era cadáver, pero apenas acababa de mo-rir. Caliente. De una ojeada, Kerry descubrió la he-rida: en la espalda, a la altura del corazón, donde la sangre manchaba casi imperceptiblemente la tela del traje azul. Un balazo.

Desde la otra mesa, la muchacha sola vió la cara que Kerry sostenía entre sus manos, y lanzó un chi-llido de horror. Fué tan agudo que conmovió a la sala entera. El músico de la flauta interrumpió su sonsonete, el tambor calló, el piano dió un acorde falso. Sonaron otros gritos.

Kerry buscó en derredor a la joven de ojos gris verde que bailó con el hombre. Había desaparecido. De un salto, se subió a una silla y alcanzó a divisar hasta el último rincón del club, por encima de las cabezas. La gente se arremolinaba. Un impulso de curiosidad la atraía hacia el cadáver, y el grupo aumentaba rápidamente.

Un vestido color verde manzana se movía en di-rección a la puerta. Cuando Kerry la distinguió, la muchacha estaba a punto de salir. Se apresuraba, eludiendo nerviosamente el choque con quienes le obstruían el camino. Nadie parecía reparar en ella ni en lo desordenado de su fuga.

Kerry se lanzó en su persecución, abriéndose pa-so a empellones entre los que en un momento le ha-bían rodeado. Dos camareros acababan de descubrir que el hombre vestido de azul estaba muerto, y da-ban voces. Alguien trató de detener a Kerry y reci-bió de éste un vigoroso codazo.

La muchacha ya había escapado al franquear Kerry la barrera humana. El policía, con las ropas en desorden por el estrujón que hubo de sufrir, sa-có su placa y, llevándola en la palma de la mano, echó a correr.

El portero, puesto de puntillas, pugnaba por en-terarse de lo ocurrido en la sala.

—¡Eh! — llamó Kerry, alzando la placa hasta sus ojos—, atiéndame, ¿ha visto salir a una mu-jer?

—Este… sí — repuso el hombre, aturdido —. Sa-lió una ahora. Oiga…

—Cierre la puerta, ¡aprisa! ¡No quiero que sal-ga nadie más! ¡Ciérrela! ¿Tiene ahí teléfono? Lla-me al «Precinto». Se ha cometido un asesinato.
—¡Oh!
—¿Me ha entendido?
—Sí, señor.
Kerry se lanzó a la calle.
—¡Cierre! — insistió, volviendo la espalda.
En la más próxima porción de acera no se veía a la muchacha. Kerry salió hacia el extremo del club, donde se hallaba la zona de aparcamiento, y pasó sin transición del fulgor deslumbrante de las luces de la fachada a una densa penumbra.
Un coche demarraba a corta distancia. Dos fa-rolillos rojos brillaban en los guardabarros traseros. Kerry comprendió instintivamente que el coche es-taba lo bastante cerca como para alcanzarlo antes de que arrancase.
Iba a hacerlo
Pero en el instante en que tomaba carrera, una voz helada brotó de la obscuridad:
—Quieto, hermano.
Algo duro se apoyó en sus riñones. El coche sa-lió disparado del aparcamiento, y describió una ce-rrada curva para ganar la calle. Era un «Cadillac» negro. Lo conducía la muchacha.
Kerry, paralizado, murmuró una maldición.

II

Los agentes del «Precinto 18» **(1)** llegaron en dos coches y casi al instante; en un coche los guardias uniformados y en otro los detectives, con el sargen-to Snitkin. Se hicieron automáticamente cargo de la situación. En la sala del «Flamengo Club» reinaba un silencio pesado, como si la muerte estorbase. Snitkin, que llevaba el sombrero en la coronilla, abarcó el local en una mirada circular, mientras sus hombres se dispersaban en todas direcciones y adi-vinó que el ambiente le era ligeramente hostil. La policía no gozaba de simpatías en el barrio desde que el capitán Sullivan se puso al frente del «Pre-cinto» y lo libró de la tradicional influencia del ca-cique político, emprendiendo la guerra por su cuen-ta, mostrándose intolerante con muchas cosas que sus antecesores toleraron, y trasladando a otros dis-tritos a aquéllos de sus subordinados demasiado in-clinados a contemporizar.
El muerto se llamaba Wilkie Odell, tenía treinta años, vivía en la calle 48 Este, llevaba una licencia de luchador profesional en la cartera y una corta cachiporra de cuero en el bolsillo trasero de los pan-talones. La licencia fué extendida en 1951 y había caducado. La cachiporra mostraba huellas de haber sido profusa y reiteradamente usada. El dinero de Odell sumaba cuatrocientos quince dólares con se-senta centavos. Aparte la licencia, el único docu-mento que poseía era una carta que comenzaba con las palabras «Pepino mío» y cuya firma, ilegible, iba precedida de la expresión «Tu gatita». Odell fu-maba «Lucky», empleaba un encendedor a gas últi-mo modelo y guardaba una ficha circular, de plás-tico verde, con un corazón negro impreso en una de sus caras.
Sin mover el cadáver, Snitkin hizo colocar sobre la mesa el contenido de sus bolsillos, tomó nota de todo y allí lo dejó. Sus hombres habían obligado a sentarse a la gente, e iban de un lado para otro ha-ciendo preguntas. Un individuo de cara fofa y nariz semítica se había aproximado al sargento y, con las manos enlazadas en la espalda, observaba sus mo-vimientos. Cuando Snitkin se percató de su presen-cia, le hizo una seña, y el individuo se adelantó.

—Mala cosa, sargento — comentó.
Snitkin miraba hacia la pista de baile.
—Va a ser mala para usted — replicó —. Gold-berg, ¿quién era este pájaro?
—Ni idea.
—No empiece a andar a la pata coja. Usted co-noce a la mayoría de los clientes de su local, por lo menos a los importantes. Y éste era importante: llevaba cuatrocientos dólares encima.
—Le veo ahora por primera vez.
—¿Estaba solo?
—Pregunte a los camareros.
—Le pregunto a usted, Goldberg.
Goldberg se encogió de hombros.
—La saliva que gasta es suya.
Snitkin se inclinó sobre el cadáver, le desabro-chó la bocamanga de la chaqueta y el puño izquier-do de la camisa, y le arremangó el brazo hasta más arriba del codo. La piel de Odell mostraba una constelación de puntitos pardos.
—Se pinchaba. — gruñó el sargento —. ¿Qué me sugiere usted respecto a esto, Goldberg?
—Que le gustaba la morfina.
—Claro, ¿y qué más? — Snitkin devolvió a su primitiva posición las mangas del muerto —. En este club se dan cita muchos adictos, usted lo sabe mejor que yo; por causa de ello le hemos llevado ante un tribunal dos veces. Piense un poco en Mi-ller, ese negro que tiene ahí de pianista: estuvo en-tre rejas por tráfico de estupefacientes. Diga, ¿qué me sugiere, Goldberg?
Goldberg se quedó impasible.
—Las dos veces que me llevaron al tribunal fui absuelto — repuso —. En cuanto a Miller, cuando le cazaron no trabajaba para mí. Ahora se porta decentemente. Lo que le sugiero es que descienda de las nubes, nada más. Y, si tanto insiste, que despa-che pronto sus pesquisas, se largue y me deje en paz. Todo esto no le hace mucho bien a mi nego-cio.
El sargento sacó del bolsillo una pastilla de chi-cle, la desenvolvió cuidadosamente y se la metió en la boca.
—Espere en su despacho — dijo —. Su negocio me importa un bledo.
Echó a andar calmosamente hacia la puerta. El portero se puso nervioso al verle.
—Buenas noches — articuló.
—¿Usted ha llamado al Precinto?
—Sí, señor. Obedecía, órdenes.
—¿De quién?
—De un detective. Se fué corriendo detrás de una muchacha, y me dijo que cerrase las puertas y diera aviso.
—¿Cómo sabe que era un detective?
—Me mostró su placa.
—¿Quién era la muchacha?
—No la conozco, señor. Pasó al trote, y no pude verla bien. Era morena, vestida de verde claro.
—¿Y el detective?
—Viene por aquí a menudo. Rubio, alto, con cara de listo. A veces pesca alguna chica que vale la pe-na. Debe de tener su gancho, digo yo. Las mira a todas bien miradas.
—¿Se llama Kerry Sears?
—No sé cómo se llama, señor.
—Uh — gruñó el sargento.
Regresó a la sala y se encaminó al bar.

—¿Ha estado Kerry Sears aquí esta noche? — preguntó al barman.

El barman le dijo que sí.

—¿Le has visto con una chica morena, vestida de verde claro?

El barman dijo que no.

—Le he visto con Tony Novara — añadió —. To-ny le ha invitado a una cerveza.

—¿Dónde está Tony ahora?

—No lo sé.

Luego, sentado en el estrado de la orquesta y mascando enérgicamente su chicle, Snitkin escu-chó el informe de los detectives.

—Nadie ha oído el disparo — declaró uno —. De-bieron hacerlo con silenciador y al amparo del ruido que armaba la orquesta. A ese hombre le pegaron por la espalda, trayectoria sensiblemente horizon-tal. La línea de tiro pasa a un par de metros de la pista, entre las mesas, hasta el ángulo donde están las puertas de los lavabos. Véalo desde aquí. Fue un buen tiro, sobre todo porque el espacio interme-dio debió estar lleno de gente.

—¿Nadie se dió cuenta? — preguntó secamente Snitkin.

—Nadie.

—Búscame a Tony Novara.

—Las dos salidas de incendio no han sido uti-lizadas — anunció otro de los detectives —, pero hay una puerta a la que se llega pasando por detrás de este estrado y cruzando un cuarto de trastos, junto al pasillo donde Goldberg tiene las oficinas. Cual-quiera puede haberse largado por allí. Está abierta.

—Encontradme todos los petardos que esa gente lleve encima — indicó Snitkin, señalando con la ca-beza a la cariacontecida concurrencia que esperaba en las mesas el término de la sesión —. Vivo, me es-toy cansando de esto. Moveos.

Un tercer detective trajo a una muchacha asida del brazo.

—Esta estaba sentada a una mesa próxima a Odell — explicó —. Dice que Odell tenía consigo a una chica morena, de ojos claros, vestida de verde, muy linda. — Snitkin frunció el entrecejo al oír la descripción —. Se fijó en ellos cuando se retiraron de la pista, pero luego no les prestó demasiada aten-ción, hasta que Sears pasó por su lado y la saludó, y ella le vió levantar la cabeza del hombre y descu-brió que había muerto. La chica, entonces, ya no estaba en la mesa. No ha reparado en qué momento la abandonó.

—¿Tú conoces a Kerry Sears? — preguntó el sar-gento a la joven.

—Un poco.

—¿Te parece que había alguna relación entre él y ese hombre y la chica?

La joven hizo un gesto de incertidumbre.

—No lo sé. Vino de pronto, de la parte del bar, y fué directamente a su mesa. Hasta entonces no le ha-bía visto.

—¿Conocías al hombre? ¿A la muchacha?

—A ninguno de los dos. Seguramente eran nue-vos aquí.

—¿También nuevos en el barrio?

—Digo yo.

Snitkin chasqueó los dedos hacia el detective.

—La muñeca vestida de verde escapó, al parecer, un momento después del asesinato, y Sears salió dis-parado en su persecución. Ocupaos de averiguar si alguien la conoce, o si alguien reparó en ella de mo-do especial. Peinadme bien las declaraciones.

El hombre encargado de la búsqueda de Tony No-vara regresó con la noticia de que éste no se hallaba en el local.

—Esto es idiota — replicó Snitkin —. Por la puer-ta trasera habrá escapado todo el que ha querido es-capar. ¡Condenado Sears! En lugar de correr tras de

unas faldas, lo que hubiera debido hacer es quedarse e impedir que saliera una mosca. Tendrá que oírme.

Dos agentes uniformados depositaron ante el sar-gento, en el estrado, cuatro revólveres de diferentes calibres y una pistola. El detective que les acompa-ñaba, anunció:

—Han aparecido debajo de las mesas. No tienen dueño. Nadie está armado. Esos pipiolos no son tan tontos como para dejarse sorprender con la artillería encima.

—Numéralos, guárdalos y resérvalos para el labo-ratorio. — El sargento se puso en pie —. Sería un placer inmenso identificar uno por uno a los pichon-citos que Goldberg tiene por clientes, pero no servi-ría de nada. El que se ha cargado a Odell ya no está aquí. Abridles luego las puertas y que emprendan el vuelo. Voy a telefonear a Central Park.

Snitkin se encaminó a las cabinas telefónicas del vestíbulo y comunicó con el Departamento, División de Detectives, Sección Homicidios. Dió un parte verbal de lo ocurrido, lo bastante claro para que llegara al D. A. **(2)** sin errores, y volvió a la sala con su paso cachazudo y lento.

Teddy Cleaver, el reportero adscrito al Precin-to 18 **(3)**, había llegado, aunque con retraso, y su «flash» destellaba ora aquí, ora allá, presurosamen-te. Snitkin fué al estrado, donde dos detectives le esperaban tamborileando con los dedos sobre el bongó.

—La versión más aproximada de lo que pasó — dijo uno — se reduce a que la muchacha que acompañaba a Odell le abandonó para dirigirse al lavabo, y ya no regresó. Un punto llamado Holmes asegura que se fijó en ella, que quiso detenerla para invitarla a bailar, y que ella ni siquiera le contestó. Parecía nerviosa, o preocupada. Debió ser un bom-bón de criatura, por lo que dice Holmes. Luego, hay otro punto — el detective consultó su cuaderno de notas —, Larry Davis es su nombre, que la tenía de-lante cuando, entre las mesas, una mujer se puso a chillar y la sala entera supo que alguien había muerto. Según Davis, al sonar el chillido, la mu-chacha echó a correr, abriéndose camino dificulto-samente a través de la pista. Con el fregado que se organizó a continuación, dejó de verla. Esto es todo.

—¿Y tú? — preguntó Snitkin al otro detective.

—Nadie conoce a esa muchacha. No era una con-currente habitual. Muchos se fijaron en ella y en el tipo que la acompañaba, pero no saben una pala-bra de ninguno de los dos.

—O no la dicen.

Teddy Cleaver se aproximó con su «flash».

—Un momento, sargento. ¡Sonría! ¡Trate de po-ner cara inteligente! ¡Eh, eso es!

—Lárguese, Cleaver — gruñó Snitkin.

El reportero sacó un paquete de cigarrillos, ofre-ció a los detectives y al sargento, tomó uno para sí y lo encendió con la colilla del que estaba fumando.

—¡Bonito caso! — rió —. ¿Usted sabe a quién tiene ahí, muerto en esa mesa, Snitkin?

Snitkin se quedó a la expectativa.

—¿Wilkie Odell?

—Wilkie Odell, más conocido por «Tigre» Odell — el periodista arrojó dos choros de humo por la nariz —. Campeón de «catch», peso medio, en 1950 y 51, descalificado a perpetuidad en 1952 por mo-lerle los huesos a un ciudadano en una riña calle-jera, consecuencia de una pítima fenomenal. Una gran figura del ring que tomó el mal camino.

Snitkin semejaba ahora completamente des-pierto.

—¿Qué más?

—Odell cayó verticalmente. De acuerdo con mis últimas noticias, trabajaba de matón a sueldo en uno de los «gangs» que controlan los Anastasia (4).

—¿Qué más? — insistió el sargento.

Cleaver se encogió de hombros.

—Soy un periodista, no un archivo.

Cinco minutos después llegó al «Flamengo» un equipo de técnicos del Departamento Central, con el teniente Karmany al frente. Y Snitkin pudo informarle más ampliamente de lo que había espe-rado.

III

Kerry Sears levantó lenta y resignadamente los brazos.

—Si se mueve, le dejo seco — murmuró la voz a su espalda.

El «Cadillac» negro de la muchacha alcanzaba en aquel momento la calle. Kerry lo contempló con desesperación. Su propio cacharro estaba a la mitad de la zona de estacionamiento, a corta distancia. Le quedaba todavía tiempo, si conseguía librarse de la amenaza pegada a sus riñones, de emprender la persecución de la pájara vestida de verde. Era cosa de segundos. De un segundo o dos.

Kerry puso en tensión los músculos, giró velocí-simo sobre sus talones, rechazó el arma con el codo y disparó el puño derecho hacia arriba. El golpe en la mandíbula del hombre que se hallaba detrás de él le produjo una sensación excitante. Le aplicó un feroz puntapié al bajo vientre y, cuando el hombre se dobló hacia adelante, le derribó de un hachazo en la nuca.

No se detuvo ni a verle la cara. El «Cadillac» ha-bía desaparecido calle abajo. Kerry saltó a su co-che, tiró del botón de arranque, embragó y partió en primera aplastando el champiñón del acelerador.

Las luces cambiaban de rojo a verde cuando llegó al primer cruce, y le pareció que el «Cadillac» se encontraba entre el grupo de vehículos que se pusieron en movimiento de una sola vez. Se aseguró de ello al cabo de un instante: el «Cadillac» corría casi a la par con él. Al pasar frente a las cegadoras luces del Teatro Donovan, comprobó que lo conducía la muchacha. Sonrió. Había tenido suerte.

Luego, el coche negro tomó por una bocacalle poco concurrida, y aumentó considerablemente su velocidad. Kerry le fue a le zaga, a distancia ade-cuada, para no perderla de vista. Pensó que, si la muchacha no se había dado cuenta aun de que era seguida, lo descubriría entonces, pero él no tenía más remedio que poner en evidencia sus propósi-tos, so pena de renunciar a ellos.

El «Cadillac» dobló una esquina a la derecha. La nueva calle, mal alumbrada, tenía, durante el día, la actividad propia de las casas comerciales que la flanqueaban; era el feudo de los almacenistas ju-díos del barrio, y estaba llena de camiones. Ahora, de noche, se hallaba desierta. Cuando el «Cadillac», bruscamente se detuvo, Kerry se quedó tan sorpren-dido que no pudo hacer otra cosa que seguir ade-lante a la misma velocidad. Al pasar, vió que la muchacha se apeaba; frenó rápidamente, y los dos segundos que empleó en ello, y en abrir la porte-zuela, bastaron para que se esfumara.

Kerry retrocedió por la acera a largas zancadas, e hizo un breve alto junto al «Cadillac» para anotar el número de su matrícula. El coche se había parado ante una casa vieja y estrecha, respetable, de plan-ta y piso como sus vecinas, en cuya fachada cam-peaba un gran rótulo con la inscripción «Brillante Universal». El rótulo, en contraste con el edificio, era relativamente nuevo. Allí no se veían luces ni signo de vida, pero Kerry se aproximó al portillo de la persiana metálica que cubría toda la boca de la plan-ta inferior y, al empujarlo, lo encontró abierto.

Entró y se agazapó en la obscuridad. No oyó nada. No podía saber si la muchacha le esperaba, ni siquie-ra si él corría o no peligro. Dejó transcurrir un mi-nuto, y después, apartando convenientemente la ma-no de su cuerpo, alumbró su encendedor. No hubo no-vedad. La llamita le reveló que se hallaba en un al-macén de reducidas dimensiones, angosto y largo, con un mostrador a cada lado y, al fondo, una mam-para de cristal translúcido con ventanillas. En las paredes se reproducían los rótulos de «Brillante Universal», negros con letras doradas, y Kerry de-dujo de su texto que se trataba de un producto para limpiar metales.

La mampara tenía una puerta. Transponiéndola. Kerry se situó en una pequeña oficina: dos mesas, dos máquinas de escribir, tres ficheros metálicos, un calendario y una lámpara. Por otra puerta abierta en la pared se veía el arranque de una escalera.

Kerry siguió adelante. La escalera ascendía al piso y descendía al sótano. Mientras titubeaba entre ambas direcciones, arriba sonó algo como el chirri-do de una bisagra mal engrasada. Kerry cerró el en-cendedor, se lo guardó en el bolsillo y empezó a su-bir cautelosamente.

Un rumor de pasos llegó distintamente a sus oídos: «tap», «tap», «tap». Kerry alcanzó el último peldaño, y sintió que un escalofrío le cosquilleaba la espina dorsal. Estaba al extremo de un pasillo dé-bilmente iluminado por la espada de luz que filtraba la rendija de una puerta. No se veía a nadie. Los pasos no sonaban ya.

Se desabrochó la chaqueta, y sacó el revólver. Avanzó con él en la mano, en silencio, hasta la lí-nea luminosa. Empujó la puerta.

La habitación era un despacho. No había en ella más que un hombre, y estaba muerto: yacía detrás de su mesa en una posición semejante a la del sujeto del «Flamengo Club», doblado encima del table-ro, con la cabeza caída sobre los antebrazos; pero recibió su herida en la frente y tenía toda la cara manchada de sangre. Kerry observó que era calvo y grueso, y que se hallaba en mangas de camisa. Su chaqueta aparecía en un sillón.

Kerry avanzó y le tocó. Caliente. Lo primero que pensó fué que la muchacha no tuvo tiempo de ha-berle matado, porque él la seguía de muy cerca y hubiera oído el tiro. Recogió la chaqueta del hom-bre. Sacó una cartera del bolsillo interior. Contenía un permiso de conducción a nombre de James B. Marlin. Para Kerry, un desconocido.

Tenía la cartera en la mano cuando otra vez so-naron pasos en el corredor. Se volvió velozmente, amartillando el revólver. Los pasos se alejaron, acelerándose. Al precipitarse Kerry al pasillo sonaban ya en la escalera.

—¡Alto! — gritó —. ¡Alto o disparo!

La orden no surtió efecto. Kerry se lanzó hacia abajo por la escalera en tinieblas, llegó a la peque-ña oficina, rebasó la mampara. El portillo de la cortina metálica acababa de abrirse, y una silueta se deslizaba a la calle. Kerry la siguió. Al asomarse, la vió en la acera. Corría hacia el coche de la mucha-cha. Pero no era la muchacha, sino un hombre.

El hombre, en aquel momento, giró sobre sí mis-mo. Algo hizo «plop» en su mano y emitió un des-tello. Un arma con silenciador. La bala se incrustó en la persiana a un centímetro del hombro de Ke-rry, traspasó el metal y, a juzgar por el estrépito, de-bió romper algunos cristales del otro lado. Kerry se encogió. Si el fugitivo era el asesino del hombre del «Flamengo Club» y del llamado Marlin, sus dotes de tirador merecían absoluto respeto.

En una fracción de segundo, el desconocido llegó al «Cadillac» y se metió en él. Kerry saltó hacia ade-lante. Otro fogonazo enrojeció la ventanilla del co-che. Ciego de furia, Kerry, sin detenerse, levantó su revólver y tomó instintivamente puntería.

Pero no disparó, porque su enemigo lo hizo an-tes y por tercera vez. Kerry experimentó una sensa-ción de calor irresistible en la cabeza y una repen-tina debilidad. La vista se le nubló. Le acometió un vértigo extraño. La primera noción de que le ocu-rría algo malo la tuvo al darse de cara contra el suelo.

No perdió del todo el conocimiento, pero duran-te un par de minutos fué incapaz de moverse. Oyó muy claro el ronquido del motor del «Cadillac», comprendió que el hombre se le escapaba e incluso vió el coche, largo y negro, pasando ante él; sin embar-go, permaneció en tierra, de bruces, inútil como un niño idiota.

Cuando se levantó el «Cadillac» había desapare-cido. Se apoyó en la persiana metálica. Respiró pro-fundamente hasta cobrar un poco de vigor. La san-gre, desde el lado derecho de la frente, le caía por el extremo de la ceja y le llegaba a la boca y al cuello. Palpándose la herida, comprendió que se tra-taba únicamente de una rozadura, sí que también que había salvado la vida por milímetros.

El hombre reflexionó, había escapado en el co-che de la muchacha. Luego, ¿era su amigo, o su cómplice? ¿Dónde estaba ella? ¿A qué fué a las ofi-cinas del «Brillante Universal»? ¿A verle a él? ¿A ver a James Marlin? ¿A matar a éste? ¿A evitar que muriera?

Kerry entró de nuevo en el local, ahora sin to-mar precauciones; dió al encendedor y, con su ayu-da, localizó las llaves de la luz. Cuatro tubos fluo-rescentes se encendieron en el techo. Tranquilo, Ke-rry volvió a subir la escalera, pulsando cuantos interruptores le salieron al paso. Antes de meterse en el despacho, dedicó una mirada a lo demás. El piso servía de almacén, tenía dos pequeñas naves llenas de anaqueles que alineaban centenares de frascos negros con letras doradas. En el centro de las naves estaban las mesas donde se embalaban los pedidos, y a un extremo el depósito de papel, un ar-mario con etiquetas y una máquina para la impre-sión automática de direcciones. En el extremo opues-to se veía un montacargas metido en un hueco de la pared.

Sin encontrar a nadie, Kerry fué al despacho. Aquel hombre, James B. Marlin, debió ser el pro-pietario, o por lo menos el gerente del negocio. Es-tuvo trabajando hasta el momento de morir. Tenía abierto sobre la mesa un libro de caja, y, a su lado, un montoncito de cheques cuyo importe, al parecer, iba anotando con un bolígrafo rojo. Kerry tomó los cheques y los desplegó en abanico. Le sorprendió, primero, que todos hubieran sido librados por la misma cantidad: trescientos dólares; segundo, que todos llevaran la misma fecha: 30 de abril, cuatro días antes. Había catorce, que sumaban cuatro mil doscientos dólares en total.

La página en que estaba abierto el libro corres-pondía al primero de mayo. Kerry la estudió con atención. Marlin no había anotado más que cinco de los catorce cheques, pero anteriores a ellos ha-bía diez más, el nombre de cuyos libradores, con-signado escrupulosamente, no coincidía con los que se hallaban sobre la mesa. Tres mil dólares más en cheques de trescientos. La página hubiera sumado siete mil doscientos, de haber Marlin dado término a su tarea.

Además del libro y los cheques, en la mesa había unas cuantas cartas comerciales sin firmar, unas notas de pedido, un periódico de la noche y una re-vista hípica. Kerry abrió los cajones. El superior de la derecha era un fichero. Estaba casi vacío, no con-tenía arriba de treinta fichas, pero los nombres que figuraban en ellas despertaron la curiosidad de Ke-rry. Correspondían a los consignados en el libro y a los estampados en la firma de los cheques. Había cinco más. Uno de estos cinco era el de Alvin Smuts.

Kerry se acordaba perfectamente de Alvin Smuts. Tenía un pequeño bar en la esquina de las calles Cincuenta y Bantham. Cierta vez, en el curso de una redada, se le detuvo acusado de suministrar ampo-llas de morfina a sus clientes habituales. La acusa-ción, como tantas otras por aquella época, no pros-peró ante el juzgado y Smuts fué absuelto, pero su expediente y sus huellas dactilares figuraban en el archivo del Precinto 18, y el mastodóntico organis-mo de Central Park tenía de ellos una copia.

Kerry consultó el libro. Se iniciaba en enero, y las anotaciones eran quincenales. El número de che-ques de trescientos dólares aumentaba progresiva-mente de doce a veintinueve. Alvin Smuts apare-cía el catorce de febrero y no dejaba de figurar una sola vez. Kerry prosiguió su pesquisa. Un momento después encontraba, en el cajón central de La mesa, los cinco cheques

fechados el 30 de abril que falta-ban para completar el número de fichas. Uno de ellos lo firmaba Alvin Smuts.

Interrumpiendo en este punto la búsqueda, Kerry tomó el teléfono que había sobre el escritorio, y llamó al Precinto.

—Aquí, Sears — dijo —. ¿Quién eres tú? ¿Kane?

«—Si — respondió una voz soñolienta.

—¿Ha habido una llamada del «Flamengo Club»?

«—Sí.

—Bueno, atiende, Kane. Esto está relacionado con el mismo asunto. Alguien se dedica a sembrar de cadáveres el barrio. Tengo otro en un almacén de limpiametales de la calle Shelton. Aguarda — Ke-rry leyó el membrete de las cartas que Marlin tenía por firmar —. Calle Shelton, número 86, oficinas del «Brillante Universal». Da aviso de que se detenga un «Cadillac» negro, modelo 1951, matrícula 8NY4-344. El hombre que lo conduce me ha pegado un tiro.

«—¿Qué clase de tiro — preguntó Kane

—Uno que pudo ser mortal — replicó Seas —. Mira si tenemos algo contra James B. Marlin. Algo de drogas. Y toma nota de estos nombres — recitó calmosamente las veintinueve fichas del cajón —. Ganaremos tiempo si husmeas un poco en los ar-chivos.

«—¿Drogas? — inquirió Kane.

—Sí.

Kerry colgó.

Le intrigaba lo que pudo haberle ocurrido a la muchacha del vestido verde. Era bien cierto que ella entró en el edificio, y que en éste se encontraban Marlin y, el hombre que usaba un arma provista de silenciador; pero, ¿volvió a salir? ¿Cuándo y cómo? ¿Dónde estuvo escondida?

Kerry regresó a la escalera y bajó por ella hasta el sótano. Este era más angosto todavía que la planta y el piso. Había en él un cuarto de aseo, la caldera de la calefacción y una pieza donde se abría la boca inferior del montacargas, cuyo suelo ascendía en leve rampa hasta una puerta corredera. Este suelo era de cemento, y estaba manchado de aceite mineral. De ello y de unas fangosas huellas de neumáticos se deducía que allí entraba una camioneta a cargar los paquetes de limpiametales.

La puerta había sido corrida aproximadamente medio metro, soltando el cierre interior. Kerry salió por la abertura. Más allá había un pequeño patio limitado por una reja. En ésta, la puerta permanecía cerrada.

Pero por allí escapó la muchacha del vestido verde: escaló la reja. Al pie de ella había un za-pato. Debió caérsele en la fuga.

Kerry se inclinó y lo recogió. Era un zapato pe-queño, negro, de esbelto tacón, muy lindo. También su dueña era linda. Kerry tuvo que esforzarse muy poco para evocar los destellos azules de su cabello, su cutis tostado, sus ojos gris verde, su figura de diosa pagana cimbreándose al bailar al compás del bongó. Le hubiera gustado conocer a aquella mu-chacha. Y por muchas razones, de las cuales sólo algunas eran profesionales.

Con el zapato en la mano, pensativo, Kerry se volvió. La chica, sin duda, permaneció oculta en al-guna parte de la casa mientras él descubría arriba el cadáver de Marlin, y luego aprovechó para huir el momento de su tiroteo frente a la puerta princi-pal. La reja separaba el patio de un callejón obs-curo, al que parecían dar las traseras de las casas de dos calles. Buen camino para salir de aprietos.

Cuando ascendía de nuevo las escaleras, Kerry oyó en la calle Shelton las sirenas de los patrulleros que se aproximaban.

IV

El teniente O'Neill estaba de retén nocturno en el Precinto. Al presentarse a él, Kerry Sears llevaba la cara limpia y una simple tira de esparadrapo en la frente, pero tenía todavía la camisa manchada de sangre.

—Es un bonito embrollo — comentó el teniente, colocando uno junto a otro, sobre la mesa, el infor-me que le había enviado Snitkin minutos antes, y el que acababa de recibir de Sears —. Una mujer vestida de color verde manzana que va corriendo de cadáver en cadáver, y cuyas relaciones comprenden desde un ex campeón de lucha libre a un almace-nista de limpiametales.

—De todo esto sabe usted más que yo — repuso Kerry —. He navegado a favor del viento, no he he-cho nada más.

—Claro que sé más que usted. Wilkie Odell ha trabajado para los hermanos Anastasia y, según las últimas noticias, dejó el empleo a comienzos del pa-sado abril. Un mes. En este mes prosperó: vivía en un buen hotel, se había comprado trajes y fumaba cigarros de precio. No se le había visto así desde que le retiraron la licencia.

—¿Cuál era su mina de oro?

—¿Lo sabe usted?

—No — dijo Kerry.

—Yo tampoco. Sears, ¿va usted a encargarse del caso?

—No tengo inconveniente.

—De acuerdo, entonces siéntese — Kerry se sen-tó —. Sugiere usted en su informe que el «Brillante Universal» encubre un centro distribuidor de estu-pefacientes, y probablemente da en el clavo. Puedo objetarle que James B. Marlin no estaba fichado aquí, y que el Departamento le desconoce, pero quie-ro esperar a lo que resulte del F. B. I. No importa. Marlin montó su negocio el año pasado. Era un co-misionista. El «Brillante Universal» se fabrica en el Oeste, y tiene su casa matriz en San Francisco. Mar-lin lo representaba en Nueva York. Era su primera empresa comercial en esta ciudad.

—¿Ha preguntado por él a San Francisco?

—No soy tonto, Sears. Calculo que la respuesta llegará por la mañana.

—¿Qué más?

—Se ha organizado para esta noche una cacería con veintinueve piezas. Es cosa del Departamento, naturalmente, pero aseguran que nos cederán nues-tra parte. El fichero de Marlin servirá como base del interrogatorio.

—¿Saldrá algo a luz?

—¿Qué le parece?

—Juraría que sí — Kerry se encogió de hom-bros —. Alvin Smuts es uno de los veintinueve que firmaban cheques de trescientos dólares. Apuesto mi mano a que no gastaba ese dinero en limpiametales. Conozco su bar. Tres centavos de «Brillante Uni-versal» al año es cuanto necesita para tenerlo tan puerco como lo tiene.

—Bien — asintió O'Neill —, eso por lo que se re-fiere a Marlin. Se ha encontrado ya el coche que de-nunció usted.

Kerry silbó.

—Se han dado prisa.

—Un «Cadillac» negro, matrícula 8NY4-344, ¿no? — El teniente consultó su cuaderno de notas —. Pertenece a una tal Selena Morris que vive en el 914 de la Tercera Avenida. Estaba aparcado en Ti-mes Square.

—¿En un lugar tan concurrido?

—No lo dejé yo. Empiece a meterse esto en el seso: su muchacha vestida de verde se llama Selena Morris y conocemos su dirección. He enviado vigi-lancia a su departamento, sin resultado hasta ahora.

—Me parece bien.
El teniente tomó de entre los papeles de su me-sa una ficha circular de plástico, con un corazón ne-gro impreso en una de sus caras, y la empujó hacia Kerry.
—¿Y qué le parece esto?
Kerry cogió ávidamente la ficha y la ocultó en su mano derecha. Una luz se había encendido en sus ojos.
—No me diga…
—¿Qué ocurre?
—¿Dónde la ha encontrado?
—En un bolsillo de Wilkie Odell.
Kerry dejó caer la ficha sobre la mesa.
—¿Qué pinta en todo este asunto Tony Novara? — preguntó a media voz.
—¡Novara! — exclamó O'Neill, mirándole fija-mente —. Sears, ¿se ha vuelto usted loco? ¿Quién ha mencionado a Tony Novara?
El detective sacudió la cabeza.
—Sin querer, usted mismo. ¿Sabe de dónde pro-cede esa ficha?
—De un garito.
—Sí, de un garito. Hace tiempo que no veía nin-guna. La última la tenía Jackie Moro, ¿recuerda? La sacó del garito de Finnegan. Y el garito de Finne-gan sigue funcionando: cada vez que hemos inten-tado una «razzia» contra él, hemos encontrado a un grupo de honestos ciudadanos divirtiéndose inocen-temente. Nunca una cochina prueba de nada.
—¿Eso qué importa?
Kerry sacó un cigarrillo, y lo encendió con deli-beración.
—Es una historia extraña — dijo —. Esta noche, cuando llevaba un rato en el «Flamengo Club», To-ny Novara se me aproximó. Tenía aspecto próspero, demasiado próspero para uno que salió hace una semana de la cárcel. Me contó que «Dosmanos» Brahm anda también libre desde anteayer, que com-partió con él una celda y que le oyó jurar que me mataría para vengarse de que le envié a la jaula y me cargué a su hermano el año 50. Me previno para agradecerme el supuesto favor que le hice consi-guiéndole una condena de dieciocho meses cuando le correspondían quince años. Esto, por lo menos, fue lo que dijo. Pero, entiéndame, yo no creo en los chivatazos gratuitos de un tipo como Tony.
—¿Y bien?
—Se da la coincidencia de que «Dosmanos» Brahm era el amigo del alma de Finnegan, ¿lo re-cuerda?
—Sí.
—Pues Tony Novara está trabajando para Fin-negan ahora. Suponga que por una u otra razón no le interesa tener a «Dosmanos» en la calle, que «Dos-manos» va a perjudicarle, a hacerle sombra, a lo que sea. Un modo de quitárselo del paso sería atraer la atención de la policía sobre él.
—¿Y usted relaciona eso con el asesinato de Wil-kie Odell?
—¿Por qué no relacionarlo? Odell, usted lo ha dicho, había encontrado un empleo de rumbo. ¿No sería con Finnegan, como Tony? Bueno, ¿y qué pa-saría con Finnegan, si fuera así? ¿Por qué tanto ruido a su alrededor?
O'Neill asintió lentamente.
—Lo agarra usted por los pelos, pero es posible.
—Hay más — dijo Kerry —. No puedo sustraer-me a la impresión de que lo charla de Tony tenía algo artificial, improvisado. Puede que sean figura-ciones mías, pero, en resumen, yo estaba observan-do a Odell y a su chica desde hacía bastante rato, Tony se hallaba al extremo del bar desde que lle-gué, y no se le ocurrió hablarme hasta un determi-nado momento. Entonces me contó algo que forzo-samente había de interesarme, y a lo mejor era una patraña. Fíjese,

teniente: es muy casual que, mien-tras Tony me daba conversación, Odell fuera ase-sinado. Demasiado casual.

—¿Quiere decir que Novara se propuso, simple-mente, distraer su atención?

—No sé lo que quiero decir. Lo único que sé es que yo no quitaba ojo a Odell, y que hubiera con-tinuado así de no intervenir Tony en el momento oportuno.

O'Neill reflexionó un instante.

—O. K., si desea pescar a Tony Novara y expri-mirle, por mí hágalo.

Kerry volvió a coger la ficha.

—Creo que picaré más alto. Le enseñaré esto a Finnegan, y le pediré una explicación.

—Póngase de acuerdo con Snitkin.

—¿Para qué?

—Trabajó muy limpio en el «Flamengo» y pue-de ayudarle.

—Está bien, veré; pero prefiero hacerlo solo.

Snitkin se presentó en el despacho del teniente veinte minutos después.

—Tenemos a unos cuantos — anunció —. ¿Quie-re que comencemos a cocinarles?

—¿A unos cuantos, qué?

—De los que pagaban trescientos pavos quince-nales al «Brillante Universal».

—¿Están aquí?

—No, en el Departamento. Seis tienen prontua-rio por comercio de estupefacientes. Habrá tomate.

—Vaya usted como observador, Snitkin. Sáquen-les lo que puedan, e infórmeme por teléfono.

Snitkin se retiró.

—Que venga Brown — pidió O'Neill, por el inter-fono.

Brown era un detective de enorme pecho, more-no, velludo, con la mandíbula sombreada de azul y una selva negra en el dorso de las manos. Iba en mangas de camisa, con las esposas y el revólver re-glamentarios colgados del cinto.

—¿Me llamaba?

—¿Usted conoce a «Dosmanos» Brahm? — inqui-rió el teniente.

—Ayudé a meterle en chirona hace tres años.

—¿Tiene idea de dónde encontrarle?

—¿Salió ya?

—Anteayer.

—Se puede preguntar.

—Tráigale. Pero ándese con cuidado. Dicen que «Dosmanos» ha echado mala sangre entre rejas.

—Siempre la tuvo — dijo Brown.

Salió del despacho del teniente, y cruzó la sala de detectives para descolgar su americana de la per-cha. Se la puso, se encasquetó el sombrero y des-cendió a la planta baja. El sargento de servicio, ins-talado detrás de su alto escritorio como en un trono, discutía con un borracho al que dos agentes soste-nían enérgicamente en pie. Brown pasó por su lado, salió a la calle y montó en su coche.

Algún tiempo después se apeaba en la esquina de una de las sucias calles del arrabal, a la luz de los faroles polvorientos. Enormes y feas casas de ladrillo le rodeaban. Se veía ropa tendida en los bal-cones. Transitaba poca gente por las aceras. A cin-co metros de donde dejó su coche, las puertas ba-tientes de un bar filtraban un resplandor azulado.

Brown empujó las puertas descuidadamente. El bar era pequeño. Un negro

vestido de chaqueta roja y pantalones grises manipulaba el dial de una vieja gramola automática. Un hombre y una mujer se ha-bían refugiado en un rincón obscuro. Las paredes es-taban revestidas de fotos de boxeadores, salpicadas de excrementos de mosca.

El hombre que, en camiseta, atendía el mostra-dor, tenía cara de haber quedado K. O. muchas veces en el ring. El párpado caído de su ojo izquierdo le daba aspecto de tuerto, pero no lo era. Llevaba el cabello rapado, lo que destacaba sus facciones ma-chacadas, brutales e inexpresivas.



Se volvió violentamente, cerro el puño y se lo incrustó en la garganta...

Brown le saludó con un breve ademán.

—Un «rye», Rocky — pidió.

Rocky lo sirvió sin decir nada. El negro había puesto en marcha la gramola y sonaban las notas marchitas, metálicas, rancias de «Always», como una evocación de los grandes años en que Rocky Sanders era el ídolo del Madison

Square y sus puños valían miles de dolares. El negro escuchaba la mú-sica con la cabeza inclinada. Se veían dos toscos zurcidos en los codos de su chaqueta roja.

—Rocky — dijo el detective, quedamente — si tú fueras «Dosmanos» Brahm y solieras de la cárcel, ¿a dónde irías?

El ex boxeador guardó absoluto silencio. Restre-gaba un vaso con un paño, mirando hacia el fondo del local.

La canción terminó. Brown se adelantó, introdu-jo una moneda en la máquina y esperó a que vol-viera a empezar paro regresar junto o Rocky.

—Yo siempre te he ayudado — siguió diciendo —. Cuando todo se hundió, yo fui el único amigo que te permaneció fiel. Lo recuerdas, ¿verdad, Rocky?

El ex boxeador emitió un murmullo.

—Tú mismo te encargas de recordármelo a cada momento — repuso —. Cualquier día la palmaré por mover demasiado la lengua.

—¿A dónde irías si fueras «Dosmanos»?

—No volvería a Nueva York.

—Pero, ¿y si volvieras?

Rocky suspiró.

—Le pediría asilo a Lou Kincheloe hasta situar-me.

Sin darle las gracias, Brown pagó su consumi-ción, salió del bar y se sentó al volante del coche.

Lou Kincheloe tenía su hotel en el extremo me-ridional de Harlem. Su hotel nunca fué nuevo ni lim-pio. El revoque de la fachada se había caído mien-tras Hoover era presidente, y las habitaciones fue-ron acondicionadas en 1910. Kincheloe tomó el ne-gocio en traspaso de la viuda del primer propieta-rio cuando éste se suicidó, y jamás volvió a gastar en él un centavo.

—Quiero ver a «Dosmanos» — dijo Brown, apo-yándose en el astillado escritorio que bloqueaba el paso de la puerta al tramo de escaleras, en el mi-núsculo vestíbulo —. Es mejor que no me pongas dificultades, Lou. No ha hecho nada malo. Necesito hablar con él de un amigo común.

Kincheloe había estado dormitando detrás del escritorio. La solitaria y amarillenta bombilla que pendía del techo ponía en su calva y en su cara un color cadavérico, y llenaba de sombra los surcos que rodeaban su boca cansada.

—No sé quién es «Dosmanos» — respondió, cal-culador.

—Thomas K. Brahm. Y no empecemos, te lo aviso.

—Nadie ha dicho que Brahm esté aquí.

—Lo digo yo. Te conviene que esté, Lou, créeme. Si luego…

—Puah — gruñó Kincheloe, fastidiado.

Salió de detrás del escritorio, volvió la espalda al detective y empezó a subir la escalera, renqueando. Brown le siguió. Se adentraron en un pasillo sin luz. Doblaron un recodo. Kincheloe se detuvo ante una puerta, y Brown le asió rápidamente del brazo.

—No llames. Abre. No quiero líos.

Kincheloe abrió. Había una lámpara encendida junto a la cama. Brown entró primero, pero se vol-vió rápidamente y empujó a Kincheloe al pasillo.

—Ve abajo — dijo entre dientes —. Llama al Pre-cinto 18.

Kincheloe no había visto nada.

—¿Qué cuerno pasa? — mascculló.

—«Dosmanos» ha muerto.

V

El ascensor condujo a Kerry Sears hasta el ático del Edificio Continental, en la Cuarta Avenida. Sa-lió a un pasillo lujoso, de paredes verde pálido y alfombra color crema, iluminado indirectamente. Las puertas eran de pesada madera, con bronces y ta-llados. Llamó a la número 10.

Le abrió un «boy» negro, inmaculadamente ves-tido.

—Deseo ver al señor Finnegan.

El «boy» le examinó recelosamente.

—Me informaré, señor — repuso —. ¿Su nom-bre?

—Detective Sears, del Precinto 18.

Se oía música en una habitación próxima y cuando el «boy» abrió la puerta, Kerry captó rumor de voces y una risa de mujer. La puerta volvió a abrirse casi al instante, y Finnegan apareció. Vestía de *smoking* al igual que el hombre que le acompa-ñaba. Este no era muy alto ni muy corpulento, sino más bien canijo, de tez rosada, cabello pajizo y mo-vimientos suaves, pero Kerry experimentó un ins-tintivo malestar al observar lo pequeño, lo claro y lo frío de sus pupilas, sobre las que mantenía los párpados medio entornados. Le sorprendió no haberle visto nunca. Era, a todas luces, el guardaes-paldas de Finnegan, y éste, según sus noticias, tuvo hasta entonces en el cargo a un ex conductor de camiones llamado Marchall al que Kerry conocía muy bien. El hombre de los extraños ojos era nuevo. Nuevo en el empleo, en el barrio y quién sabe si incluso en la ciudad. Finnegan, se dijo Kerry, era una caja de sorpresas.

Ahora se había plantado ante él con las manos en los bolsillos, y le miraba burlonamente.

—¿Qué tal, Sears?

Finnegan era la oveja negra de una familia res-petable y todavía se le notaban la clase, el estilo, el modo de hablar y de moverse impropios del medio que frecuentaba. Fué expulsado de la universidad de Princeton, cumplió una condena de dos años, se portó bien durante la guerra y mangoneó un poco en política después, lo suficiente para asegurarse una relativa impunidad en el barrio. Su especialidad era el juego. Empezó dándole a la baraja, siguió con dados trufados, apuestas, máquinas, y acabó mon-tando una sala clandestina por cuenta propia. Has-ta 1950 fué un simple empleado de Joe Bascopoulos, el gran «bookmaker», **(5)** muñidor de toda la cade-na de garitos entre la Tercera Avenida y el río, des-de Harlem a East Square; luego, cuando Bascopou-los se hundió y casi todos sus colaboradores fueron a la cárcel. Finnegan, que había escapado a la heca-tombe, se independizó y empezó a subir como un cohete. En poco tiempo le sacó al juego todo lo que en el barrio se le podía sacar. Su sala se puso de moda, y esto le situó en el candelero. Cinco deten-ciones por apuestas ilícitas no aportaron una sola prueba contra él. Vivía a lo grande. Sobre todo, ha-bía tenido la habilidad de capear la derrota elec-toral de la administración demócrata, que a tantos arrastró, y ganarse buenos amigos al subir los re-publicanos al poder.

En lo físico, Finnegan era alto, de cara larga, cabello castaño y gris en las sienes, muy elegante, mantenido en forma gracias a los cuidados de un masajista y con la piel tostada por las lámparas ul-travioleta. Fumaba en una boquilla blanca y dorada que encajaba entre sus dientes formando un ángulo idéntico al que hizo famoso al presidente Roosevelt.

Kerry sostuvo su mirada sin expresión.

—Tengo que hablarle — dijo.

Finnegan se había parado en mitad del vestí-bulo con el hombre de los extraños ojos detrás, y no semejaba dispuesto a moverse de allí.

—Muy bien, Sears, hable cuanto guste.

—¿Aquí?
—¿Por qué no?
Kerry se encogió de hombros. Tenía los puños cerrados. Abrió el derecho y mostró en la palma de la mano la ficha de plástico verde.
—Sea usted más cuidadoso con el material de su garito, Finnegan. Le disgustará saber dónde se ha encontrado esta ficha.
—¿Mi garito? — Finnegan enarcó las cejas —. ¿Se refiere al «Windsor Club»?
—Llámelo como quiera. Me refiero a sus salas de juego, donde se emplean estos chismes.
Finnegan se adelantó y examinó la pieza, sin to-carla.
—Podría negar que eso se emplee en cualquier lugar próximo o remotamente relacionado conmigo — repuso cínicamente —, y a usted le tocaría pro-barlo. Pero, veamos, ¿qué pasa? ¿Qué desea de mí?
—La ficha estaba en el bolsillo de un ex lucha-dor llamado «Tigre» Odell. Le han pegado un tiro esta noche en el «Flamengo Club».
—Eso me dijeron.
Kerry observaba a Finnegan, atento a sus reac-ciones, pero no vió más que un ligero frunce de su entrecejo.
—De modo que lo sabe.
—¿Y quién no? La radio lo ha difundido en su último boletín —. Finnegan echó a andar, y abrió una de las puertas que daban al vestíbulo —. Pase, Sears. Si no me equivoco, ha venido en busca de in-formación.
El detective se puso en guardia. Aunque su apa-riencia fuese la misma, la actitud de Finnegan ha-bía cambiado. Kerry le conocía bien. Sabía que, si se prestaba a la colaboración, iba a ser solamente en beneficio propio. Se preguntó por qué aquel «bookmaker» sacaría más provecho de mostrarse conciliador que de despedirle sin soltar prenda. De-bía existir alguna razón. Una razón poderosa.
Entró en la habitación, que era un saloncito ta-pizado de azul cobalto, con libros encuadernados en piel, flores, cuadros y objetos de cristal y de plata. El hombre de los extraños ojos entró también, ce-rró la puerta y se apoyó en ella.
Finnegan se dejó caer en un sillón.
—Comience el disco, Sears.
Kerry reflexionó un instante.
—¿En qué nuevo negocio se ha embarcado usted? — preguntó.
Los rasgos de la cara de Finnegan se pusieron tensos.
—¿Qué dice?
—¿No lo ha oído?
—Pero usted quiere saber lo que Odell…
—Deje a Odell en paz — Kerry avanzó para ver el rostro del «bookmaker» a plena luz —. Es usted quien me interesa. No crea que los policías vivimos en la luna, camarada. De un tiempo a esta parte, usted ha echado muchos humos. Este nidito le cuesta un riñón, tiene un coche de modelo especial, pasa los fines de semana en Florida, mantiene a una ru-bia que tumba de espaldas y se baña en champaña cada noche. Sus antiguos muchachos han quedado en la sombra, mientras asomaba a su alrededor gente nueva; gente como Tony Novara, por ejemplo, o como ese pimpollo de cara de rosa que está ahí. Su vida ha cambiado y sigue cambiando. Bueno, Fin-negan, ¿de dónde saca tanto dinero?
—¿Es usted inspector del Tesoro?
—Le hago la pregunta porque me sale de las na-rices.
Finnegan sacudió displicentemente la mano.
—Lo siento, Sears, ha enfocado mal el asunto. Si quiere que le hable de Odell, le hablaré, pero de mí no diré una palabra.

El hombre de los extraños ojos emitió una risita. Kerry le lanzó una mirada de reojo.

—No hay más remedio que hablar de usted — di-jo al «bookmaker» —. Esta noche está en primer plano. Tony Novara me contó en el «Flamengo» una historia que me distrajo mientras mataban a Odell; me dijo que trabajaba para usted, y me previno con-tra «Dosmanos» Brahm, al que había oído jurar que iba a matarme. Pero «Dosmanos», antes de marchar-se de vacaciones, era un compinche suyo, Finnegan; ¿recuerda? «Dosmanos», como usted, operaba con Lou Bascopoulos, era uno de los puntos más finos del «gang», y tuvo la desgracia de hundirse de los primeros.

—Aquello acabó — intercaló Finnegan.

—Luego — prosiguió Kerry, sin hacerle caso —, ha resultado que «Tigre» Odell, muerto durante el intervalo en que Tony me dió conversación, llevaba en el bolsillo una de las fichas que circulan por las salas clandestinas del «Windsor Club». De su club, camarada.

—No me llame camarada.

—Y la muchacha que estaba con Odell en el «Fla-mengo» — concluyó el detective — salió disparada en cuanto él la palmó, se fué a un almacén de lim-piametales de la calle Shelton, y allí encontró a otro hombre que había tropezado con una bala. Se lla-maba Marlin, representante en Nueva York del «Bri-llante Universal».

Finnegan se quedó con la mirada fija en el va-cío. El hombre de la puerta emitió un nuevo sonido cloqueante. Kerry empezó a ponerse nervioso.

—¿Qué tiene usted que ver en todo eso? — inqui-rió abruptamente.

El «bookmaker» suspiró.

—Nada. No sea cabezota, Sears. «Tigre» Odell apareció por el barrio hace cosa de un mes. Buscaba empleo, y vino a verme. No me gustan las montañas de músculo sin seso ni tengo el menor interés en recoger a los tipos que los Anastasia han despachado por inútiles, de modo que me lo saqué de encima. Consiguió que Marlin le diera trabajo. Debió ser algo bueno, porque a Odell se le vió progresar. Co-mo, al parecer, mi negativa le había escocido, se em-peñó en exhibir delante de mí la pasta. La gastaba en el «Windsor» a caño libre. Y, además, tenía suer-te, el muy cerdo. No seamos niños — Finnegan cor-tó con un ademán el inminente cometario de Ke-rry —. Usted sabe, como lo saben todos, que en mi club se juega «un poco». Si se dejara caer por allí de vez en cuando, duplicaría sin esfuerzo el sueldo que le paga la municipalidad. Otros lo hacen.

Kerry enrojeció.

—Es usted una babosa, Finnegan.

—Sé vivir y dejar vivir.

—Así — Kerry se dominó —, Odell trabajaba pa-ra Marlin. ¿En qué?

—No llego a tanto. Averígüelo.

—¿Distribución de drogas?

—¿Quién sabe?

—¿Está «Dosmanos» en Nueva York?

—Sí.

—¿Es cierto que quiere matarme?

—Será cierto si Tony lo dice.

—Pero, si está en la ciudad, usted le habrá me-tido en su organización. Se querían como hermanos. No le habrá desamparado ahora.

Finnegan hizo una mueca

—Nos queríamos, Sears, pero han pasado mu-chas cosas desde entonces. A «Dosmanos» no le sen-tó bien que todo el equipo de Bascopoulos se hun-diera y yo quedase a flote. No ha venido a verme, no me ha pedido nada. Habrá creído

encontrar un empleo mejor.

—Usted arruinó a Bascopoulos para medrar, ya entiendo. Nadie lo supo, pero usted le traicionó. Y algunos murieron por culpa suya cuando ocurrió el desastre: el hermano menor de «Dosmanos», entre otros. Diga, ¿usted me envió a Tony deliberadamen-te? ¿Quiere que yo me encargue de eliminarle un estorbo? Porque de quien pretende vengarse «Dos-manos» no es de mí, sino de usted, ¿verdad?

—Sears — repuso Finnegan tranquila y sosegada-mente —, usted desempeñó un gran papel en el gol-pe contra Bascopoulos. Si tiene buena memoria, re-cordará que yo no intervine para nada en el caso.

—Pudo intervenir sin que yo me enterase, qué cuerno. Yo cumplía órdenes. En aquel tiempo estaba usted a partir un piñón con los oficiales del Precinto. Dios sabe lo que armarían entre todos los detectives sin que lo viéramos.

—Dios sabe — murmuró Finnegan, mordaz-mente.

Kerry hinchó el pecho.

—Entonces, ¿cuál es el empleo que «Dosmanos» ha encontrado?

—Con Marlin.

—¡También con Marlin! Finnegan, ¿qué porque-ría de asunto es éste? ¿Qué se prepara?

Finnegan se puso en pie lentamente, insertó un cigarrillo en su boquilla, la encendió y se quedó mi-rando al suelo.

—No se prepara nada — declaró. Y enderezó bruscamente la cabeza —. Se lo diré claro, Sears: Odell y Marlin han muerto por mí culpa.

—¿Qué?

—¡Está bien, sí, óigalo de una vez! — Finnegan se mostró apasionado —. Fué un mal momento, una debilidad. Me interesó la facilidad con que ganaba el dinero ese estúpido de Odell, y le lancé algunos cables. No habló mucho, pero dejó entrever a gran-des rasgos el negocio que había montado Marlin bajo la tapadera del limpiametales. Supe que Marlin era sólo el hombre de paja de otro, de alguien que pla-neó el esqueleto del asunto y aportó el capital. Esto me dió una idea. Insinué que había que contar con-migo en el barrio, que nadie llegaría más lejos que yo si valía la pena, y que todo iba bien aquí si se me tenía por amigo. Al fin y al cabo, es cierto. Para qué contarle… Odell cepilló a Marlin, y éste convino en la posibilidad de dar la patada a su jefe, sea quien sea, y pasarse a mi bando. Teníamos que vernos y concretar puntos una de estas noches. Pero ha muerto antes.

A Kerry le brillaron los ojos.

—¿Usted sabía que Marlin operaba con drogas?

—Lo suponía.

—¿Y quiso meterse en ese lodazal?

—Una tentación — Finnegan se situó delante del detective —. Le estoy hablando de hombre a hom-bre, Sears: no pretenda ahora echarme la zancadi-lla. Lamento muchísimo lo que ha pasado. Hago lo que está en mi mano para ponerle remedio, sin re-parar en si corro peligro o no.

—Ya — articuló Kerry.

—¿Se da usted cuenta del poder implacable que Marlin tenía detrás? ¿Lo ha comprendido? Pues ese poder, Sears, ¡hay que aplastarlo!

—¿En beneficio de usted?

—No se trata de eso. Dos hombres han muerto sin más culpa que el propósito, el mero propósito, de traicionar a un tercero. Yo no puedo consentir en el barrio una cosa así. Tengo mis principios. Des-cubra quién es el personaje. Sears. La justicia lo exige.

—Usted quería montar el tráfico por su cuenta.

—Eso no importa. Está olvidado — Finnegan en-tornó los párpados —. Doy

diez mil dólares por el asesino de Odell y Marlin. Diez mil, ¿se entera?

El hombre de los extraños ojos dejó oír su risita ahigada. Kerry se volvió violentamente, cerró el pu-ño y se lo incrustó en la garganta. La cabeza del hombre rebotó contra la puerta, con siniestro ruido. Sacó la lengua, se le doblaron las rodillas y cayó hacia adelante. Kerry le tumbó boca arriba de un puntapié.

—Tenía ganas de hacerlo desde que le he visto — dijo —. Es nuevo, le fallan modales para tratar con la policía. ¿Cómo se llama?

—Bingo Smith — repuso Finnegan, obscura-mente.

Kerry se agachó y le sacó al hombre una negra «Luger» del sobaco.

—Un asesino, ¿eh? También usted gana el dine-ro fácilmente, Finnegan. También se le ve progre-sar. Los asesinos cobran grandes sueldos.

—Devuélvale la pistola. Tiene licencia especial de ex combatiente; es buen muchacho. Y no diga tonterías.

Deliberadamente, Kerry dejó caer el arma sobre el estómago de Bingo, que gimió. Abrió la puerta.

—Métase los diez mil dólares donde más le es-torben — dijo —. A mí no se me unta. Ah, otra cosa: ¿quién es Selena Morris?

Finnegan, ceñudo, contemplaba los esfuerzos que hacía Bingo por levantarse.

—Era la querida de Marlin.

—¿De Marlin? ¿No de «Tigre» Odell?

—He dicho de Marlin.

Kerry masculló un juramento.

—No podía ser una mujer decente si me gustaba a mí — gruñó.

Y salió al vestíbulo.

CAPÍTULO VI

Alvin Smuts estaba sentado, hundido, fláccido como un pelele, en el rígido sillón cuyas arandelas metálicas le aferraban tobillos y muñecas. Apenas una hora antes, se hallaba bromeando con un clien-te en su pequeño bar pringoso de las calles Cin-cuenta y Bantham; ahora se le había derrumbado el mundo encima. Los agentes pegaban duro y con-seguían siempre su propósito. No había quien se les resistiera. Alvin había cantado como un ruiseñor.

—Es suficiente — dijo el teniente Doherty.

Él y el sargento Snitkin, enviado por el Precin-to 18, asistían a la escena sentados en sendas sillas apoyadas contra la pared, fumando plácidamente. Los dos agentes que estuvieron «cocinando» a Smuts se enderezaron con un suspiro. El sudor les pegaba la camisa a la espalda. A uno se le habían salido les faldones y aprovechó la orden para volver a metér-selos, ciñéndose el cinturón donde tintineaban las esposas.

Smuts había gritado cuando las cachiporras em-pezaron a operar en su cara, en su garganta y en su cuerpo, pero la celda para interrogatorios de la Sec-ción Homicidios, en el gran edificio de Central Park, con sus muros, su techo y su suelo de cemento des-nudo, sin ventanas, no dejaba filtrar el menor ruido al exterior. Los gritos no le sirvieron a Smuts de nada. Concluyó recitando la lección: no era insen-sible, y los agentes tenían de la cuestión mucha más experiencia que él.

Snitkin se levantó y descolgó el teléfono pren-dido en la pared.

—Deme el Precinto 18 — pidió.

Doherty estaba corrigiendo las notas que tomó en el curso de la lloriqueante declaración. Uno de los agentes dio vuelta a un interruptor, y los cega-dores

focos concentrados sobre Smuts redujeron su potencia a la normal; el otro abrió la puerta, salió un momento y regresó con dos *cokes* **(6)**, de las que dió una a su compañero, y ambos se pusieron a beber ávidamente.

—Teniente O'Neill — dijo Snitkin. Y luego —: Listo, teniente. Alvin Smuts «se ha sentado a la mesa». Le hemos elegido a él primero porque ya cantó una vez y conoce el paño. Entonces encontró un juez de baratillo, pero ahora la cosa va en serio. Ha sido una buena conferencia. James B. Marlin comenzó su negocio a fines de año, y lo ha ido ex-tendiendo progresivamente. Sería un abono espe-cial de botellas de limpiametales con cápsulas de morfina dentro, sin riesgo y baratas, más baratas de lo que es frecuente. Smuts entró en el juego a par-tir de febrero. Dice que se dejó tentar por el precio y las seguridades; que no lo hubiera hecho en otras circunstancias. Puede que sea verdad. Marlin era original, era nuevo y, sobre todo, era desconocido en la ciudad. Esto establecía un margen de confian-za que encandiló a Smuts, como, probablemente, a los otros.

Se oyó la seca risa de O'Neill.

—Menuda confianza, sargento. Ese Marlin los ha hundido a todos con su fichero, sus cheques y su libro de caja.

—Un accidente fortuito. Cuando alguien muere violentamente, siempre ocurre así. No se podía pre-ver que Sears registraría el despacho de Marlin in-mediatamente después del asesinato. De lo contrario, dudo que ni al mismo asesino le hubiera interesado que tantas evidencias salieran a relucir. Esto podría ser una cadena, ¿comprende? Si el tinglado Marlin salta, saltarán otros.

—No esté tan seguro — advirtió el teniente —. Lo de Marlin más bien parece cuestión aparte.

—¿Sí? ¿Por qué le han matado, entonces?

—¿Un *gang* rival?

—Claro — opinó.

—Ya veremos. De momento, siga ahí por si se produce algo interesante.

O'Neill, en su despacho, colgó el teléfono y se volvió al hombre sentado al otro lado del escritorio para continuar la conversación que la llamada ha-bía interrumpido. El hombre, pelirrojo, de mandí-bula voluntariosa, era el detective Palmer, adscri-to al Precinto. Regresaba de efectuar una investiga-ción en los domicilios de Wilkie Odell y James B. Marlin.

—Odell tenía en el «Hotel Universal» una habi-tación contratada por semanas — dijo —. Es un buen sitio, puede que usted lo conozca. Se portaba bien, lo cual significa que pagaba regularmente, por-que en el «Universal» no exigen más. En su habi-tación guardaba cuatro trajes, camisas, ropa inte-rior, zapatos, dos sombreros, doce corbatas, todo nue-vo. Hay cuatro libros, novelas baratas, de esas con damas ligeras de ropa en la cubierta. Quinientos dólares en un cajón de la cómoda, al alcance de la mano de cualquier camarera sin escrúpulos. En el mismo cajón, cinco cápsulas de morfina, una jerin-guilla, dos agujas hipodérmicas, dos cartas de su madre, que vive en Saxonville, Ohio, en las que le agradece el dinero que le ha enviado y le aconseja que no se desabrigue, porque los resfriados de mayo son los peores; y un certificado Wassermann con tres cruces expedido por el Laboratorio Clínico Mu-nicipal de Harlem. Ese Odell debió ser un bruto. No creo que los resfriados de mayo le importaran gran cosa.

El teniente no sonrió.

—¿Había algo más?

—Un retrato de Marilyn Monroe colgado en la pared. Valía por todo.

—¿Y en casa de Marlin?

Palmer volvió una página de su cuaderno de notas.

—Marlin era una especie de chiflado, a juzgar por su departamento. Es un

estudio de dos habita-ciones, escondido en la última azotea del Edificio Hornburg, en la calle Cuarenta. Pequeñito, pero ca-ro. Tenía allí instalado un telescopio y montones de libros de astronomía por todas partes, y mapas planetarios y fotografías del sol, de la luna y de yo que se, por las paredes. El aparato de radio más grande que he visto en mi vida, un diván-cama y poca cosa más.

—¿Un astrónomo de afición?

Palmer asintió.

—Sin embargo, no todas las estrellas que le in-teresaban ruedan por el espacio. Hay una, concre-tamente, que rueda por los escenarios de la calle Cuarenta y Dos. Una maravilla. La cara es exclusiva; lo demás, de cintura para arriba, pagaría por tener-lo Jane Russell, y para abajo, Betty Grable. A ella sí que me gustaría enfocarle un telescopio. Vea, Mar-lin tenía su foto en la mesa de noche.

Palmer depositó un retrato sobre el escritorio, y el teniente lo tomó. Se halló ante una muchacha de ojos claros y cabello negro, de pómulos exóticos, la-bios de trazo sensual y magníficos dientes, extraor-dinariamente viva y fotogénica. Una inscripción en letra picuda rezaba: *Tiernamente, Selena*…

—Tiernamente — suspiró O'Neill —. Es Selena Morris, ¿la conoce usted?

—La he visto cantar y bailar en dos o tres oca-siones.

—¿Dónde?

—En el «Vanity».

El teniente desplegó uno de los periódicos de la noche apilados en un ángulo del escritorio y buscó la cartelera.

—El programa del «Vanity» no la anuncia.

—Probablemente ha dejado de trabajar. Lo bue-no nunca dura.

O'Neill admiró en silencio la fotografía.

—He pedido un mandamiento judicial para re-gistrar su domicilio — dijo al fin —. Supongo que usted sabe que ésta es la chica que estaba con Odell cuando le mataron.

El detective hizo una mueca de repugnancia.

—Con Odell, ese asqueroso. Lo que es la vida, teniente.

O'Neill instaló el retrato verticalmente, apoyado en el tintero.

—Vea lo que hay de ese mandamiento, Palmer. Avívelo, no sea que el juez se haya dormido y sur-jan dificultades. En cuanto lo tenga, practique el registro. Número 914, Tercera Avenida. ¿Algo más respecto a Marlin?

—Astronomía.

—¿Ningún documento personal? ¿Ninguna refe-rencia a su vida pasada? ¿A su negocio?

—Nada, teniente — Palmer se puso en pie, y se encasquetó el sombrero de un manotazo —. ¿Se queda la foto?

—Claro que me la quedo. Dígale a Kane que entre.

Kane entró un momento después, adormilado. Llevaba los pantalones muy caídos y toda la ropa arrugada.

—¿Quiere usted alguna cosa?

—¿Han llegado más noticias de Brown?

—No, señor. El telefonazo anunciando que «Dos-manos» estaba muerto fue la única.

—¿Le enviaron un patrullero?

—Si, señor. Y traspasamos la noticia a Central Park.

—Envíeme otro coche al almacén del «Brillante Universal». Allí ha de haber una reserva de bote-llas que contienen cápsulas de morfina en lugar de limpiametales. Necesito que las encuentren.

—O. K. — murmuró Kane, saliendo y cerrando la puerta.

A los diez minutos se presentó Brown. Ponía ma-la cara. El sudor brillaba en su azulada mandíbula.

—A la orden, teniente — dijo a modo de saludo. O'Neill le miró fijamente.

—¿Qué ha pasado?

—Me gustaría saberlo — Brown fué a sentarse en el brazo de un sillón —. A «Dosmanos» le han eliminado limpiamente, sin aparato y sin ruido. Re-cibió un golpe en la cabeza, quedó inconsciente y es-tando así le estrangularon. Era el único modo de hacerlo en un hotel donde las paredes oyen.

—Luego, no hubo tiros.

—Es que no podía haberlos, ni con silenciador. Se hubiera armado la gorda. Sus verdugos sabían lo que tenían entre manos.

—¿No fué uno solo?

—No creo, «Dosmanos» era mucho hombre. Ima-gino que entrarían a verle, y puede que él los hu-biera citado; que le darían un poco de conversación y que, mientras hablaba uno, otro le zumbaría.

—¿Qué había en el cuarto?

—Una poca de ropa, cien dólares en billetes de a diez y una botella de ginebra barata.

—¿Documentos?

—Estaba limpio. Pero he traído a Kincheloe, por si le interesa oírle. Usted sabe quién es Kincheloe, ¿no?

—Claro que lo sé. Hágale pasar.

Brown introdujo al dueño del hotel. Tenía un cardenal en la mejilla, y parecía infinitamente can-sado y disgustado. Examinó a O'Neill con hostilidad.

—Me ha pegado — dijo venenosamente, señalan-do a Brown —. Celebro tener ocasión de hablar con usted, teniente. Presentaré una queja. Mañana, trae-ré a mi abogado. No hay derecho a que…

—¡Cállese! — estalló O'Neill. Su rostro era una máscara de hielo —. Mis hombres sólo pegan a quien lo merece. Para un tipo como usted, los golpes son una especie de medicina. Y traiga a su abogado, ¿por qué no? Puede que a él le toquen también al-gunos. Será divertido.

Kincheloe se quedó con la boca abierta. Brown le hizo sentar de un empellón.

—Cuéntale al teniente lo que me has dicho a mí.

Kincheloe guardó silencio.

—¡Vivo! — gritó O'Neill.

—«Dosmanos» me pidió alojamiento — comenzó el hombre rápidamente —. Acababa de salir de la jaula. Fué ayer, ayer a mediodía. Me pareció como si recién llegara a la ciudad. No tenía un centavo; por eso vino a mí, porque sabía que yo… concedo crédito… en fin, doy habitación a la gente que co-nozco si creo que algún día me van a pagar… o como si dijéramos, no es que…

O'Neill rió.

—Así te condenes, Kincheloe. Tú das habitación a quienes sabes que no tardarán en llenarse los bol-sillos de dinero mal ganado, y «Dosmanos» era de estos. Al grano, sigue.

Kincheloe tragó saliva.

—Bueno, le alquilé un cuarto de lo mejor, dur-mió toda la tarde y por la noche salió a dar un pa-seo. Al volver mismo ya me dijo que se había si-tuado, me pagó y me invitó a beber. Se dió prisa. No sé lo que haría esta mañana; es decir, vi que se había comprado un traje, pero nada más. Por la tarde vino por él un hombre. Era un tío grande, bien vestido, peinado así, con el pelo por aquí, ru-bio, chato.

—Odell — intercaló O'Neill.

—Salieron juntos — prosiguió Kincheloe —. «Dos-manos» volvió después de

cenar, con una medía turca, y se encerró en la habitación. Era temprano. Esto — Kincheloe miró de reojo a Brown — ha sido todo.

—Pero le han visitado dos hombres — afirmó el teniente.

—No lo sé.

O'Neill alzó los ojos al detective.

—¿Por qué le ha negado usted, Brown?

—Pensé que él tenía forzosamente que saberlo. Para visitar a «Dosmanos» había que pasar ante su escritorio.

Kincheloe se volvió, descompuesto, al teniente.

—¡Y yo lo he dicho que no! Lo juro, lo rejuro. Si alguien quería cargarse a «Dosmanos», ¿iba a ser tan tonto como para pasearse delante de mí? La cosa habrá sucedido mientras yo estaba fuera. He salido un rato con Nick Starata, que me debía una cerveza. Me la ha pagado en el bar de Tim, en la esquina.

—¿Ha comprobado esa coartada, Brown?

—Si — contesto el detective ceñudo —. Es verdad.

O'Neill tamborileó con los dedos sobre el escri-torio.

—Kincheloe, ¿ha estado Tony Novara esta noche en tu hotel?

—¿Novara? — articuló el hombre, cautelosamen-te —. No. Juro y rejuro que no. No ha estado.

—Perfectamente. Devuélvale a la calle, Brown. Sabe a lo que se expone si ha mentido: clausurar su hotel sería para nosotros una satisfacción.

El detective puso en pie a Kincheloe, tirándole de una oreja.

—Andando.

—Brown — dijo todavía el teniente.

—¿Sí?

—Sears me ha sugerido que Novara tenía o po-día tener cierto empeño en quitar a «Dosmanos» del paso. Le dió a entender algo a este respecto en el «Flamengo», cuando Odell murió. Vea de traerme a Novara. Usted, o cualquiera, pero tráiganle.

—Si sigue vivo — repuso el detective.

E hizo salir a Kincheloe del despacho de un em-pellón.

CAPÍTULO VII

Kerry Sears descendió del departamento de Fin-negan, en el Edificio Continental, salió a la Cuarta Avenida y avanzó por la acera hasta la zona de apar-camiento nocturno, donde había dejado su coche. Sentía en los nudillos el calor del golpe que había dado a Bingo Smith, y sonreía con cierta nostalgia. Aquel golpe fué una válvula de escape para la ten-sión de sus nervios. Le supo a poco.

Abrió la portezuela del coche, se sentó al volan-te y demarró. Salió en diagonal del aparcamiento para embocar la avenida. Despacio.

—Eh — susurró alguien a su espalda.

Volvió bruscamente la cabeza, y a un palmo del suyo encontró un rostro de mujer. Era Selena Mo-rris. Sus ojos gris-verde brillaban en la semiobscu-ridad.

—Cuidado, no se distraiga.

Kerry enderezó la dirección. Las ruedas traseras rozaron el bordillo y el coche se bamboleó. Luego entró por la primera bocacalle, buscó un lugar don-de detenerse, y aplicó los frenos.

—¿Qué demonio hace usted aquí?

La muchacha se apeó para pasar al asiento de-lantero, a su lado. Llevaba el mismo vestido color verde manzana y un pie descalzo. Kerry experimen-tó una extraña emoción. Ahora veía exactamente cuán hermosa era, qué lozana

juventud había en su cuerpo y qué misterioso atractivo en su cara. Aspi-raba su perfume. Los ojos se le quedaron prendidos en la pronunciada V de su escote, bajaron por los brazos morenos hasta sus manos inmóviles en el regazo, dibujaron la línea modélica de sus piernas y la gracia de sus pies, uno calzado y otro desnudo.

—Es usted un policía, ¿no? — preguntó ella, a media voz.

Kerry recordó lo último que le había dicho Fin-negan, y sintió una llamarada dentro de sí.

—Un policía — repuso secamente.

Selena emitió un suspiro entrecortado, y luego, de pronto, se dobló hacia adelante, ocultó el rostro entre las manos y rompió a sollozar. Kerry sólo titubeó un instante. A continuación volvió a poner el coche en marcha, pisó rabiosamente el acelerador y maniobró para regresar a la avenida.

—¿A dónde me lleva? — musitó la muchacha.

—Al Precinto.

—¡No!

—Tenemos que hablar.

—¡Ya sé que tenemos que hablar, pero ahora no puedo ver a nadie! Oh, usted no comprende... no comprende lo que he pasado...

Kerry trató de reír.

—¿Que no lo comprendo? Alguien le ha matado su gallina de los huevos de oro. Por eso llora cual-quiera.

—¿Qué dice?

—Marlin, el momio que pagaba sus caprichos. Lo trufaron con plomo en su despacho de la calle Shel-ton. Si es cierta la fábula, fué usted misma quien lo despachó. Me gustaría...

—¡Cállese!

Kerry, esta vez, consiguió reír de verdad.

—Muy bien, paloma.

Se volvió para mirarla. Le caía un rizo de cabello negro sobre la frente y tenía en las mejillas huellas de lágrimas, pero sus ojos, apasionados, ardientes, estaban secos. Un calor animal, de vida selvática, primitivo, trascendía de ella.

—No me lleve al Precinto. No lo resistiré. Me he puesto en sus manos, pero... esperaba compasión... No tengo a nadie, a nadie, en quien confiar.

—Qué lástima.

—¿Le he hecho a usted algún daño?

Kerry estuvo a punto de responder que sí.

—No se ponga romántica.

—Entonces, ¿por qué se muestra tan áspero?

—Cierre el pico. Y siéntese bien, y arréglese la falda. Reserve sus encantos para el primo que su-ceda a Marlin. Yo gano solamente trescientos pavos al mes.

La muchacha contuvo el aliento. Se estremeció ligeramente. Después tiró de la falda verde manza-na hasta cubrirse las rodillas, y se apartó al extre-mo del asiento, junto a la portezuela.

Ninguno de los dos habló hasta que Kerry de-tuvo el coche.

—Aquí no está el Precinto — comentó entonces ella, mirando por la ventanilla.

—No. Baje.

La casa era ancha, de diez pisos, con muchas ventanas, casi en la esquina de la calle Cincuenta. No tenía portero. Junto a la puerta se veían dos grandes placas con un timbre por departamento, la mitad a cada lado. Kerry metió una llave en la ce-rradura, y la hizo girar.

—Pase.

La muchacha entró cojeando, apoyando en el sue-lo sólo la punta de su pie desnudo. Kerry la condujo al ascensor, y luego, cuando salieron al sexto piso, hasta el departamento 63. Abrió la puerta y encen-dió la luz.

—Aquí es donde usted vive.

Selena se había detenido en el umbral, mirando en torno. El departamento era minúsculo, modesta-mente amueblado, casi austero. Al parecer se com-ponía de una sola habitación, con cocina y cuarto de baño. Una librería ocupaba toda una pared, y de su parte central surgía una cama plegable, dispues-ta para la noche. En la pared contraria había un diván, dos sillones, una lámpara y una mesa pe-queña. Otra mesa más grande en medio, con cua-tro sillas. Las ventanas estaban protegidas por per-sianas graduables. En todo se advertía orden, lim-pieza, método, pero no calor de humanidad. Era im-personal, frío como lo es casi siempre el hogar de un hombre solo.

—¿Va a quedarse ahí toda la noche? — pregun-tó Kerry, secamente.

La muchacha cruzó con su paso irregular hasta el diván, se dejó caer en él con un suspiro. Kerry cerró la puerta. Al bajar los ojos vió que en su ca-mino, ella había impreso unas ligeras huellas pardas en el entarimado.

—¿Qué le pasa a su pie?

Selena dobló la pierna para mirarse la planta. Kerry no dijo nada sobre la falda aquella vez. Se aproximó. La planta del pie de la muchacha estaba toda roja de sangre.

—Me herí — murmuró ella —. Fué al saltar la verja del almacén cuando perdí el zapato.

Kerry se agachó, le cogió el pie y lo examinó.

—Sáquese la media.

Selena obedeció, sin mirarle, sumisamente y en silencio. Luego, Kerry pasó a la cocina. Regresó a los pocos minutos con un recipiente de agua tibia. La muchacha se había recostado en el diván tenía los ojos cerrados y, entre los labios, un cigarrillo. Su actitud era de gran cansancio. Su desvalidez, su gesto de dolor elemental le recordaron a Kerry la imagen de una niña a la que encontró extraviada, un sábado por la tarde, entre el torbellino enloque-cedor del parque de atracciones de Coney Island.

Tomando de una alacena un botiquín de bolsillo, lavó la herida, la esterilizó y le aplicó un pequeño apósito. Cuando terminó y alzó la cabeza, halló la mirada de la muchacha fija en la suya.

—Gracias — dijo Selena —. Tiene usted corazón. Es de esos que todo el veneno se les va en palabras.

Kerry se puso en pie, devolvió el botiquín y el recipiente a su lugar y reapareció con un botellín de «whisky», un frasquito de soda y dos vasos. To-davía en silencio, los dejó sobre la mesilla. Los ras-gos acusados de su cara, sus ojos brillantes, sus agudos pómulos, la cicatriz blanca del mentón, todo en él parecía haber adquirido un extraño relieve. Es-taba con los nervios tensos, y no sabía exactamente por qué. La muchacha recostada en el diván era muy hermosa, pero no era la única muchacha her-mosa que hasta entonces había conocido. La dife-rencia, se dijo mientras llenaba los vasos, no residía en ella, sino en él, en su modo de considerarla, en el obscuro sentimiento de que el hecho de que fuera una mujer y una perdida constituyese una especie de ofensa. La cosa venía ya desde el momento en que la vió en el «Flamengo Club» y le hechizó la gra-ciosa vitalidad de su baile a la vez que experimen-taba un asco y un odio instintivos, irracionales, ab-surdos, hacia el gigantón que la acompañaba. Aho-ra, tardíamente se daba cuenta de que una alegría brutal le embargó al descubrir que, en su mesa y vestido de azul, Wilkie Odell había muerto.

Llenos los vasos, apagó la luz central, encendió la lámpara y se arrellanó en

uno de los sillones. Se-lena seguía atentamente cada uno de sus movimien-tos. El cigarrillo se iba consumiendo paulatinamen-te en su boca. Un poco de ceniza le había caído en el regazo.

—Despierte de su sueño dorado, muñeca — le es-petó Kerry, de pronto —. La novela terminó.

Ella semejaba ya mucho más segura de sí misma.

—¿Qué novela?

—Esa pamplina del detective de tierno corazón que la ha traído a su nidito para colmarla de aten-ciones. No se equivoque. Usted no quería hablar en el Precinto, se ponía histérica. Muy bien, hablará aquí. Lo mismo da un sitio que otro. Me interesa que suelte el discurso, nada más.

—Aquí no hay periodistas.

—¿Era eso lo que le preocupaba?

La muchacha aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Pues qué creía? Debo velar por mi aparien-cia. Selena Morris no puede exponerse a que un *flash* inoportuno la cace desmelenada, sin maqui-llar, descalza y con la ropa hecha una porquería. Una foto así en la primera página de un periódico no le gusta a la gente que va al teatro. Ni a la que no va — añadió, bajando la voz —. Pero lo he im-pedido. Siempre — echó la cabeza atrás — llevo a los hombres por donde quiero. Todo se reduce a re-presentarle a cada uno la comedia más apropiada a su carácter.

Kerry sintió que la ira volvía a bullir en él. La muchacha se había transfigurado. Una sonrisa cí-nica bailaba en sus labios sensuales.

—¿Qué tiene que ver el teatro en esto?

—He sido ocho meses la estrella del «Vanity». No hace falta que diga que no me vió. El «Vanity» es demasiado caro para usted.

—Oh — articuló Kerry, mordazmente —, un alma recia, ¿eh? De modo que se ha estado burlando de mí…

—Porque usted lo ha querido.

Kerry, con una sonrisa que descubría sus largos y blancos dientes, se inclinó hacia adelante. Brusca-mente, su mano salió disparada y azotó de revés la mejilla de ella. Selena gritó, y él volvió a pegarla.

—¡Cerco! ¡Cobarde asqueroso! — La voz de la muchacha sonaba como un silbido —. Le voy a…

Saltó del diván, recta hacia Kerry, fuera de sí, enloquecida, rabiosa como un zorro preso en una trampa. Lucharon un instante. El vestido color ver-de manzana se desgarró con un suave susurro. Lue-go, Kerry la asió de las muñecas y la empujó hacia atrás. Cuando cayó sentada en el diván, el dorso de su mano le cruzó la cara nuevamente. El cachete sonó seco, duro, como un latigazo.

Selena pareció desmoronarse. Se encogió sobre sí misma, hecha un ovillo, ocultó el rostro y rompió a llorar.

Kerry se levantó y le volvió la espalda. Encen-dió un cigarrillo. Su mano temblaba ligeramente. Dejó que la mujer se desahogara, anduvo unos mi-nutos de un extremo a otro de la habitación. Des-pués, ya sereno, tomó uno de los vasos, echó más «whisky», fué hacia la muchacha, la asió por los cabellos y le enderezó la cabeza.

—Beba y calle.

Ella bebió, se atragantó y empezó a toser. Kerry esperó pacientemente a que vaciara el vaso. Encen-dió un cigarrillo con el que estaba fumando se lo metió a la muchacha en la boca. No encontró la me-nor resistencia. Selena sollozaba todavía.

—Ahora, el discurso. Ya es tiempo.

Selena no pareció oírle.

—¿O quiere que volvamos a empezar? Ninguna mujer gallea delante de mí, preciosa.

—Idiota — susurró ella.

Encogiéndose de hombros. Kerry cruzó hacia la librería, en uno de cuyos anaqueles había un teléfo-no. Descolgó el aparato y con el meñique de la ma-no que lo sostenía, marcó el número.

—¿Eres tú, Kane? — preguntó.

»—Sí, sí, soy Kane — repuso la voz hastiado y so-ñolienta del detective —. Siempre Kane. ¿Estoy o no estoy de guardia? ¿Qué cuerno quieres?

—Oye…

Selena se levantó de un salto se precipitó hacia adelante y cortó la comunicación.

—¡No! — exclamó —. Estaba llamando al Pre-cinto, ¿verdad? ¡No llame! ¡Se lo contaré todo!

—¡Quite de ahí!

—¡No llame!

Kerry la rechazó con el brazo, la mantuvo a dis-tancia y marcó el número nuevamente. Ella force-jeó, trató de arañarle. No le sirvió de nada.

—Kane, cuando estuve la otra vez ahí llevé un zapato — dijo Kerry parsimoniosamente —. Envía-melo por un motorista. Sí, a mi casa.

»—¿Qué clase de zapato?

—Uno de mujer.

Kerry colgó el teléfono.

Se volvió. Selena se había quedado quieta, a su lado, agarrada a su manga. La respiración, agitada por la cólera y el esfuerzo, subía y bajaba su pecho rítmicamente. En sus pupilas gris-verde bailaban pe-queñas luces. Kerry se pasó la lengua por los labios. Y, de pronto, la presencia inmediata de la mucha-cha, su perfume, su roce, le enajenó.

No supo cómo y se encontró besándola.

CAPÍTULO VIII

Kerry retrocedió hasta los sillones, echó tres de-dos de «whisky» en un vaso y lo bebió sin soda.

—Ven acá.

La muchacha permanecía inmóvil junto a la li-brería, con la cabeza inclinada y los brazos colgan-tes a ambos lados del cuerpo. Kerry vió el desgarrón que en la espalda de su traje verde se había pro-ducido mientras peleaban, y esbozó una vaga son-risa.

—¿No oyes? Ven acá.

Ella obedeció, paso a paso, cojeando.

—¿Cómo te llamas? — preguntó, al llegar fren-te a él.

—Siéntate.

La obligó a sentarse, apoyando las manos en sus hombros.

—¿Cómo te llamas?

—Kerry Sears.

Selena le miraba fijamente.

—Nunca conocí a nadie como tú. Te tengo miedo — Kerry le ofreció un cigarrillo, y ella lo rechazó.

—Haces de mí lo que quieres. No me avergüenza confesarlo, Kerry. Y no eres guapo ni nada. No sé, no entiendo lo que ocurre. Algo nos ha unido, pero no depende ni de ti ni de mí.

Kerry tenía el vaso ante la boca.

—Bobadas.

—No son bobadas. Por alguna razón nos hemos encontrado.

—Tú te metiste en mi coche.

—Sí.

Kerry murmuró un juramento.

—¿Y qué? Condenación, ¿no vas a hablar claro de una vez por todas? ¿Qué hacías allí?

—Es difícil de explicar.

—Empieza por el principio. Por Marlin. La fiesta es en su honor. O en su memoria.

—Lo que hubo entre él y yo importa poco. Pero le han matado. Le quería y no… no puedo consen-tir…

—Le querías — repitió Kerry, amargamente.

—¿Por qué no? A veces ocurren así las cosas. Siempre fué bueno conmigo, y supo entenderme. Todo… todo se encadenó. Quiso que dejara el teatro y lo dejé. Por él hubiera hecho cualquier cosa.

—Por ese puerco, por ese sapo que repartía cáp-sulas de morfina en sus condenadas botellas de lim-piametales.

Hubo un silencio.

—Prescindamos de eso — articuló la muchacha.

—Muy bien. Tú estabas a primera hora de esta noche con Wilkie Odell en el «Flamengo». También por Odell hubieras hecho cualquier cosa, ¿no es así?

—Estaba con él por encargo de Jim Marlin.

—Sigue.

—Jim necesitaba, según dijo, recibir en la ofici-na una visita importante y quería estar solo. Odell se pegaba a él como si fuera su sombra; era des-confiado, viscoso y estúpido. Jim me pidió que le llevara a cenar y le entretuviese hasta medianoche. Así lo hice. Fuimos al «Flamengo». Me pareció el ambiente apropiado para él.

—Y para mí. ¿Qué visita era ésa?

—No lo sé.

—¿Finnegan?
—Se me ocurrió después que podía ser Finne-gan.
—¿Por qué?
—Finnegan andaba detrás de Jim. Anteayer le encontramos en el restaurante de Sbisa, vino a nues-tra mesa, e hizo lo posible por quedarse con Jim a solas. Jim le rehuyó, pero comprendí que la cosa seguiría. Llevaba ya durando algún tiempo.
—¿Qué quería Finnegan?
—Cuestión de negocios. Nunca me metí en eso.
—Pero sabías a qué se dedicaba Marlin.
—Más o menos.
—¿Qué clase de hombre era?
—Un hombre de verdad. Tenía arrestos, inteli-gencia, carácter, y sabía hacerse querer. No se con-fiaba al primero que encontraba en su camino. Había estudiado. Yo fui poco menos que la primera mujer de su vida. Nunca se preocupó mucho de las mujeres.
—¿De qué pues?
—De las estrellas. Su *hobby* era la astronomía. Telescopios, planetas, mapas y todo eso. Vivía como metido en una especie de observatorio. No permitía que nadie entrase allí.
—¿Ni tú?
—Me llevó una sola vez. Luego nos vimos siem-pre en mi casa.
—Un chiflado.
—Para algunos quizá fuese un chiflado.
—¿Cuántos hombres trabajaban con él?
—De eso no tenga idea.
—Pero conocías a Odell.
—Porque era su guardaespaldas.
—¿Había otros?
—Supongo, no lo sé.
—Volvamos al «Flamengo». ¿Qué ocurrió allí?
—Fui con Odell — Selena hizo una pausa, como si tratase de coordinar sus recuerdos —. Sí, estuvi-mos bailando, y le dejé para ir al tocador… Al sa-lir, en aquel mismo instante, un hombre que estaba aproximadamente a tres metros de mí, refugiado en la esquina de la sala, disparó un revólver. Más que verlo, adiviné que lo disparaba. Apenas se oyó el ruido, sólo una especie de vibración, y el hombre ocultaba el arma con su cuerpo. No sé por qué, miré hacia Odell. Primero advertí que se estremecía de un modo raro, e inmediatamente presentí la verdad. Era una cosa tan enorme, tan monstruosa, que me quedé allí parada como una estúpida, horrorizada, aturdida, mirando de Odell al hombre y del hombre a Odell. Entonces, el hombre me miró a mí. Aquello fué lo que me hizo perder la serenidad. Empecé a abrirme paso entre la gente. A medio camino de la puerta, una mujer chilló. Se interrumpió el baile. Me pareció que el hombre me pisaba los talones y eché a correr, tropezando con todos. Pero salí sin novedad, subí al coche y me alejé.
—¿Quién era el tipo que protegió tu retirada?
Selena hizo un gesto de asombro.
—¿Mi retirada?
—Aguardaba en el parque de estacionamiento, y me metió una pistola en los riñones para que no te siguiera. Le derribé de un tortazo.
—No creo que nadie…
—Vamos, cuentos no.
—¿Cómo era?
—Casi no le vi. Pequeño, moreno, flaco, con bi-gote.

La muchacha titubeó.
—De modo que protegió mi retirada — se pasó una mano por la boca —. Pudo ser uno… no recuerdo su nombre… Un amigo de Jim. O trabajaba para él, yo qué sé. Pero no entiendo que estuviera allí, no me di cuenta. No me lo explico. Se llama…
—¿Cómo es ese pájaro?
—Pues así: moreno, con un bigote grande, bajito. Viste de negro, una corbata gris y camisa de seda. Sonríe y habla en susurros.
Kerry, en su cuaderno, tomó nota de la descrip-ción.
—¿Le habías visto con Marlin?
—Sí, cuatro o cinco veces. ¡Oh! Jim le llamaba Chuk; eso es. Parecía blando como la mantequilla, pero miraba a la gente con un aire especial. Cuando le conocí, no me gustó.
—¿Supones que Marlin le tenía empleado?
—Es posible. Me dió la impresión de que obede-cía órdenes suyas.
—¿Hablaron en tu presencia? ¿De qué?
—No, no; no lo recuerdo. Yo quedaba al margen. Conmigo, Jim estaba siempre solo, salvo, en oca-siones, por lo que se refiere a Odell. Y era Odell quien se empeñaba en no abandonarnos. A causa de mí. Se me insinuaba siempre que podía. Jim se daba cuenta, pero no era celoso. Precisamente porque se daba cuenta hizo esta noche que me ocupara de él.
—Describe al hombre del «Flamengo».
—Grueso, rubio y un poco calvo, de cara pálida, vestido de gris. Usaba una corbata roja, negra y ver-de que se me quedó grabada.
—¿Le reconocerías?
—Seguro.
—¿Le habías visto antes?
—No.
—Muy bien, sigue con tu historia.
Selena asintió:
—Dame un cigarrillo. — Él se lo dió y se lo en-cendió. Aspiró el humo con deleite —. Me sentía aterrorizada y desconcertada, loca, verdaderamente loca de miedo. No comprendía por qué, así, de re-pente, un desconocido le había pegado un tiro por la espalda a Odell, pero el horror me hizo correr ha-cia Jim. Algo dentro de mí me decía que él estaba en peligro, que lo de Odell no era más que un inci-dente. Sabía que le hallaría en el almacén, y allá fui. Entré y subí al piso sin pararme a reflexionar. Vi luz en su despacho. Todo ocurrió tan de prisa que no sé… La puerta… En fin, Jim había muerto y un hombre estaba a su lado.
—¿El mismo hombre del «Flamengo»?
—No, otro. Pero ni siquiera le miré. Llevaba un revólver en la mano. Me oculté en la obscuridad, en-tré en una habitación, sin ver nada. Me siguió y co-menzó a buscarme. Estuve a punto de chillar. En aquel momento subiste tú, y el hombre retrocedió y concluyó escapando. Yo pensé lo mismo: escapar, y no otra cosa. Bajé. Estaba en la escalera cuando os enzarzasteis a tiros. Me encontré bloqueada, pero llegué hasta el sótano y salí por detrás. Tuve que saltar la verja.
Selena hizo una pausa y, por señas, pidió a Ke-rry que le sirviera «whisky». El detective obedeció, y añadió a su vaso lo que quedaba del frasquito de soda.
—¿Y después? — preguntó, mientras la mucha-cha bebía.
—Después — continuó ella — al cabo de unos minutos, di la vuelta a la manzana y descubrí que mi coche había desaparecido. Ante el almacén no había más que el tuyo. Por él me enteré de que eras un policía, pero yo estaba demasiado abrumada para dirigirme a ti. Jim había muerto; era como si mi

vida se hubiera roto. Incomprensiblemente, además. Lo que acababa de pasar no tenía sentido, ni lógica ni nada. Fué terriblemente inesperado. Y yo tenía una idea de a qué negocios se dedicaba Jim, y temía dar un paso en falso y desencadenar una nueva catás-trofe. Anduve de un lado para otro. Luego entre en un bar pequeño que hay en el extremo de la calle Shelton más próximo al río, y estuve allí mucho rato, reflexionando y oyendo sonar una gramola. Te-nía un pie herido y descalzo, apenas podía andar; pero no quería irme a casa por miedo de lo que po-día esperarme. Entonces pensé en Finnegan. Fin-negan era sólido, consecuente, y me pareció recor-dara que era él quien iba a visitar a Jim en su des-pacho. Por lo menos, tenían algo importante que tratar. Se relacionaban de un modo u otro, andaban metidos en negocios semejantes. Así, y no sé el tiempo que habría pasado, salí del bar y descendí hasta la Cuarta Avenida para encontrar un taxi. Me hice llevar a casa de Finnegan. Mientras pagaba al taxista llegaste tú. Comprendí que ibas también a visitarle y decidí esperar, pero, esperando, se me ocurrió que, a fin de cuentas, lo mejor era contártelo todo y pedirte protección. Lo de Jim ya no tenía re-medio ya, con su muerte, se había perdido su ne-gocio; no podía perjudicarle y yo no estaba metida en nada comprometedor. Por eso subí a tu coche y me oculté en el asiento trasero.

Kerry se quedó mirando fijamente a la muchacha.

—Todo eso suena demasiado bien — replicó —. ¿Cómo conocías tú la dirección de Finnegan?

—La busqué en la guía telefónica, cuando estaba en el bar.

—Pero, ¿cómo sabías que ibas a encontrarle en su casa? Lo natural, a aquella hora, era que se ha-llase en su club. Yo fuí allí primero. Sólo allí me di-jeron dónde paraba.

—No pensé en el club. Seguí un impulso instin-tivo. Debió ser casualidad.

En aquel momento zumbó una llamada a la puerta. Kerry se puso en pie, cruzó la pieza y opri-mió el botón del resorte que abría, abajo, el cerrojo electromagnético. Al cabo de un minuto se oyó el remoto mugido del ascensor. Kerry entreabrió la puerta. Del ascensor salió un guardia uniformado y le saludó. Llevaba en una mano un envoltorio.

—Kane me dió esto para usted.

—O. K. — dijo Kerry.

Cerró la puerta cuando el guardia se retiró, des-hizo el envoltorio, sacó el zapato que encontrara en el patio del almacén y lo lanzó al diván.

—Gracias — sonrió Selena.

—No te las pintes tan felices. Todavía no hemos terminado.

—¿Qué más quieres?

—Saber de Marlin, de su negocio. ¿De dónde vino?

—De San Francisco.

—¿Por cuenta de quién se estableció aquí? ¿Quién estaba detrás de él?

Selena se inmovilizó, enarcando las cejas.

—Es verdad.

—¿Qué es lo que es verdad?

—Jim dependía de alguien. Esto explica su pru-dencia, su… su cuidado… Sí, había otra persona a quien rendía cuentas. Ahora lo comprendo.

—¿Finnegan?

—Oh, no.

—¿Quién?

—Lo ignoro — la muchacha se inclinó ligeramen-te hacia adelante —. Pero Chuk debe saberlo. Ah, qué tonta, claro que sí. Chuk era el enlace de Jim con esa otra persona. No trabajaba para él más que a medias.

—¿Dónde encontraré a Chuk?

—Lo vimos algunas veces en el bar del «Hotel Mogador». Parecía un cliente habitual.
—El bar «Mogador» es un sitio de lujo.
—Nadie ha dicho que no.
Kerry fué a la mesa central, donde había dejado su sombrero: lo cogió y se lo puso.
—¿Te vas? — exclamó Selena.
—Pues, ¿qué esperabas?
—Pero yo…
—Tú te quedas hasta que vuelva. Será por la mañana, a eso de las ocho. ¿No tenías tanto miedo? ¿No buscabas un sitio donde esconderte?
La muchacha bajó los ojos.
—Gracias. No me atrevía a pedírtelo.
—Luego, hay algo a lo que no te atreves. ¡Qué extraordinario!
—Kerry — dijo ella, en tono vibrante.
El detective, parado en el centro de la habitación, la contemplaba con una vaga y fría sonrisa.
—No, muñeca, el momento crítico ha pasado. Un hombre es débil hasta que deja de serlo. Ahora, tú y yo, «pssst» — Kerry chasqueó los dedos — humo de pajas. En una mujer, no todo son bonitas piernas, bonitos ojos y bonito ésto y aquéllo. Uno echa pronto de menos algo más, algo que se lo escape cuando la abraza. Y de ti no se escapa ni un cabello, preciosa. No sé si me entiendes. Tú acabas muy pronto de-masiado pronto. Duras unos minutos, unas horas, puede que unos días o unos meses, depende del pa-ladar. Luego, hala, buen viento. Piernas bonitas las hay a montones.
—¡Kerry!
Kerry rió. Selena empezó a levantarse del diván. Antes de que se levantara, él había salido dando un portazo.

CAPÍTULO IX

El detective Palmer, pelirrojo y de voluntariosa mandíbula, lo pasaba en grande en el coquetón de-partamento del 914 de la Tercera Avenida. Había ya inspeccionado todo el guardarropa de Selena Morris, con especial interés por las prendas de *nylon* rosa-do y transparente, y ahora tenía abierta sobre la cama una gran caja de piel de la que iba extrayen-do fotografías. La cama era espectacular, como una de esas camas de cine, desmesurada con relación al tamaño del dormitorio. Cubierta por una colcha de seda azul celeste, parecía centrar la perspectiva del departamento entero. Era lo primero y casi lo único que del mobiliario había visto Palmer desde que estaba allí.
Pero las fotos merecían también su parte de aten-ción. Las había de dos clases: personales y publi-citarías. Estas últimas daban testimonio de la ca-rrera artística de la muchacha, y la presentaban en actitudes coreográficas que valorizaban su extraor-dinaria figura, en detrimento a veces, de la gracia exótica de su rostro. Por lo general, pensó Palmer, y a juzgar por la cantidad de tela empleada, Selena no debió gastar en su atuendo escénico arriba de unos centavos. Las fotos le gustaron extraordinariamente. Se tendió en la cama boca arriba, y las estuvo con-templando una a una hasta aprendérselas de me-moria.
Las personales no eran muy diferentes, por ra-zón de haber sido tomadas casi todas en la playa o al borde de una piscina. En algunas aparecía un hombre grueso, calvo, maduro y de aspecto solem-ne. Palmer había visto ya un retrato suyo en el pin-toresco observatorio astronómico de la azotea del «Edificio Hornburg»: era James B. Marlin. En otras, particularmente en las más estivales,

el hombre era distinto: joven, musculoso, de torso velludo, cabe-llo cortado a lo estudiante y sonrisa entre estúpida y cínica. Palmer se preguntó quién sería, y un mo-mento después lo descubrió. Una nueva fotografía, plegada en dos en el fondo de la caja y recortada, al parecer, de una revista gráfica, mostraba a Selena, algo más abrigada que de costumbre, con los bra-zos artísticamente abiertos al frente de una orquesta. Aquello, se dijo el detective, debió ser el principio: de cacarear ante el micrófono, Selena pasó al esce-nario, y allí triunfó. Por otra parte, la foto daba la clave de la personalidad del hombre de la sonrisa; figuraba en ella, sentado a la batería, escobilla en mano y con cara de tonto. El nombre de la orquesta, según podía leerse en los atriles, era: «Windsor Wild Band».

Palmer tomó la nota de su descubrimiento, se alzó de la cama y salió del dormitorio al «living» para registrar el pequeño escritorio adosado a un ángulo. Había otro retrato de Marlin, con su calva y su cara seriota, encima de él. Dentro, lo primero que el detective encontró fué un montón de facturas. Las inspeccionó una a una. Ninguna tenía más de un mes de antigüedad y se referían a vulgaridades: comestibles, vinos, ropas, un aparato de televisión — el mismo, sin duda, que ahora se veía instalado entre dos sillones — una freidora eléctrica y la re-paración de un coche en un taller de la calle Cua-renta y Tres.

Tras las facturas aparecieron unas cartas. Pro-cedían todas de un mismo Jasper Morris de El Cho-rro, Texas: estaban techadas con intervalos de dos o tres meses y comenzaban con un invariable: «Que-rida hija». Contaban las cosas insulsas que suelen encontrarse en las cartas de los granjeros lejanos: que si la lluvia, que si las vacas, que si el precio de los piensos, que si el reuma. Las dos últimas, em-pero se le antojaron a Palmer particularmente sig-nificativas. En una el señor Morris se lamentaba de una doble calamidad que, al parecer, había sufrido: se le incendió el granero y, tratando de dominar el fuego, se rompió una pierna. Estaba en el hospital y amenazado por la ruina. Insinuaba que necesitaba su ayuda. A deducir de la carta siguiente, fechada el 26 de abril, la muchacha se la había enviado en forma de subvención económica: «diez dólares».

> «No servirán de mucho — explicaba el señor Morris — pero si tu situación es tan apurada y la vida de Nueva York tan dura como cuentas, te los agradezco de todo cora-zón. No quisiera que a causa de mí hubieras de privarte de lo necesario. De todos modos, hija querida, Dios te bendiga por ser tan buena con tu pobre padre.»

Palmer frunció el entrecejo. ¿Situación apura-da? ¿Vida dura? ¿Privarse de lo necesario? Dio una calculadora mirada al importe de la factura, y dis-persó éstas de un manotazo. ¡Diez dólares! Sobre el escritorio de aquel departamento caprichoso, deco-rado con un gusto blando y sensual, la carta de Jasper Morris producía el efecto de un crudo sar-casmo.

Además de las facturas y las cartas, el detective encontró un talonario de cheques contra el «Manhat-tan Central Bank». Reunió las tres cosas, las metió en un sobre, lo cerró y se lo guardó en el bolsillo.

Todavía dedicó media hora al departamento, re-gistrándolo minuciosa, pero vanamente. Cuando sa-lió, el agente encargado de la vigilancia bostezaba ante la puerta, fumaba, sosteniendo el cigarrillo entre el pulgar y el índice, y albergándolo en el hueco de la mano.

—Llame al «Precinto» si la chica vuelve — le dijo Palmer —. No es necesario que la impida entrar. Con que avise, basta.

—Ujú — moduló el guardia, fastidiado.

Palmer regresó al Precinto en su coche. Al diri-girse al despacho del

teniente advirtió en él inusita-da agitación: entradas y salidas de detectives, mu-cha gente, Teddy Cleaver, en la sala, hablando por teléfono a su periódico, y dos hombres del Departa-mento Central, Genovese y Rogers, apoyados en la pared. El teniente estaba en pie tras su mesa.

—¿Qué es eso? — inquirió Palmer, abriéndose paso hasta él.

Por toda respuesta, y como si fueran canicas, O'Neill hizo rodar sobre su carpeta un puñado de bolitas transparentes. Palmer se apresuró a coger una, la levantó y la miró a contraluz. Era una pe-queña esfera de plástico, contenía un líquido amari-llento y llevaba grabados en azul unos signos orien-tales.

Palmer silbó.

—Cápsulas de morfina.

—A punto de clavarles la aguja e inyectársela — asintió O'Neill, enseñando los dientes —. Trabajo fino, ¿no? ¿Qué dice a eso, Genovese?

El hombre del Departamento sacudió la cabeza.

—Hacía tiempo que nos las veía por aquí. Han ve-nido del Oeste, délo por seguro.

—Frisco — recalcó el teniente.

—Puede.

—¿Era ése el negocio de James Marlin? — pre-guntó Palmer.

—Sí, envié un patrullero a registrar su almacén. Sabía de antemano lo que se iba a encontrar, si se encontraba, pero no lo suponía de tan grandes pro-porciones. Los veintinueve clientes y lo poco que pagaba cada uno hacían pensar en un tinglado de tontería. Y si, Marlin guardaba una reserva de bote-llas especiales como para dormir a toda la ciudad. Altos vuelos. Esto nos ha puesto a todos en pie.

—Lo veo — dijo Palmer.

El teniente alineó una docena de cápsulas y co-locó junto a ellas otras cinco que sacó de un cajón.

—Las que encontró usted en casa de Odell, Pal-mer — anunció — son de la misma familia. Véalo.

Palmer lo vió también.

—¿Qué pasa?

—Nada. No pasará nada hasta que me digan de Frisco lo que haya cerca de Marlin. ¿Trae usted algo?

—Sí — Palmer arrojó sobre la mesa el sobre que llevaba en el bolsillo —. Esto.

—¿Qué demonio significa? — le interrumpió O'Neill, extrayendo las cartas. Las facturas y el ta-lonario de cheques.

Todos se agruparon a su alrededor.

—No se pongan nerviosos — gruñó el detective —. No significa nada, pero me ha parecido curioso. Lea esa última carta. No dice mucho en favor de la ge-nerosidad y el amor filial de una pájara que vivía en un nido forrado de oro, tenía esas facturas y te-nía cuenta en un Banco.

O'Neill leyó en voz alta.

—Perra — mascculló después — ¿qué puede espe-rarse de una cualquiera que se deja adorar por un marrano como Marlin? ¡Diez dólares! — empujó ha-cia Palmer el talonario —. En cuanto abran los Ban-cos, ocúpese de averiguar a cuánto ascienden sus abonos. Y trate de encontrar a la tía ésa lo antes posible. Apuesto a que está metida hasta el cuello en el lodazal.

—Perderá su apuesta — dijo alguien, brusca-mente.

Todos se volvieron. Kerry Sears entraba en el despacho, seguido de Cleaver, el periodista.

—¿Por qué está tan seguro? — le lanzó O'Neill.

—Aguarde a oír la historia — Kerry parecía can-sado; tenía los ojos

rodeados de círculos oscuros, y la piel enrojecida en torno a la tira de esparadrapo de su trente —. Antes, prefiero que siga palmer, si tiene algo más que decir.

—Claro que sí — Palmer abrió su cuaderno de notas —. Selena Morris era, sin duda, la querida de Marlin, pero estoy seguro de que, más que Marlin, podría contarnos algo de ella el baterista de la «Windsor Wild Batid». Se retrataron juntos una buena cantidad de veces. Fotos sentimentales, de ésas que se conservan como recuerdos felices. La Morris debió empezar actuando con esa orquesta.

—Ya no existe — intervino Rogers.

O'Neill alzó los ojos al hombre del Departamento.

—¿Qué es lo que no existe?

—La charanga a que se refiere Palmer. Se disol-vió, si no me equivoco. Tocaba en el «Windsor Club».

O'Neill trasladó su mirada a Kerry.

—En el «Windsor», ¿han oído? — dijo —. El «Windsor Club», ¿no es el feudo de Finnegan? ¿No tenía usted no sé qué contra Finnegan?

—Sí — repuso el detective Sears, secamente —. Sigue Palmer.

El aludido se encogió de hombros.

—Eso es todo.

—Muy bien, ahí va mi historia — Kerry se ade-lantó hasta la mesa, se sentó en el brazo de un si-llón y encendió un cigarrillo —. Selena Morris era la amante de Marlin, por supuesto — arrojó dos cho-rros de humo por la nariz, mirando al suelo —. Mar-lin la sacó del «Vanity». Marlin era un hombre raro, que estaba montando con mucho cuidado un nego-cio de lo más sutil: distribución regular de la mor-fina a una cadena de abonados, bajo la tapadera de un almacén de limpiametales. Pero ese negocio no iba por cuenta propia, fíjense bien. Iba por cuenta de otro, del que Marlin era el agente, el ejecutor, o llámenlo el socio industrial. Había contratado a unos cuantos hombres, en particular a «Tigre» Odell, a quien tenía de guardaespaldas, y, recientemente, a «Dosmanos» Brahm. Atención a esto: Odell, cuando los Anastasia le despacharon, ofreció sus servicios a Finnegan; éste la rechazó por inepto, y entonces fué a ver a Marlin, que le contrató hace un mes. Luego, como el desprecio le escoció, en cuanto tocó un poco de dinero, corrió a gastárselo ostentosamen-te ante las narices de Finnegan. A Finnegan le in-trigó la facilidad con que se progresaba junto a Marlin, hizo algunas investigaciones, sondeó a Odell y vino a descubrir qué clase de mecanismo estaba funcionando. La idea le tentó. Inmediatamente alar-deó de su posición en el barrio, de que había aquí que contar con él para todo, de que podía lanzar buenas ofertas. Marlin debió de considerar seria-mente la situación y concluir que el tráfico de es-tupefacientes, a la sombra de un tipo tan bien situa-do como Finnegan, amigo poderoso y enemigo te-mible prosperaría de verdad. Así, decidió dar la pa-tada a su jefe, al hombre que tenía detrás, o encima, como quieran entenderlo. Los dos puntos iban a confabularse una de estas noches; hoy, al parecer. Sin embargo, esto no se ha producido. El personaje que amparaba a Marlin ha descubierto de un modo u otro el pastel, se ha anticipado a los aconteci-mientos y ha demostrado que tiene mano dura para castigar a los traidores.

—Un castigo — murmuró el teniente.

—Un castigo salvaje, muy a lo «racket» de gran estilo — prosiguió formalmente Kerry —. Esta no-che, Marlin había preparado en su oficina una en-trevista confidencial con alguien que, o bien era su jefe, o bien era Finnegan. Quería estar seguro de librarse de la proximidad engorrosa de Odell, hasta las doce por lo menos, y encargó a Selene Morris que saliera con él, que

se lo llevara a cenar y a bailar. Ella obedeció. En un momento determinado, estan-do en el «Flamengo», le dejó solo pura ir al toca-dor, y al regresar de éste, vio asombrada, que un desconocido disparaba contra Odell desde un rincón de la sala y con un revólver provisto de silenciador. El hecho, además de asombro, le produjo pavor. El hombre la miraba ominosamente. Selena emprendió la fuga. Yo le fui a la zaga y otro hombre me detuvo en la obscuridad del parque de estacionamiento. A lo que parece, este nuevo elemento atiende por Chuk, y sostenía con Marlin especiales relaciones. No era un Odell o un «Dosmanos» cualquiera, sino alguien más metido en el tuétano del asunto, alguien que, probablemente, actuaba de enlace entre Marlin y el jefe. Quiso proteger la retirada de Selena, pero me deshice de él sin dificultad. Ahora sé que hubiera debido dedicarle mayor atención Hay que encon-trarle. Frecuenta, o frecuentaba, el bar del «Moga-dor». Es un hombrecillo canijo, moreno, con un bigote grande, que suele vestir de negro, corbatas grises y camisas de seda.

—¿De dónde ha sacado todo eso? — inquirió el te-niente.

Kerry no contestó.

—Selena se asustó y corrió junto a Marlin — si-guió diciendo —. Le halló muerto ya. Había otro hombre allí, y estuvo en un tris que no la matara a ella también. Pero llegué yo, le dio por escapar, salí tras él y nos liamos a tiros. La chica lo aprovechó para retirarse de escena escalando la verja del patio posterior del almacén.

—¿Chuk qué? — saltó Genovese.

Kerry le miró.

—Chuk. ¿Su apellido? — se encogió de hombros.

—No lo sé.

—El hombre que ha descrito podría ser Martin Willard, salvo que nadie le llama Chuk ni usa ca-misas de seda y corbatas grises.

—¿Quién es Martin Willard? — intervino el te-niente.

—Uno que tuvo un disgusto gordo con la «Brigada del Vicio», hace un par de meses. Surtía de drogas a una buena clientela, pero no se le pudo probar. Yo intervine en el caso. Estoy esperando a que reincida para divertirme un poco.

—Willard — repitió O'Neill, pensativo —. De acuerdo, vea qué consiguen por ese lado. En el ba-rrio no se sabe nada de él.

—¿Podría ser Willard el hombre que estaba de-trás de Marlin en el negocio? — preguntó Palmer.

—No lo creo — contestó Kerry.

Genovese movió negativamente la cabeza.

—Willard es un elemento de segunda fila, con buenas agarraderas, pero sin apenas dos dedos de seso. Por lo que he oído, el propio Marlin valía más que él. En fin — el hombre del Departamento hizo un signo a su compañero Rogers — tendrán noticias. Willard nos dará una explicación.

Los dos salieron.

—Y usted también nos la dará, Sears — dijo O'Neill.

Kerry arrojó su cigarrillo al suelo, y lo aplastó con el pie.

—Hablé con Finnegan y con Selena Morris, y los dos se franquearon, eso es todo. La chica no estaba en situación de venir al Precinto. Nervios. La tengo en seguridad. Me parece — miró fijamente a O'Neill — que todo empieza ya a aclararse.

—No todo. Está el asesinato de «Dosmanos». Le estrangularon en una habitación del hotel de Lou Kincheloe.

Kerry abrió la boca.

—Muerto — sonrió —. Oh, naturalmente. Figu-raba en el equipo de traidores que presidía Marlin. Trabajaba para él, como ya le he dicho.

—Pero, ¿«Dosmanos» no era amigo de Finnegan?

—Lo fué. Cuando Finnegan se salvó del naufra-gio del «gang» de Bascopoulos, a «Dosmanos» y a los demás les sentó mal que siguieran progresando mientras a ellos les tocaba palmarla. «Dosmanos» no quería nada con Finnegan. Fue a ofrecerse a Mar-lin.

—Qué bobada — gruñó O'Neill —. Precisamente Marlin y Finnegan iban a ponerse de acuerdo. Hu-biera sido la misma cosa.

—Dudo que «Dosmanos» lo supiera. Atiéndame, teniente. Es preciso desenmascarar al hombre que estaba detrás de Marlin, al que montó el tinglado, al que esta noche ha organizado este matadero. No parece haber otro medio que remontar la pista de los asesinos. Procúreme unas fotos de todos los pistole-ros sin colocación fija de que el personaje haya po-dido valerse, y trataré de que Selena Morris identi-fique a los que vió.

—Bueno, pídalas a Central Park. — Los dedos de O'Neill jugaban distraídamente con las redondas cápsulas de morfina —. Me gustaría hablar con esa pájara, Sears.

—A mí también — declaró Palmer.

Kerry se volvió a él.

—¿Para qué?

—Para saber qué opina del amor filial.

CAPÍTULO X

El alba derramaba sobre la calle una luz pálida, fantasmal, triste. Las lámparas del poste de gaso-lina, con su pequeño bar a un lado, tenían, por contraste, un brillo sucio y amarillento. En el espacio libre que quedaba más allá había cinco coches, uno de ellos un taxi, pero no se veía a nadie por las cercanías. La perspectiva era abrumadora: el bosque de edificios de Manhattan recortado contra el cielo gris, y allí, junto al East River, la calzada que ascendía hacia Bronx, la estación de gasolina, minúscula, y su bar abierto toda la noche.

La soledad y el silencio tanto como el fresco de la madrugada, hicieron estremecerse a Brown. Ha-bía aparcado su coche en batería con los otros cinco, y cerraba la portezuela perezosamente. Estaba harto. Llevaba buscando a Tony Novara más tiempo del que era su gusto, sin haberle encontrado en ninguno de los lugares que su conocimiento de la vida noc-turna de la ciudad le indicaba como apropiados para asilo de un hombre de su carácter. Tony Novara ha-bía desaparecido.

Un muchacho de cara granujienta daba cabeza-das de sueño detrás del bar. Oyó entrar al detective, entreabrió los ojos, y posó en él una mirada malig-na. Brown se detuvo.

—A fumar un pitillo antes de acostarme — dijo.

El muchacho le observaba.

—Tenga cuidado.

—¿Por qué?

—Mickey la armará gorda si intenta usted algo abajo. Más vale que avise antes.

Se inclinó hacia un timbre situado debajo del ta-blero, pero Brown le contuvo con su velluda manaza.

—¿Cuándo he intentado algo aquí, idiota? Mickey puede estar tranquilo en lo que a mí respecta: no olvido que le debo a él la chapa. Quédate quieto. Fumo un pitillo y vuelvo a subir.

El muchacho se encogió resignadamente de hombros, en tanto Brown

cruzaba hacía una puertecilla al fondo del local, en cuya hoja se leía «Prohibida la entrada». Brown entró Descendió una estrecha y obscura escalera. Al llegar abajo le envolvió, apagada, una música nerviosa, sincopada, febril. Abrió una segunda puerta, apartó una gruesa cortina y se sumió en la música como en un baño.

Se hallaba en una sala débilmente iluminada, larga y estrecha al igual que un pasillo. Un diván, casi a ras del suelo, corría pegado a la pared. Se adivinaba, más que se veía, a algunas personas recos-tadas en la semiobscuridad. La zona del fondo, don-de la luz era más intensa, revelaba una docena de rostros obtusos: hombres, mujeres, negros y blan-cos. En la última esquina, dos blancos y dos negros, sumidos en una especie de éxtasis angustioso, interpretaban la música: una guitarra, una trompeta, un trombón y un saxo tenor. Tocaban para sí mis-mos, por puro placer, por puro arrebato rítmico. Su estruendo hubiera resultado insoportable, de no ha-ber sido porque lo absorbían las cortinas que cubrían las paredes. Así, sonaba en sordina.

Brown permaneció inmóvil en la sombra, dejan-do que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. La música le entró por los poros y le enervó. En la intimidad de la cava, era interpretada como un rito, tenía un eco selvático, de cosa primitiva y caliente, sensual y, a la vez, religiosa. El tema era tan viejo como el «jazz». Oyéndolo, Brown se sintió traslada-do a su infancia, a la época de los victrolas chillo-nas y las películas de Greta Garbo. Se mordió los la-bios. Como él, aquellos seres disimulados entre las cortinas y el diván habían sido arrebatados por la música, vivían momentáneamente en un mundo aparte, en un trance de recuerdos borrosos, de sen-saciones voluptuosas, de tiernas nostalgias, de pla-ceres perdidos. Era un nuevo nirvana, encubierto bajo la pesada cáscara de cemento y acero de la ciudad.

Pero había algo además de la música: un olor acre, aromático, unas volutas de humo flotando en el aire. Brown aspiró a pleno pulmón la cargada atmósfera.

Y cuando daba el primer paso al frente, una pierna se alzó de la obscuridad, extendida, e inter-ceptó su camino.

—¿Qué quieres?

Brown se inclinó para distinguir al hombre que había hablado. Vió un rostro pálido, de grandes la-bios y grandes ojos, y una cabeza de cabello cortado a rape.

—Hola, Mickey.

—¿Qué buscas aquí?

—Echar un pitillo.

—¿Qué más?

—Charlar con un amigo, si le encuentro.

—¿Quién es?

—Tony Novara.

Hubo un instante de silencio. La trompeta gimió.

—Afloja.

Brown dejó caer unos centavos en la mano ten-dida hacia él.

—Tarifa especial para polizontes — el hombre rió —. Aquí tienes. Dos al precio de uno. Yo siem-pre te trato bien, patazas. No tienes queja de Mic-key, ¿verdad?

Brown cogió los dos gruesos cigarrillos que Mic-key le ofrecía.

—¿Dónde he de sentarme?

El hombre volvió a reír.

—A la izquierda, hacia la mitad. Y ojo con ar-mar ruido.

Brown avanzó en la dirección indicada y, antes de llegar a las formas medianamente visibles de un hombre y una mujer, se dejó caer en el diván.

Encendió uno de los cigarrillos. Relajados los músculos, entornados los párpados, aspiró el humo perfumado de la marihuana con deleite; lo guardó unos segundos en los pulmones y lo expulsó, con un largo resoplido, por la nariz.

A medida que el cigarrillo se iba consumiendo lentamente entre sus labios, Brown se sintió cada vez mejor, cada vez más dichoso. Los ojos se le encendieron. Respiró despacio.

La músico, sin solución de continuidad, derivó hacia un «blues» sentimental y balbuceante. Una voz que parecía brotar de la nada rompió a cantar. Por la sala se extendió un vago murmullo.

Brown aplastó en el suelo lo que quedaba de su cigarrillo y se tendió en el diván hacia la pareja situada más adelante. La mujer le miraba. Era una rubia teñida, vulgar, de formas opulentas, vestida sin gracia. El hombre reposaba a su lado.

—¿Duerme? — preguntó Brown.

—A medias.

Brown conocía bien a Tony Novara. Se sentó cerca de él muchas veces en aquel mismo sitio, an-tes de que Tony ingresara en la cárcel.

—Vuélvale la cara hacia acá.

La mujer hizo maquinalmente lo que le decían. Brown sonrió. Tony estaba pálido, parecía un mu-ñeco. El mismo de siempre: le entraba un sueño in-fantil cuando fumaba demasiada «juju».

—¿Qué pasa? — preguntó la mujer.

—Hay que sacarle. Le llevaré a casa. Usted qué-dese, si quiere. No será amigo suyo, digo yo.

—¿Por qué no? Nos hemos conocido en casa de Kransky. Es buen muchacho.

Brown se levantó, asió a Tony por los sobacos y lo enderezó suavemente. La mujer no protestó. La «juju» había minado su voluntad. Él mismo se sen-tía como flotando entre nubes.

—Será mejor que se quede, de todos modos. Adiós.

—Adiós — murmuró ella.

El saxo desgranaba con pasión las notas de «Tea for Two». Sosteniendo a Tony, Brown echó a andar a lo largo de la pared. Se detuvo un momento al lle-gar frente a Mickey.

—Toma. Guárdalo para la próxima vez.

Dejó caer en la obscuridad el cigarrillo que le había sobrado, y siguió adelante. Oyó reír al hom-bre.

—Suerte, patazas.

Arriba, el muchacho del bar le contempló con no disimulado recelo.

Brown apoyó a Tony contra el mostrador.

—Dale un café concentrado y echa algo que le reanime. Dinamita, si la hay.

El muchacho preparó la bebida y examinó a To-ny, mientras Brown obligaba a éste a ingerirla.

—Está hecho polvo — comentó —. No parece muy fuerte, ¿eh?

—Falta de costumbre — replicó Brown.

Esperó a que Tony reaccionase, y luego le sacó al exterior. Tony andaba tambaleándose y dando traspiés. El aire fresco le reanimó ligeramente y mur-muró algo. Brown le condujo al coche, le metió den-tro, se sentó al volante y demarró.

De camino, Tony se mostró inquieto.

—¿Qué ha pasado? — preguntó débilmente.

—Nada — la ruda cara del detective expresaba satisfacción —. Tómalo con calma, muchacho. Va-mos a charlar un rato en el Precinto.

Tony volvió hacia él sus ojos soñolientos, ilumi-nados por la droga.

—¿El Precinto? ¡Oh! — tragó saliva — es us-ted.

—Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Sí.

Se quedó muy tranquilo, en apariencia. Pero cuando entraron en el barrio y el coche dobló la última esquina antes de llegar a término, de pron-to, se lanzó sobre la manija de la portezuela, la abrió y quiso precipitarse del vehículo en marcha. Brown le cazó por la chaqueta, le retuvo con apuros. Estuvo a punto de estrellar el coche contra un farol. Aplicó los frenos. Después atrajo a Tony hacia sí y le abo-feteó violentamente.

—¿A dónde ibas, borrico?

—¡Suélteme!

—¿Qué mosca te ha picado?

—¡Suélteme! ¡No puede detenerme! ¡No tengo nada, que ver con eso!

—¿Con qué? ¡Di! ¿Con qué?

Tony se puso a gimotear.

—Qué bobo — gruñó Brown. Dió gas y reempren-dió la marcha —. En buena te has metido, muchacho. Para lo que aprovechas la libertad, más te valdría no haber salido de la cárcel.

Se detuvo ante el Precinto, sacó a Tony de un ti-rón y le empujó por delante de él hasta el escrito-rio del sargento de guardia. Tony se tenía en pie con dificultad.

—Métame a este en una celda, Mayer. Tony No-vara es su nombre. Está a disposición del teniente.

El sargento anotó el nombre y olfateó el aire con repugnancia.

—«Juju».

Brown rió. Subió pesadamente la escalera, hasta la sala de detectives. Kane, despeinado, sentado an-te la centralilla, le saludó con un gruñido. En uno de los bancos había dos hombres y una muchacha, asustados, nerviosos.

—¿Qué? — preguntó Brown, señalándolos con el pulgar.

—Empleados de Marlin. Honestos chupatintas del almacén de limpiametales. Fíjate, la chica, una sosa —. Kane se rascó la cabeza —. Porra, dame un pitillo, tú.

Brown se lo dió, fué a la puerta del teniente, lla-mó y entró cuando obtuvo permiso. O'Neill tenía an-te su mesa a un hombrecillo ventrudo, de mirada re-celosa, sonrosado, calvo, con el poco pelo que le quedaba peinado de través.

—El señor Sanders, la mano derecha de Marlin en el «Brillante Universal», un ciudadano que paga honradamente sus impuestos — le prestó el te-niente, con amargura. Consultó sus notas —. Ni re-motamente sospechaba que el limpiametales ocul-tara algo ilícito. El producto empezaba a cuajar en-tre la clientela. Clientela de buena fe. Los veintinue-ve puntos que recibían servicio especial no figuraban en el fichero que estaba abajo, porque Marlin despa-chaba sus pedidos directamente. Los frascos — O'Neill suspiró — venían convenientemente emba-lados desde la central de San Francisco, en cajas de a doce. Nunca se observó la menor anormalidad.

—Nunca — subrayó Sanders, con voz, temblorosa.

El teniente descargó una palmada sobre el escri-torio.

—¡Pero algunos de los frascos debían contener cápsulas de morfina! — exclamó —. ¿Qué pasaba? ¿Las cajas llevaban algún distintivo especial? ¿De dónde procedían las botellas que Marlin tenía alma-cenadas aparte?

—¿Aparte? — Sanders hizo un gesto de asom-bro —. ¡Oh! Las muestras. Eran muestras, se des-tinaban a publicidad. Se refiere a las que el señor Marlin guardaba en el armario de su despacho, ¿no? Él cuidaba de la publicidad personalmente.

—¡Cuidaba de un cuerno! Siéntese, Brown. El señor Sander conocía de vista a Selena Morris, y es tan ingenuo que la tomó por la esposa de Marlin. Y a «Tigre» Odell por un pariente de fuera. Pero nunca vió al llamado Chuk, o Martin Willard, o quien sea. ¡Qué casualidad! Oh, y hay más, Marlin, en Nueva York, no dependía de nadie. Su almacén, por descontado, era una sucursal del «Brillante Uni-versal», de San Francisco, que es una anónima. Es-to aparte. Marlin era su representante plenipoten-ciario. Que el señor Sanders sepa, no existe el je-fazo, el mandamás, el gran caíd oculto en la som-bra. Es un cuento.

Brown no se había sentado. Quería irse.

—Tengo a Tony Novara abajo — anunció.

—Aguarde — dijo O'Neill. Estaba furioso —. En la…

El teléfono emitió un súbito campanillazo. El te-niente se interrumpió y lo descolgó. Escuchó un mi-nuto. Su rostro se fué contrayendo en una mueca.

—Está bien — replicó —, llámeme cuando haya algo nuevo. Por Dios, no me tenga en la luna, Snit-kin. Eso puede armar demasiado ruido, si es cierto.

Colgó y miró fijamente a Brown.

—¿Qué demonio…? — empezó éste.

—Una delación. Un envío de morfina intercep-tado por el Departamento. El sargento Snitkin está allí. ¿Quiere saber una cosa?

—Es usted exasperante — se lamentó Brown.

El teniente rió.

—Bueno, pues sepa que el envío iba destinado a nuestro extraño amigo Martin Willard. ¿Qué me dice?

Brown no dijo nada.

CAPÍTULO XI

«Cocinar» a Alvin Smuts no fué más que el prin-cipio, porque detrás de él había veintiocho detenidos más. La fulminante redada del Departamento con el fichero de Marlin como guía, había dado sus fru-tos. Se trabajó de firme toda la noche. El teniente Doherty se bebió seis cafés, y sus agentes una can-tidad considerable de *cokes*. Snitkin consumió un paquete entero de goma de mascar. Al amanecer le dolían las mandíbulas.

La organización clandestina de Marlin se recons-truyó pieza a pieza: entre él y sus clientes no falta-ba un eslabón.

—Estupendo — comentó Doherty.

Snitkin, hablando por teléfono con el Precinto, se había mantenido al tanto del desarrollo de las pesquisas. Sacudió la cabeza.

—No — respondió —. Esto es filfa. Está bien para ustedes, que no se han propuesto otra cosa que desarticular el *gang*. Pero no aclara quién mató a Marlin, a Odell y a Brahm. Ahí es donde duele.

El teniente dijo que sí, que muy bien, que allí dolía. Y luego hubo la llamada telefónica. La reci-bió el detective Donovan, de la «Brigada del Vicio», y lo primero que hizo fué transmitírsela a Doherty.

»—¿Le interesa? — preguntó —. ¿No trabaja us-ted en un caso de estupefacientes?

—¡Suéltelo!

»—Un soplón ha dicho que viaja una tonelada de morfina en un camión de la «East Trail» rumbo a Nueva York, y que llegará esta mañana.

—¿Qué soplón?

»—No dió su nombre; sólo el aviso, y colgó.

—¿Sin más detalles?

»—Sin más.

—Bueno, ¿a qué espera? Difunda la alarma a los agentes de tráfico, coloque un patrullero en cada uno de los accesos de la ciudad. No se duerma. Comuníqueme el resultado al instante.

»—O. K. — murmuró Donovan.

El interrogatorio y el careo de detenidos en la celda de cemento desnudo de la Sección Homicidios prosiguió invariablemente por algún tiempo. A continuación, Doherty fué reclamado al teléfono otra vez.

»—¿Usted anda metido en el caso Marlin?

Era el detective Genovese, de la Brigada Volante.

—¡Sí! ¿Está prohibido?

»—¿Se acuerda de Martin Willard?

El teniente resopló.

—Me acuerdo. Usted mangoneó en el asunto, y Willard salió libre.

»—Lo dice como si yo tuviera la culpa.

—Bueno, ¿qué quiere?

»—Willard ha aparecido mezclado en el caso Marlin; hemos ido a buscarle, y resulta que se ha esfumado. El teniente O'Neill, del Precinto 18, se interesa por su persona. Se interesa tanto, que con-sidera a Willard el intermediario entre Marlin y su jefe; es decir, el único hombre que conoce a éste, que, sabe quién sentenció a muerte lo mismo a Mar-lin que a «Dosmanos» y a Odell. Pero, le digo, Wi-llard ha desapareado del mapa.

—¿Y qué?

»—¿Sabe usted algo de él?

—¿Yo? No.

»—Quería asegurarme. De todos modos, teniente, si está usted exprimiendo a los clientes de Marlin, trate de sacarles algo de Willard. Es una idea.

—Ya supongo que es una idea, y suya. Muy bien, preguntaré.

»—¿Me dará un telefonazo si sale algo a luz? Estoy en la Brigada. Si no me encuentra, pida por Rogers.

—Se lo daré, no sea pelma. Tengo trabajo.

»—Gracias — dijo Genovese.

Doherty colgó el teléfono y miró al hombre sen-tado en la silla de brazos. Los agentes conversaban plácidamente con él, en tanto que un taquígrafo anotaba sus respuestas. Desde que Alvin Smuts se desmoronó, las cosas se habían dado así, casi sin violencia, con la excepción de unos cuantos cabezones. Los personajes que desfilaron por la celda de interrogatorios sabían de antemano que todo es-taba perdido para ellos.

El hombre se llamaba Kazko, y tenía arrendados los servicios de aseo en un *dancing* de lujo. Estos servicios comprendían, desde fecha reciente, el suministro de cápsulas de morfina.

Doherty le examinó un instante y se sentó fren-te a él. A un gesto suyo, uno de los agentes elevó al máximo la intensidad de los focos. Kazko se alar-mó. Sin darle tiempo a que se repusiera, el teniente soltó su pregunta:

—¿Qué hay de Martin Willard?

Kazko entornó los párpados, velando sus pupi-las, pero su rostro no sufrió alteración. Titubeó un instante.

—¿Qué hay de quién? ¿A qué viene eso?

—Me has entendido.

Kazko calló.

—Vamos — indicó Doherty a los agentes.

Uno asió al hombre de los cabellos y le echó la cabeza atrás; otro, con la habilidad que da la expe-riencia, le descargó un rápido golpe de cachiporra en la garganta. Tomado de improviso, Kazko soltó un agudo alarido de dolor.

—¡No! — chilló —. ¡No, no; basta!
—¿Qué hay de Martin Willard? — volvió a pre-guntar el teniente, impasible.
—Sí, Martin Willard — jadeó Kazko. La cachi-porra le había dejado en la garganta una marca de color rojo pimiento —. Era uno que hacía el re-parto a lo menudo, pero ahora ha progresado. Anda en algo importante; no sé qué será. Le vi con un coche nuevo.
—Si lo sabes.
—Le juro que no, teniente.
—Has de saberlo. Willard trabajaba con Marlin.
El rostro de Kazko reflejó asombro.
—¡No! ¿Qué insinúa usted? ¡Claro que no tra-bajaba con Marlin!
Doherty pronunció una maldición.
—¿Vas a hacerte el gracioso?
—¡No, no, qué gracioso ni nada! — Kazko tem-blaba de miedo y excitación —. ¡De haber trabajado con Marlin, yo lo hubiera sabido! ¿Qué interés cree que tengo en mentir?
El sargento Snitkin se adelantó.
—Lo sorprendente es que dice la verdad.
Doherty se volvió a él.
—¿Está seguro?
—Eso parece, por lo menos. Kazko ignora que entre Marlin y Willard hubiese la menor relación, ¿no es así, Kazko? Habrá que preguntar a los demás.
El teléfono, entonces, sonó de nuevo.
—Para usted, teniente.
—¡Sí! — exclamó Doherty, ante al aparato.
»—Teniente, ya está — anunció el detective Do-novan —. Acaban de interceptar el camión. He re-cibido un radio en este mismo instante. El carga-mento va consignado a un tal Martin Willard. Hous-ton Square, número 22. No lo han inspeccionado to-davía.
—*Consignado a Martin Willard* — repitió Doher-ty, sin aliento.
Snitkin se situó a su lado.
—¿Qué? — preguntó.
—El camión.
—Iré a verlo. ¿Dónde está?
—¿Dónde está? — inquirió el teniente, por el re-ceptor.
»—En la encrucijada de la Ruta Dos y Big Point, cerca del puente, en Jersey City, esperando órdenes — repuso Donovan.
—Que no se muevan. El sargento Snitkin sale hacia allí. ¿Quiere usted acompañarle?
»—Bueno — asintió el detective.
Y cortó la comunicación.
—Yo veré lo que consigo de esta gente acerca de Willard — dijo Doherty, colgando el teléfono —. Sobre todo, Snitkin, infórmeme. Si el soplo resulta cierto, este caso va a dar una vuelta de campana sensacional. No entiendo una palabra, qué demonio.
Snitkin descendió al vestíbulo, se encontró allí con Donovan, y ambos partieron en un coche. Era ya día claro. La ciudad despertaba. Circulaban los lecheros, los obreros madrugadores, los gigantescos camiones que abastecían los mercados. Las calles semidesiertas ofrecían un aspecto entre pulcro y descuidado, tocado de una luz de tristeza.
El trayecto fué largo. Cruzado el Hudson, ya den-tro de Jersey City, el coche policíaco torció hacia Big Point. Allí, en efecto, sobre la Ruta Dos y al otro lado del puente, un camión rojo se hallaba es-tacionado, custodiado por dos

motoristas. El con-ductor y su ayudante fumaban filosóficamente, sen-tados en la cabina, con la portezuela abierta.

Snitkin se presentó, exhibiendo su placa.

—Vea esto, sargento — indicó un motorista.

Mostraba en la palma, de su mano tres tubitos inyectables llenos de un líquido amarillento. Snit-kin silbó.

—¿Hay muchos?

—No se puede calcular sin un registro a fondo. Los paquetes contienen artículos de perfumería. He abierto uno, y dentro había una falsa pastilla de jabón. Era un estuche para inyectables. Tres.

El sargento fué a la trasera del camión; un ve-hículo ligero, con el rótulo «East Trail Co.» graba-do en la lona. Su caja estaba llena hasta más de la mitad de grandes paquetes pardos. En todos, la etiqueta iba dirigida a Martin Willard, 22 Houston Square. El remitente era la «Compañía Grand Bi-jou», de Harrow, Nueva Jersey.

Snitkin inspeccionó el paquete abierto por el guardia. La única anormalidad que observó en él fué el número doce trazado con lápiz rojo en un ángulo de la etiqueta. Dió un mirada a los demás. Entre los más próximos, nueve no llevaban número; dos, sí: el cinco y el siete, en rojo. El sargento no los tocó. Un razonamiento elemental sugería lo que aquellas señales rojas significaban.

El conductor y su ayudante se habían apeado. Snitkin se dirigió a ellos.

—En menudo lío están metidos — comentó.

El conductor soltó un reniego y se encogió de hombros.

—¿Nosotros? Hermano, hay que saber distinguir. Aquí uno se gana la vida honradamente. La carga que lleva, eso es cosa de los demás.

—¿Dónde tiene sus oficinas la «East Trail»?

—La central en Long Island City, 112 calle Pros-pect, y delegaciones por todas partes.

—¿En Harrow, por ejemplo?

—En Harrow. Nosotros estamos allí.

—¿Han trabajado otras veces para la «Grand Bi-jou»?

—Dos.

—¿Qué es?

—Una fábrica nueva de perfumería.

—¿Propietario?

—Yo qué sé. Las industrias de Harrow están pro-gresando mucho. Buen puerto, tranquilidad, im-puestos bajos, cerca de Nueva York… Yo conduzco camiones; no llevo el control de los que amontonan dinero.

—¿Para, quién fueron los envíos anteriores?

—Para el mismo: Willard.

—¿Quién es Martin Willard?

—Pues uno que tiene un almacén de perfumería en Houston Square.

—¿Le conoce?

—No.

—¿También el almacén es nuevo?

—Parece.

Snitkin hizo seña a uno de los guardias.

—Escolten el camión al Departamento, y avisen al teniente Doherty en cuanto lleguen. ¿Hay algún teléfono cerca de aquí?

—En esa esquina.

Mientras el conductor y su ayudante trepaban al asiento del camión y roncaban las «Harley» de los agentes, Snitkin se encaminó a la cabina pública. Llamó en primer lugar al Precinto e informó a O'Neill de lo que había ocurrido. Luego se puso en contacto con Doherty.

—El soplo era la verdad pura — dijo —: morfina. La traen de la fábrica de perfumería «Grand Bijou», de Harrow, Nueva Jersey consignada a Martin Willard, quien, al parecer, tiene un almacén en Hous-ton Square número 22. Va en unas falsas pastillas de jabón, y los paquetes que la encierran están se-ñalados con un número en rojo.

»—Sé lo del almacén — replicó el teniente Do-herty.

—¿Lo sabe?

»—Acabo de sacárselo a uno de los ex clientes de Marlin. Willard le pasó una oferta. Llevaba algo así como mes y medio lanzando morfina al mercado, a la sombra de su negocio de perfumería. Reventaba precios para acreditarse, pero, según se ve, no podía con Marlin. Este se había acreditado ya y, sobre todo, era nuevo, no tuvo aquí nunca tratos con la «Brigada del Vicio», inspiraba confianza y prefería ope-rar en un círculo limitado, pero seguro, que lanzar-se a la aventura en gran escala. El mayor defecto de Willard, frente a él, era que le teníamos fichado.

—¿Y no ha aparecido todavía?

»—Creo que no.

—¿Se da cuenta de que Willard era *un competi-dor* de Marlin? ¿De que no podía en modo alguno ser un amigo ni trabajar para él?

»—Me doy cuento, Snitkin. Willard copió de Mar-lin la organización, cambiando por perfumería los limpiametales.

—Eso significa que algo en la información que hemos recibido estaba equivocado. Genovese le dijo a usted que Willard debía ser el intermediario entre Marlin y su jefe, es decir, su presunto asesino. ¿Fué así? ¿Lo dijo de ese modo?

»—Sí.

—¿De dónde sacó la noticia?

»—Del Precinto 18, del teniente O'Neill.

—¿Puede usted contarle al teniente lo que he-mos descubierto? Yo acabo de llamarle ahora, pre-viniéndole. La cosa le hará reflexionar.

»—¿Por qué no vuelve al Precinto?

—Si a usted no le importa, iba a Houston Squa-re. Quiero ver ese almacén.

»—De acuerdo. Dos patrulleros le han precedi-do. Los he enviado yo.

Snitkin cortó la comunicación y regresó al co-che. El camión y los motoristas se habían marcha-do. El detective Donovan, hundido en el asiento, fu-maba con el sombrero caído sobre los ojos. Snitkin se sentó junto a él.

CAPÍTULO XII

Kerry se aproximó paso a paso a la mesa del teniente. O'Neill le miraba sin la menor simpatía. A la clara luz de la mañana que entraba por la ventana abierta, el detective aparecía con los ojos brillantes y enrojecidos, sin afeitar, la piel sudoro-sa, sucia la tira de esparadrapo de su frente, el ca-bello en desorden, la corbata arrugada y la camisa manchada de sangre seca.

—¿Me llamaba? — preguntó.

El teniente no apartó la mirada de él.

—Ha estado usted bebiendo.

—A veces hay que beber — Kerry se dejó caer en un sillón —. Me moría de asco.

—¿Quién le ha autorizado a sentarse?

El detective se levantó de nuevo, a desgana.

—Ah, de modo que hay mar de fondo. Está bien, ¿qué quiere?

O'Neill hizo una mueca de disgusto.

—Es usted un imbécil. Siéntese, sí, no vaya a en-fermar — Kerry obedeció impasible —. No se figure que me chupo el dedo, Sears. Les conozco a ustedes, a cada uno de mis hombres, como si fueran hijos míos. Llevamos años de trabajo en común. Sé que no son santos ni me hago ilusiones, y no me meto en su vida privada como no provoque un escánda-lo o repercuta en el cumplimiento de su deber. Lo único que me interesa es que a la hora de la verdad tengan la cabeza clara y el pulso firme.

—Un sermón — dijo Kerry.

—Cállese y escuche. Está terminado mi turno de servicio, y dentro de un rato vendrá el capitán a hacerse cargo de todo. No quiero que encuentre las cosas hechas un lío, como en este momento.

—¿Qué cosas?

—El asunto Marlin. Diga, ¿qué le ha pasado a usted esta noche?

—¿Qué quiere que me haya pasado? Me pegaron un tiro que a poco me mata, si es eso a lo que se refiere.

—¿Y se ha tajado para pasarse el susto?

—No me he tajado. Unas copas. No tenía nada que hacer hasta salir de guardia.

—Como quiera, Sears. No estoy de humor para discutir, pero me parece que *algo* podía haber hecho: rectificar su informe, quizá.

Kerry enderezó bruscamente la cabeza.

—¿Rectificar?

O'Neill tenía fruncido el entrecejo.

—Lo siento por usted. Teddy Cleaver se hallaba presente cuando nos contó su historia, con todo lo que le dijo Finnegan, con las románticas aventu-ras de esa morena de Marlin, con un pájaro llamado Chuk que frecuenta el bar de «Mogador», y no sé cuántas cosas más. Seguro que los periódicos lo pu-blican esta mañana. Y va usted a cubrirse de ridícu-lo, Sears.

—¿Qué insinúa?

—Esa historia es un cuento de hadas.

—Teniente, usted se ha vuelto loco.

—¿Qué premio recibirá por inducirnos a creerla?

—Se ha vuelto loco — repitió Kerry entre dien-tes, enrojeciendo.

O'Neill empujó hacia él, a través del escritorio, una fotografía.

—¿Reconoce a este hombre?

El detective estudió el retrato con las mandíbu-las apretadas.

—Apenas le miré y había muy poca luz — de-claró —, pero puedo jurar que es el tipo a quien derribé en el parque de estacionamiento del «Fla-mengo

Club»

—Chuk.

—Sí.

—Nadie le ha llamado nunca Chuk, Sears. Ya oyó lo que Genovese decía de él: no usa corbatas gri-ses ni camisas de seda, y su nombre es Martin Wi-llard. Anda en camino de convertirse en un perso-naje. Tiene en Houston Square un almacén de per-fumería que es la representación general en Nueva York de los productos «Grand Bijou» fabricados en Harrow. A través de su almacén distribuía la mor-fina que «Grand Bijou» le enviaba camuflada en sus paquetes. ¿Esto le recuerda a usted algo?

—Claro que sí — murmuró Kerry —: la organi-zación Marlin.

—Exacto. Willard había copiado de Marlin sus métodos, y trataba de hacerse con la exclusiva del negocio en el barrio empleando la competencia di-recta. No lo consiguió. Los clientes no se fiaban de él. ¿Le parece que hay en ello motivo suficiente para eliminar a Marlin por un camino más eficaz?

—Usted quiere decir que fué Willard quien hizo matar a Marlin.

—Si le parece exagerado, dejémoslo en que Wi-llard «no» era amigo de Marlin; en que todo ese cuento de que trabajaba para él, de que le servía de intermediario junto al misterioso jefe que finan-ciaba su negocio, es, simplemente, eso: cuento, cuen-to y nada más.

—Ya veo — murmuró obscuramente Kerry.

O'Neill tomó un pliego de papel mecanografiado, lo extendió y lo alisó con la mano sobre su car-peta.

—Tengo otras cosas que le gustará oír — prosi-guió, implacable —. He sostenido hace unos minutos una larga conferencia con San Francisco. Partiendo del aviso que les enviemos, los muchachos de allí han trabajado sin descansar. ¿Usted sabe quién es Tao Sen?

—Más o menos.

—Tao Sen es el gran cacique del Barrio Chino, el hombre intocable, una de las «vacas sagradas» de San Francisco, una primera potencia en la política de la ciudad. Cinco senadores, dos altos magistrados y ocho concejales del municipio le deben sus pues-tos. El propio gobernador de California le sienta fre-cuentemente a su mesa. Tao Sen tiene bajo su garra a toda la población amarilla de la costa occidental, y la mueve según sus conveniencias, e incluso según el interés público. A cambio, goza en el Barrio Chi-no de manos libres. Jamás un policía se permitiría poner los pies en uno de sus fumaderos, como no fuese para fumarse él mismo una pipa de «chan-doo». Pero Tao Sen no se conforma con lo que tie-ne. La sed de poder es insaciable, y Tao Sen ha exten-dido paulatinamente su radio de acción. Controla un «gang» gigantesco, con lugartenientes capaces y adictos, y no teme a nada ni a nadie. Uno de sus lu-gartenientes era un hombre sensato, prudente, ca-pacitado, a quien por su afición a los estudios astro-nómicos se le llamaba en California «el Profesor». Este hombre ha muerto en Nueva York la noche pa-sada.

—James B. Marlin.

—Su identificación por el Departamento de San Francisco ha permitido deshacer la madeja. Si «el Profesor» operaba aquí, sólo podía operar por cuen-ta de Tao Sen. En consecuencia, es Tao Sen quien, más o menos remotamente, controla la factoría de «Brillante Universal» y quien ha distribuido por todo el país sus sucursales. Porqué, desde fin de año, hay almacenes de «Brillante Universal» en Los Angeles, en Las Vegas, en Kansas City, en Chicago, en Cle-veland, en Nueva Orleans, en Miami y yo qué sé dónde. Ante la envergadura del caso el F. B. I., ha tomado la iniciativa de la investigación. Pero no hay que hacerse ilusiones — O'Neill abrió el cajón cen-tral de su escritorio, sacó un

puñado de cápsulas de morfina y las desparramó sobre el tablero —. Esto procede de Tao Sen, casi lleva su marca de fábrica,



Tony estaba pálido, parecía un muñeco...

y sin embargo, aunque el tinglado del limpiame-tales se derrumbe, aunque el poder del cacique sufra un serio quebranto, él seguirá firme en su puesto. Es una institución nacional, tan necesario al país como el propio Presidente. Las cosas ocurren así, no hay que darles vuelta.

Hubo un largo silencio. Kerry hizo ademán de le-vantarse.

—Aguarde — dijo el teniente —. ¿A usted qué le parece, Sears? Un hombre como Marlin, que lle-vaba años estrechamente ligado a Tao Sen, que te-nía asegurado el porvenir y estaba a cubierto de todo riesgo, que gobernaba en una ciudad como Nue-va York un negocio iniciado en pequeña escala, me-tido en un barrio y con veintinueve modestos clien-tes, pero que sabía que a no tardar,

dentro de seis meses, dentro de doce, dentro de veinte iba indefec-tiblemente a extenderse hasta el más remoto y más pobre de los distritos porque la potencia de la enor-me organización que le respaldaba le garantizaba el éxito; un hombre, en estas condiciones, ¿traicio-naría su propio destino para asociarse con un obs-curo «bookmaker» local como Finnegan?

Kerry se oprimió las sienes con las manos.

—¡No, por supuesto que no! — replicó abrupta-mente —. ¿A dónde quiere usted ir a parar?

—En primer lugar, y que usted quiso convencer-nos de que era eso lo que había pasado: Marlin se puso de acuerdo con Finnegan para darle la patada a su jefe, y éste se adelantó y les despachó a él, a «Dosmanos» y a Odell. Un castigo salvaje, muy a lo «racket» de gran estilo: sus mismas palabras.

—De acuerdo, es imposible, ¿y qué? ¿Qué fué lo que pisó en realidad? ¿Lo sabe usted? ¡No lo sabe! El caso puede ahora ser mucho más compli-cado de lo que aparenta.

—¿Sí? Piense en Willard, en cuánto le hubiera convenido a Martin Willard deshacerse de un com-petidor y de sus principales colaboradores.

—¡Un competidor! — Kerry rió nerviosamente —. ¡Qué bobada! ¿No se da cuenta de que matar a Marlin era desatar las represalias del poder sobre-humano que Tao Sen controla? ¿Cómo iba Martin Willard a exponerse a eso?

—«Suponga que él ignorase que Marlin tenía a Tao Sen detrás».

—Es cierto — admitió Kerry. Se dejó caer hacia atrás en el sillón —. Vaya si es cierto. Willard pudo no saber a quién se enfrentaba. El negocio de Marlin era tan modesto que nadie hubiera adivina-do lo que escondía, a no ser que conociese a Marlin como lugarteniente de Tao Sen o a éste como pro-pietario del «Brillante Universal», caso dudoso.

—Muy bien, Sears. Admitido esto, ¿por qué nos contó usted esa patraña?

La misma excitación de oír lo que oía había se-renado a Kerry.

—No supondrá que he obrado de mala fe — res-pondió Kerry.

—¿Quién me garantiza lo contrario?

—Yo.

El teniente le miró fijamente.

—Yo conté lo que Finnegan y Selena Morris me habían dicho.

—No era verdad.

—Cúlpelos a ellos.

—A eso voy —. Los ojos de O'Neill se habían vuel-to duros, fríos, como dos diamantes —. Tome nota de lo que sigue — Kerry sacó su estilográfica y su cuaderno —. Son dos preguntas a las que quiero que me conteste sin una duda, y pronto. ¿Está listo?

—Sí.

—Primera «¿por qué Finnegan dijo que Marlin había traicionado a su jefe y se disponía a trabajar para él?». Segunda: «¿por qué declaró Selena Mo-rris que Martin Willard se llamaba Chuk, que usaba camisas de seda y corbatas grises y, sobre todo, que era un íntimo colaborador de Marlin?».

Kerry con el entrecejo fruncido, leyó lo que aca-baba de anotar.

—¿Sólo eso? — preguntó después.

—Sólo.

—Pues me parece…

—No — O'Neill alzó vivamente las manos —. No quiero suposiciones. Puedo hacerlas yo. Es más, las tengo hechas, como usted. Necesito respuestas con-cretas, fundamentadas en pruebas, en evidencias, en testimonios.

—Tiene usted un modo un poco raro de enfocar las cosas.

—Tráigame las dos respuestas tal como se las pido, y el caso Marlin estará listo para servírselo en bandeja al capitán.

—Ya sé que lo estará. No obstante…

O'Neill dió una palmada en la mesa.

—Usted ha hecho el tonto, Sears; se lo digo y se lo repito. No me cuente nada, si no quiere, pero se le ve. Lo ve usted mismo: esta mañana necesita beber y es abyecto que un hombre beba y se entrompe por culpa de una tía a la que mantiene otro. No, cla-ro que no ha obrado con mala fe, por supuesto que no; de lo contrario, le hubiera exigido inmediata-mente que me entregase la placa. Es que no me gus-ta que una cualquiera les tome el pelo a mis hom-bres, ¿comprende?

Kerry bajó los ojos.

—Comprendo.

—De modo que aquí tiene su oportunidad. Ade-lante.

El detective señaló el retrato de Martin Willard.

—¿Puedo llevarme la foto?

—Llévesela.

—Pedí al Departamento una colección para que Selena Morris identificase a los pistoleros del «Fla-mengo» y del almacén. ¿Las han enviado?

O'Neill enarcó burlonamente las cejas.

—¿Cree que serán útiles?

—Quién sabe.

—Aquí están —. El teniente entregó a Kerry un abultado sobre —. ¿Algo más?

—Decirle una cosa.

—¿Y es?

Kerry abrió la puerta.

—A mí no me toma el pelo nadie. No se equivo-que, teniente. Si alguna vez me ve borracho, es de rencor porque nadie me lo haya tomado todavía. Adiós — el detective salió y cerró de un portazo — y al diablo con sus monsergas.

Tomando de la percha la chaqueta y el sombrero, con ellos bajo el brazo, Kerry cruzó ceñudo la sala, descendió, salió a la calle y montó en su coche. Su rostro era una máscara de pasión contenida, los ojos como carbones ardientes, mientras conducía en di-rección a la calle Cincuenta. Se pasaba la lengua por los labios.

Frenó ante el edificio donde tenía su departamen-to. Cuando llegó al sexto piso se encasquetó el som-brero y se echó la chaqueta sobre los hombros. Abrió la puerta 63.

En el departamento no había nadie. Se veía la cama todavía dispuesta para la noche, y un rayo de sol que se infiltraba por la persiana graduable aca-riciaba un botellón de *whisky*, un frasquito de soda, vacío, dos vasos y un cenicero, en la mesilla junto al diván.

Kerry cerró un instante los ojos. Luego dió un puntapié a la puerta y estrelló contra el suelo las fotos que tomó del despacho de O'Neill. Cruzó el «li-ving» alcanzó el botellón, lo alzó y bebió un largo trago, llenándose La boca, inundándose la garganta de alcohol. Se pasó el dorso de la mano por los labios. En su mirada había fuego.

Fué al teléfono y marcó el número del Precinto.

—¡Con Palmer! — pidió —. ¿Está ahí Palmer?

Estaba.

»—¿Qué quieres?

—¿Cómo diablos se llamaba esa charanga con la que actuaba Selena Morris?

»—«Windsor Wild Band».

—¿Y en qué Banco tiene ella su cuenta?

»—El «Manhattan Central».

Sin más explicaciones, Kerry colgó.

Anduvo hacia el cuarto de baño sacándose la ropa a tirones, abrió la ducha y se metió debajo de ella todavía a medio vestir.

CAPÍTULO XIII

A Snitkin se le notaba en su aspecto señales evidentes de una noche entera de trabajo agotador. Se encorvaba un poco y las arrugas de su cara pa-recían más profundas, más llenas de sombra.

O'Neill tuvo compasión de él. Le dió un pitillo y le invitó a sentarse.

—¿Cómo han ido las cosas?

El sargento, despatarrado en el sillón, fumaba ávidamente. Sus mandíbulas cansadas habían de-jado de mascar.

—Han ido bien — repuso — dentro de lo que se esperaba. Habrá proceso contra los veintinueve clien-tes de Marlin, y le aseguro desde ahora que ninguno escapará. En cuanto a Martin Willard, no ha apare-cido. Su eclipse parece preparado con habilidad: no se le ha visto por su departamento, donde no hay nada que merezca un minuto de atención, y de su almacén se echa de menos todo cuanto pudiese cons-tituir una prueba comprometedora. Hasta el momen-to no es posible acosarle, en pura justicia, porque está al alcance de cualquiera consignar un camión de morfina a nombre de su peor enemigo y dar un telefonazo anónimo a la policía sugiriéndola que lo registre.

—No será, eso lo que ha ocurrido.

Snitkin volvió hacia arriba las palmas de las manos.

—Yo no estoy seguro de nada. Willard instaló el almacén hace un par de meses. Es una representa-ción de los productos de perfumería «Grand Bijou», de Harrow, puesto sin ambición ni modestia, una cosa corriente, de hombre que empieza sin mucho capital y necesita consolidarse. Ha recibido dos en-víos de la fábrica, hoy el tercero. Muy parecido al tinglado de Marlin, salvo que Harrow está infinita-mente más cerca que San Francisco, que Martin Wi-llard no ha dejado en nuestras manos su fichero de clientes especiales ni su libro secreto de caja, si existen, y que propiamente en el almacén, aunque lo hemos registrado palmo a palmo, no se ha encon-trado un gramo de morfina.

—El asunto Willard es sorprendente desde el principio.

—Pero puede que no lo sea al final —. Snitkin se sacudió la ceniza que le había caído en los pantalo-nes —. El Departamento ha lanzado un alerta urgente a la policía de Harrow para que organice una «razzia» sobre la fábrica «Grand Bijou». Supongo que antes de mediodía conoceremos el resultado. El teniente Doherty opina que la morfina debe de en-trar por el puerto de Harrow, menor, menos contro-lado, más libre que cualquiera de nuestros muelles. Llegará en bruto, procedente de México, de algún lugar del Caribe, de Colombia, de Venezuela, donde la adormidera se da bien, y será refinada en los la-boratorios de la factoría. La industria del perfume es una buena tapadera. Yo creo también que en Ha-rrow, si se llega a tiempo, algo gordo caerá.

O'Neill permanecía pensativo.

—De todo eso se desprende una cuestión muy im-portante, Snitkin: ¿quién lleva las riendas del asun-to? ¿Quién le instaló el almacén a un satélite por vocación como es Willard? ¿Quién le ampara?

—Si, eso es de cajón, claro. Sería alguien de mu-cho empuje.

—O de mucha desvergüenza.

—Lo mismo da.

O’Neill se inclinó y, como acometido de súbito impulso, conectó el interfono.

—Está Brown ahí, ¿no? — dijo —. Que venga.

Brown entró un momento después. La falsa eufo-ria de la marihuana se le había apagado, dejándole desinflado, gris, sudoroso. Parecía tan cansado como Snitkin y llevaba la chaqueta puesta.

—A la orden — murmuró.

—Usted me avisó que había traído a Tony Nova-ra — le indicó O’Neill —. ¿Dónde le tiene?

—Abajo.

—Súbale, le llegó el turno.

Brown se retiró y reapareció al cabo de unos mi-nutos, sosteniendo a Tony por un brazo. Tony ponía cara de enfermo. Estaba pálido. Había vomitado, manchándose los ropas, y olía mal y temblaba. El detective le trataba sin rudeza, casi delicadamente. Snitkin y O’Neill se fijaron en ello cuando le condujo a una silla, le instaló allí de cara a la luz y le alzó un párpado para examinarle la pupila.

Brown comentó:

—El chico necesita un trago.

El teniente abrió uno de los cajones inferiores de su mesa y sacó una botella prismática. Tomó un vaso de papel del refrigerador, lo llenó hasta la mi-tad y se lo dió a Brown. El detective olfateó el con-tenido.

—«Rye» del bueno — sonrió —. ¿Me invita tam-bién a mí?

Mientras Tony bebía, emitiendo un ruido de chu-peteo, O’Neill sirvió tres vasos más. Snitkin trasla-daba la lámpara de pie, e inspeccionaba el juego de conmutadores que podía elevar hasta un brillo cega-dor su potencia. Cuando se disponía a cerrar la per-siana graduable, Brown lo contuvo.

—Espere — se volvió a O’Neill —. Teniente, ¿me deja llevar este asunto a mí? Conozco a Tony hace mucho tiempo, es un buen muchacho.

O’Neill se encogió de hombros.

—Inténtelo.

Brown se sentó a caballo en una silla, frente a Tony. Este no parecía prestarle atención. Había ter-minado de beber y agarrotaba el vaso entre sus fla-cos dedos. Miraba al vacío. Sus mejillas tenían un poco más de color.

—Tony — dijo suavemente el detective — has dado un mal paso. Tres hombres han muerto, y a uno de ellos tú le mencionaste expresamente ante Kerry Sears. Otro fué asesinado prácticamente a tus pies. Trabajas para Finnegan, que no es más que un cerdo. Y dos cochinas organizaciones de morfina han sido descubiertas a su alrededor. Piensa un poco en todo esto, Tony.

Tony no respondió nada. Brown alzó lentamente, como con dulzura, su velluda manaza y le cruzó la cara, de un bofetón.

—¿Me has oído?

—Sí.

El detective sacó un cigarrillo, se lo puso entre los labios y se lo encendió.

—Muy bien, Tony, así me gusta. Entre nosotros, quería, hablarle de una cosa. Esta noche has ido a casa de Mickey. Es un sitio agradable ya lo sé, para esperar a que amanezca. Antes de que te metieran en la jaula, ¿recuerdas?, nos encontrábamos allí mu-chas veces. Pero sabes que con la «juju» no se pue-de jugar, que uno debe llegar hasta un cierto límite y no pasar de él porque se pone enfermo —. Brown hablaba amistosamente, a media voz —. Y nunca pasaste, Tony. Nunca, hasta que con el golpe de los «Almacenes Dodge» diste un tropezón. Entonces sí. Recuerdo cómo te encontré dos noches seguidas, has-

ta que te detuvieron enfermo, a punto de reventar. Fumaste como un tonto. Lo hiciste porque tenías miedo, ¿verdad, Tony? Porque te remordía la con-ciencia, ¿no es así? Necesitas olvidar y con la «ju-ju» se olvida fácilmente. Dime, Tony.

—Déjeme — Tony se estremeció —. Por su madre, Brown, déjeme en paz.

—No, Tony, esto es muy serio. Hoy has vuelto a ponerte perdido, y no puede ser. Te has metido en algo asqueroso. Perderás el sueño, los nervios se te desquiciarán, sufrirás como tú y yo sabemos que se sufre, y, al fin y al cabo, no te servirá de nada y la palmarás igual. Todo está a punto de venirse aba-jo. En tu lugar, Tony, yo descargaría mi conciencia, haría la paz y empezaría de nuevo. Aquí no se te acusa de nada. Y si hubiera que acusarte, se ten-dría en cuenta tu voluntad de colaboración y lo mu-cho que has hecho por nosotros. Somos tus amigos, Tony.

—¡Déjeme! — gimió Tony. Y lo repitió chillando, descompuesto —: ¡Déjeme!

Brown se hizo un poco atrás. Con la mano iz-quierda, despacio, le sacó a Tony el cigarrillo de la boca; con la derecha le aplicó dos bofetones que sonaron tremendos, como pistoletazos.

—Eso no, Tony. Cuidado — le reconvino dulce-mente.

Tony se tambaleó, a punto de perder el conoci-miento. Le caían unas lágrimas como garbanzos. Los golpes le habían puesto la cara roja.

Brown se levantó y le sostuvo por los hombros.

—Déle otro vaso, teniente.

O'Neill hizo lo que le pedían y Brown, con solici-tud maternal, obligó a Tony a beberlo a sorbitos. Luego le devolvió el cigarrillo y le soltó. Tony tosía y sollozaba.

Brown se retiró junto a O'Neill.

—Espere a que se calme y pregúntele lo que quie-ra. Hablará.

—¿Está seguro?

—Seguro.

Tony, efectivamente, habló.

—Cuando salí de la cárcel me enteré de que Fin-negan necesitaba hombres — manifestó.

El teniente le interrumpió con un breve ademán.

—Tome nota de todo, Brown.

Este se dispuso a obedecer.

—Me gustó la idea de encontrar trabajo en el barrio — prosiguió Tony con un hilo de voz, vaci-lante — y viniendo de donde venía no podía pedir mucho. Cuando uno está en la pendiente… Bueno, Finnegan progresaba. Había ampliado el negocio. Drogas. Supongo que es eso lo que quieren saber.

—¿Qué hay más?

—El garito.

—No interesa ahora.

Tony asintió sumisamente.

—Un forastero, Marlin se llamaba, se estaba ha-ciendo el amo del barrio, llenándolo de morfina, con una organización como aquí no se había visto. Supe, porque todo esto ocurrió estando yo en chirona, que a Finnegan le gustó La idea, que trató de ganarse a Marlin y que no lo consiguió a ningún precio. En-tonces no tuvo más remedio que declararle la gue-rra. Le copió el método, reunió un montón de pasta y se lo gastó instalando en Harrow una fabriquita de perfumería y abriendo en Houston Square un almacén. Era el principio. Necesitaba en el alma-cén a un hombre que conociera el paño y que al mis-mo tiempo no fuese un pez gordo de esos que atraen a los guardias como un imán, y encontró a tres o cuatro. Se quedó con uno.

—Martin Willard.

—Sí, Martin Willard, ¿lo saben? Si no quiere…

—Sigue. No tenemos más que sospechas. De mo-do que quien estaba detrás de Willard era Finnegan, ¿eh?

—Pues, claro. Finnegan se ha rodeado de gente nueva. Pensaba que lo que más podía perjudicarle era que el almacén se relacionase con su garito, que se viera que los gobernaba una misma, mano, y los separó completamente. Además, le tenía miedo a Marlin. Se lo tenía con razón, porque Marlin era listo y no se iba a dejar pisar el terreno.

—¿Fué Finnegan quien lo hizo matar?

Tony titubeó unos segundos.

—Sí.

—¿Por miedo?

—Sí y no. Verá, Finnegan le declaró la guerra, pero también Marlin se la había declarado a él. Se amenazaron uno a otro. No ocurrió nada, de momento, y lo único que hizo Finnegan fué reforzar su guardia personal y ponerse a reclutar gente. Sin em-bargo, entonces, salió «Dosmanos» de la cárcel.

—¿Eso importa?

—Importó; fué la causa de todo lo que ha pa-sado. «Dosmanos» se la tenía jurada a Finnegan, de-cía de él que vendió a Bascopoulos y le arruinó el «gang» para salir a flote y quedarse con el negocio del juego en el barrio, lo cual es verdad. Como a «Dosmanos» le mataron un hermano en aquello, ra-biaba. Cuando salió debía de conocer lo que aquí pa-saba, o alguien se lo contó, porque inmediatamente fué a ver a Marlin y se puso a su lado. ¿Comprende por qué han ocurrido tan deprisa las cosas? Al sa-ber que «Dosmanos» estaba en libertad y trabajaba con Marlin, Finnegan se echó a temblar. Era su sen-tencia de muerte, vaya si lo era, a menos que se ade-lantase. Y se adelantó.

Hubo un silencio.

—¿Qué más? — preguntó O'Neill.

—De eso no sé una palabra, por mi madre que no lo sé, teniente. Yo estaba en la luna. Me enteré después…

—Cuidado, Tony — intervino Brown, interrum-piendo sus notas.

Tony se volvió a él.

—Es la verdad.

—Recuerda lo que hablaste con Kerry Sears en el «Flamengo».

—¿Qué hablé? ¡Oh, sí, está bien, fué una tontería! Me pasé de listo. — Tony se acarició nerviosamente el mentón —. Acababa de enterarme de lo de «Dosmanos» y del disgusto de Finnegan, y cuando vi a Sears se me ocurrió que sería mejor echarle la zan-cadilla a «Dosmanos», hacer que la policía se fijase en él. Luego vendría Marlin, y quién sabe, podía ser una cadena. Así ayudaba a Finnegan, y Finnegan es agradecido… Bueno, lo que le dije a Sears no fué más que la pura verdad. «Dosmanos» le tenía en su lista negra. Le previne de corazón, lo juro. Yo apre-cio a Sears. Si le hacía un favor a él y a Finnegan, tanto mejor. Pero luego…

—¿Qué?

Tony suspiró.

—Vi que mataban a «Tigre» Odell y me quedé helado. Escapé. Más tarde, cuando supe que también Marlin y «Dosmanos» habían muerto, comprendí que me había metido en un berenjenal. Lo que le dije a Sears en aquel maldito momento iba a atraer su atención sobre Finnegan y sobre mí. Era el desas-tre. Finnegan no me lo perdonaría nunca.

—Y te fuiste a fumar — completó Brown —. Te llevaste una rubia a casa de Mickey.

—¿Qué iba a hacer?

—¿Quién mató a Odell? Tú estabas presente, ¿quién lo hizo?

Tony se mordió los labios.
—¿La muchacha? — preguntó Snitkin.
—¡No!
—¿Quién?
—Se llama Joe Pilsudki — declaró Tony, a des-gana —. Finnegan le contrató hace poco.
—¿Y a Marlin y «Dosmanos»?
—Eso no lo sé.
—¿Estaba Martin Willard en el «Flamengo»?
—¿Willard? Yo no le vi.
El teléfono, sobre el escritorio, rompió a sonar. Snitkin lo tomó.
—Para usted, teniente — dijo, tendiendo a O'Neill el auricular —. De San Francisco.
O'Neill escuchó unos instantes.
—De acuerdo — gruñó — lo tendré en cuenta. Gracias. — Colgó y enderezó la cabeza —. La gente de Frisco — anunció — me previene de que Tao Sen hará vengar a su lugarteniente. Dicen que si anda-mos a ciegas esto nos servirá de orientación. Sim-plezas.
Llamaron a la puerta y se asomó un agente.
—Teniente, el capitán Sullivan ha llegado. Pide por usted.
O'Neill ahogó un bostezo, y dió una mirada al reloj. Eran las diez y cuarto de la mañana.
—Brown, cuide usted de Novara — indicó — en-tregue su declaración a un mecanógrafo, y que la firme. Usted, Snitkin, prepare a los hombres. Hare-mos una visita a Finnegan. Desde el despacho del capitán informaré al D. A. Y me procuraré la orden de arresto.
—O. K. — murmuró Snitkin saliendo.
El teniente se volvió a Brown, que ayudaba a To-ny a levantarse:
—¿Qué fué eso de casa de Mickey que le oí a us-ted, Brown? ¿Se refería a un fumadero?
—Por Dios, a un fumadero — Brown se mostró escandalizado —. Entendió usted mal, teniente. Me refería a un cine: Mickey es ese ratón que sale en las películas.

CAPÍTULO XIV

Kerry mostró su placa al empleado de la sec-ción de cuentas corrientes. El Banco acababa de abrir sus puertas, y la hora era demasiado temprana para que en él hubiese movimiento.

—Necesito hacer una investigación en la cuenta de su cliente Selena Morris. Es un caso de asesi-nato.

—Tendrá que hablar con el señor Keats. Un se-gundo.

El señor Keats, detrás de sus gafas, se mostró dispuesto a la colaboración. Condujo al detective a un gran fichero metálico.

—Aquí tiene.

Kerry estudió la cartulina amarilla encabezada por el nombre de Selena. Morris y un número. El saldo de la cuenta eran dieciocho mil dólares. Sub-rayó con la uña una anotación.

—¿Esto es un ingreso?

—Sí, un ingreso. Quince mil dólares.

—¿Con fecha de ayer?

—Con fecha de ayer.

—¿En efectivo?

—Espere un instante.

Kerry esperó.

—Fué un talón — anunció el señor Keats, al re-gresar.

—¿Quién lo firmó?

—Thomas Finnegan.

Kerry guardó silencio. El señor Keats le acom-pañó a la puerta.

Llamó por teléfono desde una cabina pública.

—Con Bill Weiss — pidió, cuando obtuvo res-puesta.

—Está durmiendo — dijo una voz de mujer.

—No me importa que esté durmiendo, ni que esté agonizando. Soy el detective Sears, del Precinto die-ciocho.

—Veré.

Hubo un largo intervalo. Luego, un hombre pre-guntó obscuramente:

—¿Sears? ¿Qué demonio… a esta hora…?

—¡Bill, despierta!

—Me acosté a las seis, ¿no comprendes…?

—Sí, lo comprendo, es un instante. Haz memo-ria. Tú soplaste tu saxo una temporada en el «Wind-sor Club», ¿no es así?

—Sí.

—¿Qué orquesta?

—La que había entonces: «Windsor Wild Band».

—Exacto. ¿Recuerdas al baterista?

—Nick Parnell.

—¿No actuaba con vosotros una chica? ¿Selena Morris?

—Oh, ya — Weiss resopló —. Ella y Nick, unos tórtolos. ¿Es eso?

—¿Dónde está Nick Parnell ahora?

—No… Aguarda, sí, en el «Free Dancing».

—¿Dónde vive?

—Ni idea.

—¿Quién podrá decírmelo? Me corre prisa.

—Llama al sindicato.

Kerry llamó.

—«Hotel Delmar», calle Treinta y dos Oeste — le dijeron.

Cuando detuvo el coche en la calle Treinta y dos Oeste, Kerry pensó que había en la ciudad lo menos quinientos hoteles iguales al «Delmar», un edificio

ni grande ni pequeño, ni alto ni bajo, ni nuevo ni vie-jo, donde vivían un montón de seres grises, medio-cres, vulgares, nacidos para aburrirse en un trabajo rutinario entre otros muchos montones de seres tan grises como ellos.

Nick Parnell ocupaba la habitación 84. Kerry sa-lió del ascensor en el octavo piso, anduvo por el pasillo lentamente y llamó a la puerta.

Nadie respondió.

Volvió a llamar con más vigor. Entonces sonaron unos pasos quedos e inseguros, y la puerta se abrió medio palmo.

—¿Parnell?

—Sí, pero…

Kerry mostró su placa.

—Siento molestarle. Termino en seguida.

La puerta se abrió del todo, y Parnell encendió la luz. La habitación tenía las persianas cerradas. La cama transformable, montada y con las ropas re-vueltas, invitaba a creer que no era sino mediano-che.

Kerry examinó al hombre. Vestía un pijama arru-gado y llevaba el cabello de punta. En su cara abo-tagada y en sus ojos cargados de sueño se advertía una remota expresión de estupidez. Su nariz y su mirada eran las de un alcohólico. En la atmósfera misma de la habitación flotaba un vago olor a cer-veza rancia.

—Siéntese — invitó Parnell, con voz pastosa.

—No es necesario.

Aquel tonto desconcertado y torpe, plantado ante él como un espantapájaros, pensó Kerry, había ama-do a Selena Morris y fué amado por ella. Debió de estrecharla entre sus brazos, de besarla, de oír sus confidencias, sus frases de amor; la echaría al ros-tro su aliento que apestaba a vinazo, mientras am-bos pasaban su noche libre en las últimas filas de un cine de arrabal. Kerry sintió náuseas. Avanzó un paso y sentó al hombre en la cama de un empellón.

—He venido a que me hable de Selena Morris.

Parnell se encogió.

—¿De… Selena Morris? ¿Qué yo le hable de Se-lena Morris?

—De su época del «Windsor Club». ¿O va a de-cirme que la ha olvidado?

—No — Parnell se inclinó hacia la mesilla de noche, y tanteó hasta que encontró un cigarrillo y un encendedor —. ¿Cómo quiere que la haya olvida-do?… ¿Está en un apuro?

—Figura en una investigación que realizo. Asesi-nato.

—¿Es ella la asesinada?

—No.

—Lástima.

—¿Por qué?

—Me gustaría enviar un ramo de flores a su tum-ba. Sería una satisfacción como la de saldar una vieja deuda.

Kerry contemplaba a Parnell con los brazos en jarras.

—¿Le hizo ella algo?

—Todo — Parnell trató de reír —. Me hizo todo lo que se le puede hacer a un hombre. Perra asque-rosa, ¡así reventara! ¡Oh! Me… me mata hablar de esto. Lárguese. Es cosa vieja, a usted no le incumbe. El pasado — se levantó y avanzó rápidamente hacia una alacena abierta en la pared lateral —. El pasado, ¿oye? Maldita sea — sacó un vaso y una botella de ginebra — necesito un trago, ¿quiere?

—No.

Parnell se sirvió una buena dosis, la apuró y se volvió a servir. Con el vaso en la mano regresó len-tamente a la cama.

—¿Todavía no se ha ido?

El rostro de Kerry parecía tallado en piedra.

—¿Cómo fué que ella pasara del tablado de la or-questa al escenario del «Vanity»?

—Adelante — suspiró Parnell —. Sí, hombre, hur-gue en la herida, ¿qué importa que duela?

—¿Cómo fué?

—Lo estaba buscando.

—¿Alguien la protegió?

—Dígalo así.

—¿Quién?

—¿Quién iba o ser? Sonreía para él, cantaba para él, bailaba, para él. Tarde o temprano tenía que verla como ella quería que la viese.

—¿Finnegan?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Ella todavía era decente. A su modo, pero lo era. Finnegan la estaba estudiando. Tan guapo, tan elegante, con sus sienes grises y sus montones de billetes. ¡Je! — Parnell, pensativo, sopló el humo del cigarrillo dentro del vaso —. Primero le dió en la pista del «Windsor» un numerito de mucho lucimien-to. No bastó, no era esto lo que ella deseaba. Luego le consiguió el contrato en el «Vanity». En cuanto se vió en el escenario, ella prescindió de muchas cosas que se le habían hecho inútiles. Una fué la decen-cia. Pero había otras; por ejemplo, yo.

—Era ambiciosa.

—¡Ambiciosa! Tenía hambre y sed de dinero, ca-marada.

—¿Continuó junto a Finnegan?

—¿Cree que le he seguido los pasos? Qué más da. Así la aplaste un camión. El día que me enteré de que la ha aplastado, agarraré una trompa que me dure un mes. No olvide de avisarme.

—No — dijo Kerry. Retrocedió hasta la puerta y la abrió —. No lo olvidaré, descuide. Buenos días.

Descendió a la calle y, al salir a pleno sol, se de-tuvo un momento y encendió un cigarrillo. Miró el reloj. Eran las diez y media. Luego con el cigarrillo prendido en la comisura de los labios, montó en su coche, y se alejó en disección a la Cuarta Avenida.

El Edificio Continental alzaba allí, orgullosamen-te, su lujosa estructura. Kerry metió el coche en la zona de aparcamiento más próxima y, antes de ba-jarse, desenfundó el revólver e inspeccionó su car-ga. Retrocedió a pie por la acera, hasta la casa, cru-zó el vestíbulo mirando a derecha e izquierda y tomó el ascensor.

Respiró hondo al encontrarse en el pasillo verde pálido y crema del ático. Su rostro estaba rígido, pero sus ojos llameaban. Avanzó paso a paso. Las puertas de pesada madera, con bronces tallados, des-filaron junto a él. Se detuvo en la número 10. Se des-abrochó la chaqueta, apoyó una mano en la cula-ta del revólver, y llamó.

No le abrió el «boy» negro, sino un hombre en mangas de camisa, con anchos tirantes elásticos que le sostenían los pantalones casi a la altura de las axilas. Kerry no dijo nada. Sacó el revólver y le aplicó el cañón a la boca del estómago.

El hombre retrocedió, levantando las manos. Kerry entró y cerró la puerta.

—Quiero ver a Finnegan — dijo entonces.

—No sea loco — el hombre empezaba a reponer-se de la sorpresa —. Para verle no se necesita tanto aparato.

—He dicho que quiero ver a Finnegan.
—¿Quién es usted?
—No le importa.
El hombre titubeó. Luego señaló con la cabeza una puerta.
—Está ahí dentro.
—Muévase.
Cruzaron el vestíbulo uno en pos de otro.
—Quieto.
Kerry hizo girar la manija, y abrió la puerta de un seco impulso. Se encontró casi cara a cara con Finnegan, que estaba al otro lado. Inmediatamente dió un empellón al hombre que le había llevado allí, y le siguió al interior de la pieza.
—¿Qué quiere usted? — exclamó Finnegan.
La habitación era un pequeño despacho. A la iz-quierda había una chimenea, dentro de la cual ar-día un montón de papeles; al fondo, un arca de caudales empotrada en la pared, cuyo portón circu-lar se veía abierto. Sobre el escritorio se hallaban una valija y un fajo de billetes.
—Supongo que he venido a detenerle.
—¿Trae mandamiento?
Kerry mostró el revólver.
—Véalo.
El hombre, en aquel momento, se movió a su lado. Kerry giró y le golpeó frenéticamente en la boca con el arma. Lo golpeó otra vez en un pómulo y otro en la frente antes de que cayera. El hombre arrastró una silla y la aplastó bajo su peso.
El detective encañonó rápidamente a Finnegan, aunque éste no se había movido.
—Ahora, usted y yo vamos a hablar, Finnegan, marrano. Venga acá.
El «bookmaker» se le aproximó recelosamente. Kerry le cacheó. Sacó una pistola del bolsillo trasero de sus pantalones y la arrojó a un rincón.
Finnegan se aclaró la garganta.
—Sears… esto… podríamos…
El detective no lo dejó concluir:
—¿Dónde está Selena? — preguntó abrupta-mente.
—¿Qué?
—¿Dónde está Selena Morris?
Finnegan le miró fijamente.
—Qué pregunta tan extraordinaria. ¿Es esto lo primero que quiere saber?
—Y pudiera ser lo único.
El «bookmaker» calló.
Kerry se adelantó y lo puso a Finnegan el revól-ver bajo los ojos.
—¿Selena está aquí?
—No.
—No lo creo.
—Vamos a verlo. Le acompañaré.
—Hay tiempo — Kerry adosó la boca del cañón a la mejilla de Finnegan y lo restregó brutalmente el punto de mira desde la oreja a la nariz —. De modo que preparando la fuga, ¿eh? Quemando documen-tos comprometedores, reuniendo el dinero disponi-ble y haciendo las maletas. Claro, claro, no ha habido más remedio que esperar a que abrieran los Bancos para retirar el efectivo de las cuentas corrientes y salvar por lo menos, algo de la catástrofe… Pero ahora no escapará si a mí ni me da la gana. Le tengo a mi merced.
—No le entiendo.
—¿No me entiende? ¿No le gustaría cerrar un trato?
Una chispita bailó en los ojos del «bookmaker».

—Por supuesto.
Kerry rió.
—¿A cambio de Selena?
—Haga, de ella lo que guste.
—¿Dónde está?
Finnegan bajó la vista al suelo.
—En casa de usted.
—¡Miente! La dejé allí anoche, pero esta maña-na ya no la encontré. No se burle de mí, Finnegan, porque le pesará.
—Ha vuelto. Pruébelo, llame por teléfono.
Kerry se dirigió al escritorio, descolgó el aparato y, manteniéndolo encañonado a Finnegan, marcó el número de su departamento. Esperó algún tiempo, mientras sonaba la llamada. Luego, de un manotazo, cortó la comunicación.
—No se precipite — advirtió Finnegan, alarmado. — Es lógico que no conteste. Sería tonta si…
Kerry cerró contra él, le dió con el cañón del re-vólver en la cara y le dobló de un zurdazo en el estómago. Volvió a enderezarle de un manotón. A Finnegan se le doblaron les rodillas, cayó el suelo y allí se quedó sentado, aturdido, respirando ruido-samente.
—De un momento a otro vendrán por usted — Kerry cogió una silla y se acomodó a horcajadas —. Todo se ha descubierto: usted competía con Marlin distribuyendo morfina a través de un almacén de perfumería que le había instalado a Martin Willard, y usted hizo matar a Marlin, a «Dosmanos» y a Odell, como en otro tiempo hundió al «gang» de Bascopou-los, para hacerse el amo absoluto del negocio y del barrio. Usted es quien está detrás de todo. Usted, Finnegan. Irá a la silla eléctrica por ello.
Finnegan, con la cara contraída por el dolor, se acariciaba el estómago.
—Todavía no se ha dicho la última palabra.
—¡La diré yo! Usted se valió de una protegida suya, Selena Morris, a la que había hecho estrella del «Vanity», para tener a Marlin bien sujeto. La utilizó como gancho, se las ingenió de un modo u otro para que Marlin se encaprichase de ella. Así supo de él todo lo que necesitaba. Y a la hora de la verdad, le pagó quince mil dólares para que dejara a Marlin inerme en el almacén y llevarse a «Tigre» Odell al matadero. Y luego consiguió que me embau-cara a mí y que yo…
—Sears.
—¿Qué?
—¿No me ha ofrecido un trato a cambio de Se-lena?
Kerry se inclinó hacia adelante.
—¿He dicho acaso para qué la quiero? — pre-guntó lentamente.
Finnegan lo miraba o los ojos.
—No. Deje que le cuente toda la historia. Es cier-to que yo conseguí que Selena pescara a Marlin. No fué difícil, y ello me sirvió de mucho a su lado. Le prometí quince mil dólares. Cuando a Marlin le lle-gó su hora me los pidió y se los pagué. Le ofrecí diez mil más si me ayudaba. Accedió. Esto era ayer, en unas horas lo preparamos todo. Selena sabía que Marlin, iba a quedarse a trabajar por la noche en el almacén, y que nadie lo acompañaría, salvo Odell. Lo que no sabía era que Odell estaba condenado; creía de bueno fe que le tomaríamos por nuestra cuenta, como hicimos con otros, y que cuando le sol-táramos no lo quedaran ganas de vender limpia-metales a nadie más. Pero el procedimiento no bastaba con Marlin. En fin, ella se llevó a Odell al «Flamengo», y hasta que le vio morir no comprendió la verdad. Entonces se asustó, perdió los nervios. El plan era que Joe Pilsudki — Finnegan señaló al

hombre de los tirantes, tendido sin conocimiento — se cargase a Odell, y que Willard sacase a Selena y me la trajera a casa aprovechando la confusión. La cosa falló, porque Selena escapó por cuenta propia. Lo único que pudo hacer Willard, retirándose como estaba previsto, aunque solo, por la puerta trasera del club, fué proteger su fuga, y sin éxito. Selena corrió al encuentro de Marlin, esperando llegar a tiempo de salvar su vida. Era tarde: Bingo Smith es-taba allí, había hecho su trabajo. Los dos escaparon cuando apareció usted, cada uno como pudo. Y Se-lena descubrió, al ver su coche, que era usted un po-licía. En consecuencia, tomó un taxi y se vino a mi casa — Finnegan hizo una pausa, mirando en tor-no. Ofrecía un aspecto extraño, sentado en el suelo y con las piernas abiertas. Un hilo de sangre bro-taba de su mejilla —. La intervención de usted ha-bía complicado el asunto — prosiguió —. Convencí a Selena de que lo hecho no tenía remedio y trata-mos de encontrar una solución que alejase de mí las sospechas. Nos costó poco. Luego, mucho antes de lo que era de suponer, usted mismo se presentó aquí. De una parte el borrico de Tony Novara, y de otra la ficha que Odell llevaba en el bolsillo, le habían puesto sobre mi rastro. Pero la historia que le conté resultó. Mientras, Selena bajó y se metió en su co-che. Para ella era urgente afrontar la situación cara a cara y resolverle todas las dudas. Usted demostró tener buenas tragaderas.

—Duró poco — dijo secamente Kerry —. Usted pretendió hacerme creer que Marlin fué castigado por traicionar a su jefe, pero esto era absurdo si se sabía quién era su jefe en realidad. De haberlo sabi-do, no sólo no me hubiera contado eso, sino que no se hubiera atrevido a matarle. Se comportó como un ingenuo.

Finnegan arrugó la frente.

—¿Y quién era? ¿Un pez gordo? Le hubiera ma-tado lo mismo, Sears.

—En cuanto a Selena — añadió Kerry, sin hacer-le caso — todos sus esfuerzos se aplicaron a disi-mular la evidencia, a dar descripciones falsas de los personajes, y, especialmente, a demostrar que el hombre a quien yo tumbé al salir del «Flamengo» no era Willard sino un supuesto colaborador de Mar-lin. Todo esto no tenía consistencia, pero ella le fué fiel a usted. Puede estar satisfecho, Finnegan.

—Y usted también.

—¿Yo?

—Usted le metió algo dentro a esa chica. He te-nido mala suerte, se me ha ido todo al cuerno, ya lo sé, pero todavía soy alguien. Había preparado las cosas para retirarme a tiempo, y en cuanto ustedes interceptaron el envío de la «Grand Bijou» compren-dí que la catástrofe se avecinaba y me dispuse a emprender el vuelo. Selena entraba en mis planes, lo mismo que Willard y que los demás. Yo no aban-dono a mis amigos. Pero ella volvió del departamen-to de usted muy cambiada. Dijo que no quería irse. Dijo que renunciaba a los diez mil dólares y a la se-guridad y a todo. No me opuse. Fíjese, Kerry, de-jarla era un gran riesgo para mí. Pude habérmela llevado a la fuerza, pude haberla matado. Y no. Yo la aprecio, y le aprecio a usted. No ponga esa cara. Selena se queda porque yo se lo permito — Finne-gan enderezó la cabeza y esbozó una sonrisa —. Si quiere hacer un trato, debe partir de ahí.

Kerry se puso rojo.

—Cerdo — articuló —. Eso no es verdad. Está especulando con mi interés por Selena. Y ni siquie-ra sabe si la quiero para arrancarle los ojos.

—No, Sears, usted no le arrancará los ojos. Co-nozco a los hombres.

—Se cree usted muy listo.

—Lo soy.

Kerry se levantó.

Y en aquel momento, inopinadamente, se abrió la puerta.

—¡Jefe, todo está…! — empezó alguien.

Finnegan semejó recibir una descarga eléctrica.

—¡Tira! — chilló —. ¡Vivo, imbécil!

El detective se lanzó en plancha hacia la chime-nea. Volvió la cara al llegar al suelo. Bingo Smith estaba en el umbral, perforándole con sus malignos ojos y desenfundando una pistola. Kerry disparó an-tes. La mitad de la carga de su revólver abrasó al hombre y le proyectó contra el quicio de la puerta. Bingo puso cara de asombro. Se llevó las manos al vientre y se dobló.

Pero Finnegan no permanecía inactivo, como an-teriormente. Arrastrándose, había llegado al rincón donde cayó su pistola. Cuando Kerry se volvió a él, la tenía en la mano. El detective oprimió el gatillo, pero intuyó fugazmente que no dispararía a tiem-po esta vez.

Y así fué. La pistola de Finnegan ladró. Kerry sintió el tremendo impacto en alguna parte de su cuerpo. Se quedó, de pronto, sin fuerzas, ciego y sordo, infinitamente débil. Una negra cortina seme-jó correrse por delante de él. Gimió. Se abandonó, se aplastó contra el suelo. Durante unos segundos no le hubiera importado morir.

—No — ordenó la voz de Finnegan, tensa, cortan-te — quietos ahí. Sólo falta que nos liemos a matar a un poli.

Kerry abrió los ojos. Dos hombres armados blo-queaban la puerta. A uno apenas podía verle; el otro era flaco, canijo, con un gran bigote.

Finnegan se metía la pistola en el bolsillo.

—Vámonos.

El hombre flaco señaló a Bingo y a Pilsudki.

—¿Y ellos?

—¡Al diablo!

Finnegan salió. La puerta fué cerrada.

Kerry hubiera querido moverse, hacer algo por detenerlos, coger la pistola que había caído a un palmo escaso de su mano, levantarse y telefonear al Precinto. Lo deseó como nunca había deseado nada en la vida.

Y no pudo.

Transcurrió el tiempo.

Luego, muy abajo, en la calle, algo ocurrió. So-naron dos ráfagas de ametralladora simultáneas, abruptas, siniestras, ásperos como el ronquido de un contrabajo sin afinar. A continuación, un tremendo estampido, el grito de horror de mucha gente, un es-trépito de cristales rotos.

Realizando un enorme esfuerzo, Kerry reptó has-ta la ventana y se asomó a ella. Contra una casa de la acera contraria se había estrellado un coche. Su motor estalló, la gasolina ardía. La caja del vehícu-lo era una rugiente hoguera. Ni uno sólo de sus ocu-pantes podía haber escapado.

Otro coche huía doblando la esquina sobre dos ruedas. Kerry lo vió desaparecer con estupor. Mien-tras, muy próximas ya, aullaban las sirenas en la Cuarta Avenida. Segundos después aparecieron los coches policíacos. Eran tres. Frenaron bruscamente al pie del Edificio Continental. Sus antenas queda-ron vibrando en el vire. Como azotes.

Kerry se sentó en el suelo, apoyado contra el es-critorio, y esperó.

El teniente O'Neill fué quien entró primero en el despacho.

—¡Sears!

Kerry procuró sonreír.

—A la orden.

O'Neill se arrodilló a su lado y le arrancó mate-rialmente las ropas para descubrir la herido. Sus-piró.

—No será nada. La articulación del hombro. Due-le, ¿no?

—¿Qué pasó abajo? ¿Vió cómo ardía el coche de Finnegan?

—Sí.

—¿Quién lo hizo?

El teniente se puso calmosamente en pie.

—Me habían prevenido de que Tao Sen venga-ría a sus hombres, pero no creí que llegara tan lejos ni tan de prisa. Les ametrallaron. Ahora está claro quién dió el soplo sobre el camión de la «Grand Bi-jou». Ojo por ojo y diente por diente. Los tentáculos de Tao Sen son muy largos.

El departamento bullía de agentes que iban y ve-nían de un lado a otro. Teddy Cleaver asomó por la puerta, vió a Kerry en el suelo, y a Bingo y Pilsud-ki e hizo funcionar su «flash» hasta que O'Neill le rechazó de un empellón.

—Teniente — llamó Kerry.

—¿Qué?

—¿Sacaron a los ocupantes del coche?

—Los estaban sacando cuando yo he subido. To-dos muertos. Carbonizados.

—¿Había… una mujer?

O'Neill se asomó a la ventana.

—No — repuso desde allí.

***

Con el cabello húmedo recién peinado pero con el brazo en cabestrillo y oliendo a desinfectante, Kerry esperó en la sala a que O'Neill saliera del despacho del capitán Sullivan. En la sala reinaba el movi-miento propio de mediodía. Otro mediodía más. Lue-go una tarde, luego una noche. Otra noche. Se reno-varía el turno de guardia, y todo volvería a empezar. Habría una denuncia, una llamada telefónica, quién sabe si una delación. El Precinto era siempre el mis-mo y a la vez, siempre diferente.

O'Neill apareció.

—El jefe está contento — manifestó —. Vamos, Sears, le dejaré en su casa. Tenemos bien ganado el descanso.

—¿No quería usted hablarme?

—De camino.

Del servicio de noche ya no quedaba nadie. Los dos hombres descendieron uno junto a otro la esca-lera. Abajo, el sargento de guardia anotaba el infor-me de un motorista.

El sol, fuera, caía a plomo.

—Le hice dos preguntas — dijo el teniente, cuan-do se hallaron dentro del coche —. Lo recuerda, ¿verdad? Y no le he dispensado de contestarlas.

Kerry se volvió a mirarle, asombrado.

—¿Es en serio? Después de lo que ha pasado, ¿usted no sabe todavía por qué Finnegan dijo que Marlin iba a trabajar para él, traicionando a su jefe?

—Dígalo.

—Porque Finnegan había hecho matar a Marlin, a Odell y a «Dosmanos», y trataba con ello de alejar de sí las sospechas.

—Está bien. Pero había otra pregunta. Se refería a Selena Morris.

Kerry guardó un instante de silencio.

—Selena Morris declaró que Marlin Willard se llamaba Chuk — replicó después, con deliberada len-titud — que usaba camisas de seda y corbatas grises, y que era un íntimo colaborador de Marlin. Lo hizo «porque le confundió con otro».

El rostro del teniente se ensombreció.

—Sears, usted está loco.

—No, señor.

—Sears…

—¡Diantres! ¿qué quiere? — Kerry se inclinó ha-cia O'Neill —. ¿No lo tiene ya todo? ¿No ha aclarado los tres asesinatos de anoche? ¿No ha liquidado a los culpables? ¿No ha desarticulado dos organiza-ciones de distribución de drogas? ¡Demonio! ¿Por qué, entonces, no deja que la gente vivo en paz?

—No es la primera vez que le digo que no inter-vengo en la vida privada de nadie. Trato únicamente de que cada cuál cumpla con su deber.

—Yo he cumplido con el mío. Casi me he hecho matar por él.

O'Neill sacudió la cabeza.

—Usted y yo vemos los cosas de distinto modo.

—Bueno, pues no me eche la culpa de que sea así.

El coche entró en la calle Cincuenta.

—A usted, Sears, le preocupan demasiado las mu-jeres. Eso tiene un límite. Cuide de no rebasarlo.

—A todo hijo de vecino se le reconoce el derecho de sus propias aspiraciones — Kerry contempló por la ventanilla la hilera de casas —. Las habrá más o menos elevadas, no digo que no. Usted tiene las suyas, yo las mías. No hoy razón para que las com-paremos.

—Pero, ¿cree que una mujer merece lo que usted va a hacer? ¿Ha pensado en los diez dólares que Selena Morris envió a su padre? ¿Ha pensado en Finnegan, en Marlin, en Odell y en lo…?

—¡Cállese! Llega un momento en que nada de eso importa. Nada, nada absolutamente. Uno no puede impedir que la vida siga su curso. Se deja arrastrar por la corriente, y ya está.

El coche se detuvo.

—Hablemos claro — premió el teniente —: ¿Us-ted protege deliberadamente o Selena Morris?

—¿Hay algún mal en ello?

—Puede costarle un disgusto. ¿La protege o no?

—Sí — respondió secamente Kerry. Abrió la por-tezuela, se apeó, la cerró de golpe y se encorvó ante la ventanilla —. La protejo, teniente. Como usted pro-tegió a una cierta muchacha llamada Sally Spain en el caso del asesinato de Bluber, hace dos años. Exactamente. Dudo que lo haya olvidado, por-que hoy Sally Spain es su esposa.

O'Neill se mordió los labios.

Kerry le volvió la espalda, entró en la casa y tomó el ascensor. Salió al sexto piso. Abrió la puerta 63.

Selena Morris le miraba desde el diván. Vestía un traje de color verde manzana, tenía el cabello re-vuelto y el rostro desencajado por el cansancio. Ni siquiera parecía hermosa.

—De modo que era cierto — dijo Kerry, a media voz —. Estabas aquí.

Ella no pronunció una palabra.

FIN



Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN
PIMPINELA

Núm. 362 - Trini de Figueroa.
❀ CADENAS DEL CORAZÓN
Núm. 363 - Lía Ramos.
❀ LA HERMOSA MENTIRA
Núm. 364 - Pili G. Rua.
○ FLOR DEL TRÓPICO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
MADREPERLA

Núm. 258 - M.ª Dolores D'Aracyl.
❀ VOLVERÉ A BUSCARTE
Núm. 259 - Amparo Lara.
❀ SENTENCIA DEL CORAZÓN
Núm. 260 - Desabel.
○ EL RIO SE LLEVÓ LAS SOMBRAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
ROSAURA

Núm. 202 - Carlos de Santander.
❀ SIN CORAZÓN
Núm. 203 - Corín Tellado.
❀ UNA MUJER AMBICIOSA
Núm. 204 - MAría Nieves Grajales.
○ NÁUFRAGOS EN LA VIDA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
AMAPOLA

Núm. 88 - Luis Masota.
❀ LA HEREDERA DE LOS DOW
Núm. 89 - María Adela Durango.
❀ EL GUANTE VERDE
Núm. 90 - Mercedes Tomás.
○ CADENAS DEL AYER
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
BISONTE

Núm. 303 - Raf Segrram.
❀ EL PUEBLO FANTASMA
Núm. 304 - Roger Kirby.
❀ LA MUERTE BUSCA A VIC GORDON
Núm. 305 - Chas Logan.
○ LUNA ESCARLATA
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN
DETECTIVE

Núm. 46 - Vic Peterson.
❀ CURVAS DE MUERTE
Núm. 47 - Bruno Shalter.
❀ PRECINTO 18
Núm. 48 - Vic Peterson.
○ EL ASESINO DE ESTRELLAS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
SERVICIO SECRETO

Núm. 167 - Jack Grey.
❀ BARRERA DE SANGRE
Núm. 168 - Cliff Bradley.
❀ CAZA MAYOR
Núm. 169 - A. Rolcest.
○ LUNA DE COMBATE
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN
ALONDRA

Núm. 41 - César de Monterrey.
❀ UN DESCONOCIDO
Núm. 42 - Matilde Redón.
❀ AMOR SUBLIME
Núm. 43 - María Teresa Sesé.
○ UN VIAJE A PARÍS
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

❀ Últimos volúmenes aparecidos. ○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: **5 ptas.**

Printed in Spain

Notes

[←1]

() El Departamento de Policía de Nueva York, aparte su vasta organización central, está dividido en dis-tritos al mando de inspectores; los distritos se sub-dividen en precintos, a cuyo frente está un capitán. El precinto es la célula policíaca del barrio.

[←2]

() «District attorney», fiscal del distrito.

[←3]

() En los precintos, como en todas las dependen-cias de la policía de Nueva York, hay uno o más re-porteros estables que, por lo general, informan a una agencia o a una cadena de periódicos.

[←4]

() Alberto, Antonio, José y Gerardo Anastasia, los célebres «hermanos malditos», dirigen el gigantesco «gang» que domina los muelles y los sindicatos por-tuarios de Nueva York.

[←5]

() «Bookmaker»: corredor de apuestas.

[←6]

() Botellas de «Coca-Cola».